

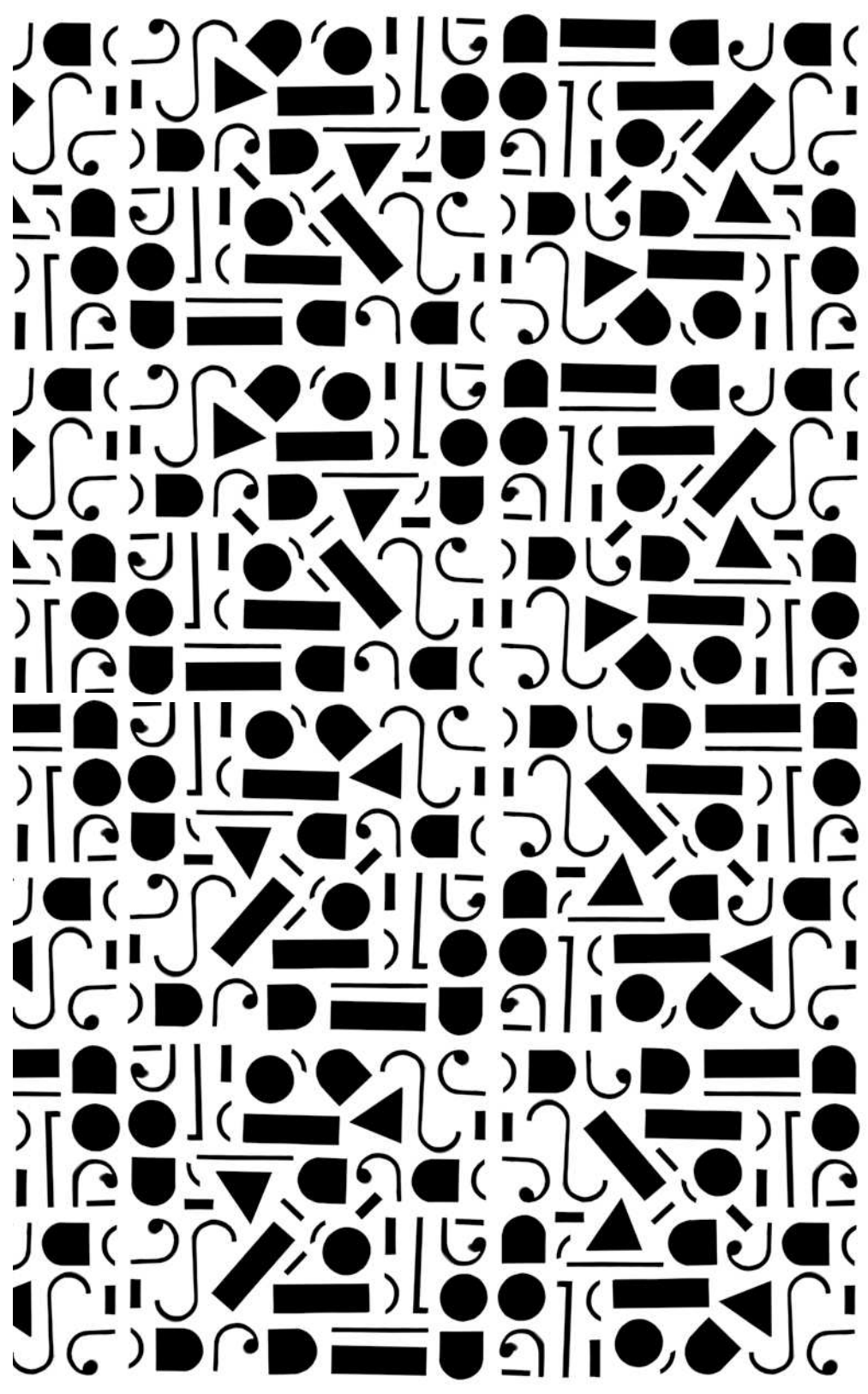


SANTIAGO VENTURINI

Pequeña enciclopedia mental



ediciones UNL



**Pequeña
enciclopedia
mental**

ITINERARIOS
LUGARES



SANTIAGO VENTURINI

**Pequeña
enciclopedia
mental**

ediciones UNL



- 15 Accidentes
- 18 Aizenberg
- 20 Árboles
- 23 Autos
- 25 Azul



- 49 Desconocidos
- 51 Detalles
- 52 Domingo
- 54 Ducha



- 79 Hablar solo
- 81 Herencia
- 82 Hombreras



- 31 Bazar
- 33 Bicicleta
- 35 Buzos



- 59 Espectador
- 61 Evolución
- 63 Extrañamiento



- 87 Inquilinos
- 89 Inspiración



- 39 Caras
- 41 Chun-Li
- 42 Club
- 45 Concierto



- 69 Final
- 71 Flores
- 73 Frasecita



- 95 Jaqueca
- 97 Jardinería

L

101 Luz



107 Malvones

109 Modistas

111 Monique
Bidault

112 Murillo



117 Origen

119 Orina

P

125 Padres

128 Pelos

131 Pianista

132 Pintura
rupestre

134 Planchar

136 Pollo



141 Reclusión

143 Religión

145 Resonancia

146 Restoranes

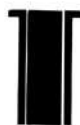
148 Río

S

153 Sátiros

154 Silbar

156 Souvenir



161 Taller

162 Teléfono



167 Vecinos

169 Ventana

171 Veredas

173 Volver

177 CODA

179 LIBROS DE LA PEQUEÑA
ENCICLOPEDIA MENTAL

Para ustedes, chicas

¿No sos el porvenir de todos
los recuerdos que están en vos?
¿El porvenir de un pasado?

P.V.





I ACCIDENTES. El día de mi bautismo mi papá, que era mecánico, salió a probar el auto de un cliente. En la intersección de la ruta con un camino rural, un tipo que no lo vio venir se cruzó con su camioneta. El tipo salió ileso, mi papá terminó internado con varias

costillas rotas y una larga recuperación por delante. Más de quince años después algo empezó a molestarle debajo del ojo derecho. Era una astilla de vidrio que había salido a la superficie de su cara. A su cuerpo le había llevado todo ese tiempo expulsar una partícula extraña, como si hubiese querido guardar un recuerdo del trauma. Cuando se la sacaron, sostuvo la astilla entre los dedos, la observó durante unos segundos y se la metió en el bolsillo.

Todos tenemos nuestro catálogo personal de accidentes. A los once o doce años intenté encender la salamandra que calentaba el comedor helado de nuestra casa. Tiré un chorro de querosene y cuando acerqué un fósforo una llamarada me devoró la mano. Ese día había clases de catequesis y como era un católico sumiso fui, aunque no pude entrar a la iglesia. Tuve que quedarme con la mano sumergida en la pileta de la plaza San Martín para aliviar el dolor. La gente pasaba

ocupada en sus cosas y yo los envidiaba por tener dos manos sanas. La infancia y la adolescencia son terreno fértil para los accidentes, por dos razones: el cuerpo está calibrando su relación con el espacio y la muerte nos parece algo demasiado lejano. Brazos quebrados al caer de un árbol o una bici, dientes rotos por golpes o caídas, tajos en los dedos por cuchillos mal usados o por accidentes más extraños, como otro que tuve cuando era chico: el índice izquierdo rebanado por haberlo metido en el ventilador, solo por curiosidad o para medir el tiempo que tardan una madre y una hermana desesperadas en llevar al hospital a un chico que sangra.

Somos cosas expuestas a los caprichos del mundo físico, y como también somos incapaces de aceptar el caos del azar, los accidentes siempre terminan siendo una lección de vida. El jueves 24 de octubre de 1776, después de la cena, Rousseau salió a pasear por las afueras de París. Abstraído en sus reflexiones, un gran danés saltó de la nada y se lo llevó puesto. En *Las ensoñaciones del paseante solitario* escribe: «No sentí el golpe ni la caída, ni nada de lo que siguió, hasta el momento en que volví en mí». Su mandíbula choca contra el suelo, pero él está en éxtasis: «Distinguí el cielo, algunas estrellas, un poco de verde. Esa primera sensación fue un momento delicioso. Era solo eso lo que sentía. Nació en ese instante a la vida, y me pareció que llenaba con mi ligera existencia todos los objetos que percibía (...) no sabía quién era ni dónde estaba, no sentía dolor, ni miedo, ni inquietud».

Algunos accidentes llevan el cuerpo hasta un límite del que no puede volver. Un día de 1935, cuando iba en bicicleta por un camino inglés a visitar a su tía, el joven Denton Welch fue atropellado por una conductora imprudente. Las ruedas del auto lo pasaron por encima. Lo primero que oyó después del golpe fue «una voz a través de una nube de dolor y vértigo» (*Una voz a través de una nube: ese es el título de*

su última e inconclusa novela). Cuando volvió a la realidad, en la cama de un sanatorio, su mundo había cambiado para siempre: «Pensé en comer manjares deliciosos, vestir ropa buena, sentirme orgulloso y feliz, dar paseos, cantar y bailar solo, hacer esgrima, nadar y pintar cuadros con otra gente, leer libros (...) Me preguntaba cómo había sido capaz alguna vez de poner mi fe en tales cosas, cómo había podido pensar ni por un momento que fueran reales. Ahora sabía que nada era real salvo el dolor, el calor, la sangre, el hormigueo, la soledad y el sudor». Ese accidente que le afectó la columna, cuyas secuelas tuvieron que ver con su muerte a los 33 años, lo transformó en escritor. En la introducción a la biografía que le dedicó, Michael De-la-Noy dice que la respuesta instintiva de Welch a ese accidente fue volverse hacia sí mismo y vivir, en su imaginación, casi enteramente en el pasado —el mismo lugar en el que viven sus novelas en las que aparecen chicos y adolescentes que son los que él fue.

El accidente lejano de Welch me lleva a otro, uno que viví de cerca. En 2014, el poeta, escritor y músico Fernando Callero se accidentó cuando iba, al igual que Welch, en bicicleta, pero no bajo el sol de la campiña inglesa sino en la oscuridad de una calle de Santo Tomé. En la primera página de ese libro conmovedor que es *c6/c7* —las dos vértebras que se dañó en la caída—, el Fer escribió: «Yo no nací de nuevo. Yo nunca vi la luz y volví. Tuve un accidente yendo por una calle oscura donde una constructora instaló una pileta de desagüe sin señalizar. Yo iba a verte en bici y de pronto el ground del mundo terminó; di de cara contra el borde opuesto y, agarrado con los brazos de ese montículo de tierra, extrañé mis piernas. Giré la cabeza y las vi, estaban donde siempre, solo que lejísimo. Ahora estoy entrenando para que vuelvan a conectar con mi patrón nervioso. Las extraño. Puse fotocopias con su foto en la balanza de todos los almacenes». A diferencia de Welch, Callero tenía más de

cuarenta años cuando se accidentó y ya era todo un escritor; al igual que Welch, después de ese accidente no volvió a ser el mismo, aunque siguió deslumbrándonos hasta el final. ●



AIZENBERG. *Padre e hijo contemplando la sombra de un día:* un óleo sobre cartón de 45 por 35 centímetros. Roberto Aizenberg lo pintó en 1962. Una empleada del Museo Nacional de Bellas Artes se lo compró al artista ese mismo año y lo donó a la institución. La obra ingresó con el número de legajo

7062. Descubrí el cuadro más de cincuenta años después, en una de las salas de otro museo al que la obra llegó como préstamo para formar parte de una exposición. Nunca había visto esa pintura de Aizenberg en mis visitas anteriores al Museo de Bellas Artes, pero ya sabemos que en un museo son más las cosas que no vemos que las que sí.

Era un sábado al mediodía, entré solo a una sala en penumbras. Alrededor había turistas extranjeros: europeos o yanquis con gorritas, mochilas y sandalias o zapatillas caras para trekking. Dos empleadas del museo caminaban en círculos, tomadas del brazo como dos damas del siglo XIX, charlando en voz baja. Mis ojos pasaron rápido por el Aizenberg, siguieron de largo y volvieron como si tuvieran que entender algo. Me quedé quieto; no es que decidí quedarme quieto, algo me obligó. ¿Qué tiene de especial *Padre e hijo contemplando la sombra de un día*? Como escribe Victoria Verlichak, es «un curioso paisaje que parece dejar al descubierto las capas geológicas de las entrañas de la tierra y que muestra un estremecedor cielo de distintos tonos». Es cierto: es un paisaje

abrumador. Demasiado material, hasta se puede tocar la tierra; aunque al mismo tiempo es un paisaje inverosímil con líneas rectas y esa estratificación de capas marrones que rematan en el dorado de la superficie. Todo está calculado: el cielo ocupa la mitad superior, la tierra la mitad inferior. Y en la mitad exacta de ese conjunto el destello de las dos figuras. Un padre y un niño de espaldas, agarrados de la mano. Son figuras elementales, casi siluetas. En el transcurso de esos años, Aizenberg pintó algunos cuadros en los que hay un padre y un niño siempre de espaldas y de la mano frente a un paisaje: *La pureza de un sueño* (1956), *Una visita al jardín de aclimatación* (1962) o *Torre con padre y niño* (1963).

Un director de teatro dijo que *Padre e hijo* es la obra que salvaría de un incendio. Y agregó: «Lo vi y tuve una rara impresión. Una mezcla de admiración y miedo (...) Ese padre y ese hijo, ese cielo y esa tierra, eran una advertencia, una señal de lo que podría suceder sin amor, sin tolerancia, sin solidaridad, sin comprensión humana». Hay una relación misteriosa entre la intemperie del paisaje y la unión entre el padre y el hijo, tal vez porque los padres y los hijos siempre parecen estar unidos en la intemperie. No podemos ver sus caras, nos dan la espalda, están inmóviles en la contemplación. ¿Qué miran? ¿El espectáculo de lo natural, una catástrofe, los estratos de su propia relación? Cuando leí más sobre la vida del pintor me pregunté sobre su padre, Aarón Aizenberg, al que vi posando con sombrero, haciéndose el chistoso junto a su esposa Josefina, en una foto de 1925. Y pensé también que esas figuras de padres e hijos unidos que aparecen en algunos de sus cuadros son el reverso de lo que el futuro le trajo: el secuestro, durante la dictadura, de los hijos de Matilde, su mujer —«eran como hijos míos también»— y la desintegración del núcleo familiar que aparece en un dibujo de 1968: *Una familia muy unida*. «Fueron días llenos de sombras», dijo Aizenberg.

Hace unas semanas viajé a Córdoba por trabajo. En una librería encontré, de casualidad, el libro de Aizenberg. Vi el lomo verde oscuro con el apellido escrito en blanco, metido entre otros. Lo compré y me fui. Lo abrí hambriento en la cola de un Burger King. Miré rápidamente los dibujos, los collages, las torres abstractas levantándose en el medio de esos paisajes irreales. Hasta que en la página ciento cuarenta y cuatro aparecieron el padre y el hijo. Ahí estaban de nuevo, bajo el blanco implacable de los fluorescentes, mientras los empleados con chombas y una plaquita plateada con sus nombres llenaban vasos de coca cola y envolvían hamburguesas. Quedé otra vez pegado a la imagen y me pregunté, por un segundo, qué había en esa pintura, por qué tenía ese efecto sobre mí. Pensé en mi padre, en lo que nos unió; sin dudas, eso estaba ahí pero había algo más grande. Cuando hice los cientos de kilómetros de vuelta a casa pensé más de una vez en ese libro metido dentro de mi mochila y me sentí a salvo aunque no sé bien de qué. ●



ÁRBOLES. Tuve un raptó de misticismo ecológico y abracé un árbol. Lo rodeé con mis brazos y apoyé la cara contra la corteza. Levanté la vista para mirarlo. Los árboles son extraterrestres, pero como todo lo que toca la costumbre ya nos habituamos a esas moles que se levantan de la tierra. Ahí están, creciendo con esa proliferación maniática de ramas y hojas que nunca dejan de oscilar en el aire. En uno de sus «microgramas», esos borradores escritos a lápiz en caracteres Sütterlin tan diminutos que tuvieron que ser descifrados, Robert Walser anota: «Lo que

me gustaría añadir es que los árboles se me antojan como bailarinas encantadas, paralizadas en un gesto hermoso. La inmovilidad encierra movimiento en suspenso. Se puede reanudar en cualquier momento, y es por eso por lo que resulta tan hipnótico». Algunos árboles se imponen más que otros. Enfrente de mi casa hay un chivato soberbio, lejos de su Madagascar originario, humillando con la liviandad y la perfección de sus hojas a los plátanos de la cuadra.

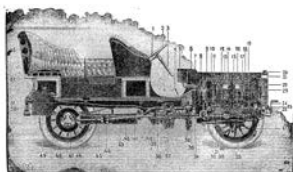
En su diario, Ennio Flaiano anota: «La sabiduría de algunos árboles viejos me colma de veneración. Cada cual, creo, se vincula con los árboles de su tierra, tal como cada hombre se da cuenta, un buen día, de ser su padre y su abuelo y de que esa es la única inmortalidad posible». Mi amor por los árboles de mi tierra es más grande que mi conocimiento. Hace algunos años, parado ante un árbol majestuoso tuve que enviarle una foto a una amiga para saber cómo se llamaba. «Ibirapitá» («yvyrá-pytá») me respondió a los cinco minutos, y me sentí avergonzado por no haber reconocido a uno de los árboles más típicos y hermosos de esta zona. Ahora no se me pasan: cuando me cruzo con uno lo saludo. Me gusta reconocer los árboles de los pintores: los ombúes robustos de Prilidiano Pueyrredón; los quebrachos majestuosos de Cándido López, tan necesarios porque muestran la insignificancia de esos hombres que juegan a la guerra; los ceibos o los algarrobos de los dibujos de Florian Paucke; los árboles de Pedro Fígari, con el follaje como una mancha. Dicen que Delacroix sabía que Camille Corot era un verdadero artista por la forma en que pintaba los árboles: «Son soberbios», dijo.

Me crie entre árboles; árboles de monte, desordenados y superpuestos, y árboles de civilización, plantados por la municipalidad en las veredas de mi barrio. Eran, siguen siendo, fresnos americanos que, como me explica un libro, «en Argentina y en las regiones templadas del mundo se

cultiva para arbolado público, principalmente por su rápido crecimiento y la coloración otoñal de su follaje». Cuando éramos chicos vivíamos trepados a uno de esos fresnos: nos gustaba sentarnos a comer o a charlar en la altura. Usábamos una rama baja como trampolín para poder subir, contra las advertencias de mi papá que un día se hartó, apareció con un serrucho y la cortó pese a nuestras súplicas. No sé si lo hizo para enseñarnos a respetar la naturaleza o para dejarnos en claro que no se puede ser demasiado feliz. Hoy veo un muñón en el tronco de ese fresno al que no me trepo desde hace veinticinco años. Los troncos de los árboles formaban, además, parte de la casa alpina en la que crecí. Una distracción común era tirarme en la cama doble de mis papás y adivinar las formas que había en la veta de la madera: una mujer cargando a su bebé, un fantasma, un auto.

En la vereda de mi escuela primaria hay un pequeño monumento en el que un bombero petrificado mira el horizonte con su casco y una manguera en la mano. Un poco más allá se levanta un pino deslucido al que nadie mira. Es el arbolito Serafín. Lo plantamos cuando estábamos en primer grado. Una mañana, salimos con las maestras y el portero. Vestidos con guardapolvos blancos, nos turnamos para tirar un poco de tierra cada uno. Pasaron los años y el árbol creció como nosotros: deforme. El nombre con el que lo bautizamos no era azaroso. El arbolito *Serafín* era nuestro libro de lectura. En la tapa había un arbolito violinista y andrógino: «Yo soy/ el arbolito/ Serafín./ Un arbolito/ alegre/ y vagabundo,/que anda/ por el bosque/ y por el mundo/ tocando/ su violín». Leíamos esos poemas y creíamos que los árboles eran capaces de hablar y de caminar. El serafín real nos enseñó que no solo no pueden moverse sino que pueden ser intrascendentes. Nuestro libro de lectura había sido escrito por María Hortensia Lacau, o más exactamente, María Hortensia Delia Palisa Mujica de Lacau, una

célebre maestra normal y profesora quien a través de sus libros formó a generaciones de alumnos. Miro una foto suya en internet: está de pie en un comedor de los noventa, con un vestido verde, ante una mesa redonda adornada con flores y tazas de té listas para recibir a un ejército de señoras. Tiene el mismo peinado que el arbolito Serafín. El mismo año en que María Hortensia murió me transformé en un flamante profesor de Lengua y Literatura. Un tiempo antes había escrito: «Si viviera otra vez, hay tres cosas que volvería a hacer: casarme con mi marido, ser profesora y escribir». ●



AUTOS. Renault 12 Break. Color: verde. El auto de mis mejores amigas. No necesitábamos que estuviera en marcha, nos servía estacionado. Jugábamos a ser una familia que se iba de vacaciones. En ese auto hice todos los viajes que no hice cuando era chico,

como visitar las cataratas del Iguazú. Nos asomábamos a la ventanilla para mirar el paisaje, aunque lo que estaba ahí era el piso del garage. En la familia imaginaria cada uno tenía un rol y aunque yo era el único varón del grupo nunca hice de padre ni me interesaba serlo. Los primeros hombres de los que me enamoré eran interpretados por mujeres y me parecían hermosos. Fumaban cigarrillos invisibles que se adivinaban por la posición de los dedos. Qué hacen tanto tiempo metidos en el auto, vayan a jugar afuera —nos decía la madre de mis amigas.

Renault Torino. Color: blanco. Asientos tapizados de cuero, duros. Era de un vecino. Le gustaba tomar y a veces se ponía un poco agresivo. Fue él quien nos reveló que

Papá Noel no existía, una tarde en que nos pusimos pesados con el tema de los regalos. Tenía algunos momentos de ternura, como llevarnos a pasear por los barrios planchados del fin de semana.

Citroën Ami 8. Color: rojo. El auto emblema de mi familia. Supermercado, escuela, casa de los abuelos, zapatería Salierno, todo arriba de esa máquina. Madre conductora y abuela copiloto. Hay una foto que nos sacamos antes de una carrera por el centro. Una noche me acosté en mi cama y me desperté en la luneta de ese auto a ochenta kilómetros por hora, al lado de un campo de maíz. Si estiraba la mano casi podía tocar las plantas. Era un acontecimiento: nos estábamos yendo de vacaciones al sur, por primera vez.

Citroën 13v. Color: rojo. El auto de la madre de una amiga del barrio. Nos dejaba abrir el techo de lona para ver el cielo.

Marca y modelo desconocidos. Color: azul. Cuando aparecieron los remises, no lo podíamos creer. Una tarde, juntamos monedas entre amigos y pedimos uno por teléfono. El conductor nos llevó a dar vueltas por la ciudad hasta que se nos acabó la plata.

Chevrolet Chevy. Color: naranja. Uno de los tantos autos de mi papá mecánico. Nos buscaba a la salida de la escuela con esa máquina infernal. Nos sentíamos en una película aunque también nos daba un poco vergüenza.

Fiat Europa. Color: blanco. Otro auto de papá. Padre separado que llevaba a sus dos hijos más chicos a comer. Escuchábamos música en casetes (canciones de Maná cantadas a dúo con mi hermana).

Ford Sierra. Color: crema. Comprado por mi hermano con mucho esfuerzo, su primer auto después de una moto. Era usado. El día que lo trajo salimos todos a la vereda. Nos parecía una limusina. Tocábamos el tapizado gastado, apoyábamos las manos en el volante. Fue el auto de nuestra adolescencia. En el invierno mis amigas y yo nos encerrábamos

ahí a sufrir, con la radio de fondo. Hablábamos de nuestras familias, de la escuela, de los chicos que nos gustaban y de lo que había pasado en el boliche. En esa época aprendimos a usar de otra forma los autos: autos que se pierden en los caminos de campo con dos personas dentro. Sus luces brillan como luciérnagas en lo negro. Se apaga el motor, se escuchan respiraciones y los vidrios empiezan a empañarse.

Ford Focus. Color: gris. Me subí una sola vez, en circunstancias poco claras. Era de un tipo que me llevaba como veinte años. Lo frenó en una calle oscura. Me dijo que se sentía solo. Lo único que hizo fue acariciarme la cara. Un rato más tarde me dejó en la puerta de mi casa. No lo vi nunca más. ●



AZUL. En *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento*, Michael

Baxandall habla de la importancia

del azul o ultramarino, muy valorado en la pintura de la época: «Después del oro y de la plata, el ultramarino era el color más caro y de más difícil empleo de los que usaba el pintor. Había graduaciones más baratas y costosas, y hasta asimismo sustitutos aún más económicos, generalmente mencionados como *azul alemán* (...) Para evitar ser engañados con los azules, los clientes especificaban *ultramarino*», un color único hecho de lapislázuli molido traído desde Oriente.

Es increíble que un color como el azul haya hecho sufrir a algunas personas. En sus memorias, Emilio Pettoruti habla de la búsqueda incansable de un azul específico para un mosaico: «A punto de suspender el trabajo, quiso la casualidad que pasara una tarde por un gran bazar de vía Larga y viera en una vitrina un jarrón del color azul que buscaba (...) La realidad me entregaba el sueño; trastornado por la emoción entré al negocio lleno de gente y pedí

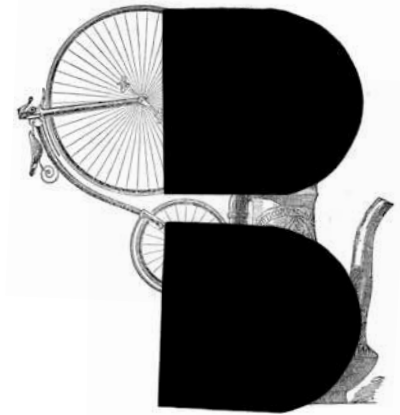
aquel vaso. El empleado me trajo uno igual y estiró el papel para envolverlo. Vi que el paquete abultaría demasiado, además de ser molesto de llevar, y le pedí que rompiera el jarrón para hacer un paquete chico. El vendedor sonrió con la comisura de los labios y siguió envolviendo. Repetí mi demanda. Molesto por su sonrisa y por la escasa atención que me prestaba, le arrebaté el paquete a medio hacer y lo estrellé contra el mostrador rompiendo su contenido en pedazos. Ahí se armó la gorda. El vendedor abrió los ojos como faroles retrocediendo instintivamente, la gente huyó de mi vecindad; vi a las madres azoradas dirigirse hacia la salida con sus vástagos y avanzar hacia mí al encargado del negocio». Los pedazos de ese jarrón forman el vestido de una mujer sentada en un mural que adorna desde hace décadas uno de los patios de la Universidad Nacional de La Plata.

¿Qué relación podemos tener con un color? No lo sé, pero algo me une al azul. A diferencia de otros colores, el azul me transmite sensaciones de forma casi instantánea: sosiego, calma, profundidad, frío pero un frío tranquilizador. Nada especial, muchos experimentan lo mismo. Tal vez heredé esas sensaciones de mi papá quien, como escribí en un poema, me recomendaba pensar en ese color para surfear los dolores de cabeza, un padecimiento que nos unió.

En *Croma*, Derek Jarman escribe sobre el azul. Está enfermo, morirá de SIDA meses después. Le habla a sus lectores: «Me faltó tiempo para escribir este libro. Si he pasado por alto algo precioso, escríbelo al margen (...) Tuve que apurarme en la escritura porque en agosto perdí el ojo derecho a causa de un citomegalovirus... a partir de allí, todo se convirtió en una pelea con la oscuridad». El capítulo que le dedica al azul, el más crudo de *Croma*, es en realidad un diario sobre el avance implacable de su enfermedad y sobre el colapso del cuerpo: «En busca de qué andas? En busca del insondable azul de la Dicha». Ese color da título, además, a su última

película: un fotograma azul, fijo durante 79 minutos. Todo pasa en el sonido.

Cuando era chico, mi mamá decidió pintar de azul todos los muebles de la pieza que compartíamos con mi hermana. Una biblioteca pequeña de madera, las camas, un par de sillas: todo se cubrió de un azul sintético. Era un color estridente pero agradable. Compró en cuotas unos acolchados a cuadros azules y para rematar su trabajo de decoradora pintó sobre un cuadro con el fondo completamente azul una enorme flor blanca, una cala espléndida a la orilla de un lago en el que se reflejaba la luna. Era el dibujo de una maestra normal, un paisaje de cuento por el que podíamos caminar antes de dormir. Así, con poca plata, nos dio a mi hermana y a mí una pieza nueva. Años más tarde se murió y nos legó, entre otras cosas, esa obra a la que, cuando estábamos en la cima de la adolescencia, le pegamos encima el poster de una banda inglesa. Tiempo después la madera empezó a arquearse por la humedad y la tiramos a la basura. ●





BAZAR. El otro día, después de mucho tiempo, entré en un bazar. Aunque es enero y la ciudad parecía desierta, el lugar estaba lleno de gente. Una pareja miraba ollas para su casa, las levantaban para inspeccionarlas como cavernícolas. Al lado, un señor contemplaba

con admiración y duda un juego enorme de cubiertos que terminó comprando en un raptó de codicia. Cuando llegó a la caja y se lo estaban envolviendo, una señora preguntó en voz alta el precio y cuando se lo dijeron se hizo la que se desmayaba. Más allá, una empleada probaba un termo de acero inoxidable ante una clienta. Era una demostración pública, como esas de Sprayette que hace unos años pasaban por televisión. Llenó el termo con agua y lo vació en un bol para mostrarle a la mujer que no perdía por ningún lado y que el chorro era firme y potente. La mujer lo compró. Faltó que aplaudiéramos.

Cuando era chico me llevaban al bazar Asturias, el más conocido de la ciudad. Al principio era un negocio grande en un local antiguo que ocupaba toda la esquina de San Martín y Castelli. Tenía uno de esos pisos viejos de pinotea que crujen a medida que uno avanza, como si estuvieran a

punto de hundirse. Años después los dueños del bazar, que eran parientes, se pelearon. Como ninguno quiso cambiar de rubro la solución fue salomónica: dividieron el local en dos bazares, uno al lado del otro. Ir a ese lugar era como soñar: vasos, platos, adornos, *tuppers* de todos los tamaños y colores, cositas chinas de plástico tan llamativas como insertables. Creo que prefería ir al bazar antes que a la juguetería, tal vez porque en mi cabeza esperaba transformarme en una ama de casa.

Lo curioso es que, como suele pasar, la esquina de ese negocio quedó pegada a un recuerdo que no tiene nada que ver con bazares. Una noche de la adolescencia, cuando mis amigos y yo volvíamos del boliche, vimos a un borracho tirado en la vereda. Estaba inconsciente, recostado como *El hombre herido* del cuadro de Gustave Courbet, debajo de la vidriera llena de jarras, cubeteras y platos. No era cualquier borracho, lo conocíamos. Era el hijo de un médico que todos los fines de semana terminaba igual, tirado en alguna parte de la ciudad. Trataba de decirnos algo pero no lo entendíamos. No era nada que no hubiéramos visto antes, incluso alguno de nosotros había terminado así una madrugada. Pero esa vez fue diferente. Nos dimos cuenta de que una persona es capaz de autodestruirse. Lo ayudamos a levantarse y un par de amigos lo llevaron a su casa. Su padre les abrió la puerta medio dormido, con unos pelos despeinados. Unos años más tarde el chico tuvo un accidente en una ruta oscura, en un auto con amigos, y quedó inválido. No lo vi nunca más, pero me imagino que sigue en la misma ciudad. Ninguno de los dos habrá vuelto a entrar en ese bazar, estoy seguro, pero cada vez que paso por la esquina miro de reojo la vidriera y no veo cosas de vidrio o de plástico acomodadas para tentar a los clientes, lo veo a él. ●



BICICLETA. Salgo de la panadería con una bolsa en la mano. Hay un letargo raro pero conocido: es feriado. También hay sol, ese sol más amarillo que les dice a las familias, a las parejitas y a los amigos: aprovechen el día, mañana todo volverá a la rutina. Me subo a

mi bicicleta para hacer las siete cuadradas que me separan de mi casa, dejo atrás las caras planchadas por el ocio que piensan en comer para matar el tiempo libre.

En la ciudad donde nació la bicicleta era, después de las piernas, la forma más natural de trasladarse en el espacio. La usaban las madres para hacer mandados o para llevar a sus hijitos al centro; la usaban los obreros, los chicos con guardapolvos, las chicas arregladas para salir; los señores mayores que se ponían un broche en la botamanga del pantalón para que no se ensuciara o se enganchara con la cadena. El mundo no es el mismo visto desde una bicicleta, cualquier ciclista lo sabe. Además de darnos la experiencia de la velocidad, esa máquina elemental de dos ruedas nos da otra perspectiva. En su autobiografía, J. G. Ballard recuerda los viajes en bicicleta que hacía a los ocho años por Shanghái, una de las ciudades más grandes y caóticas del planeta, en la que había nacido en 1930. Ballard, que no sabía una sola palabra de chino porque vivía en una colonia inglesa, manejaba su bicicleta durante la invasión japonesa: «La vida de Shanghái estaba principalmente en las calles, con sus mendigos enseñando sus heridas, los gánsters y carteristas, los moribundos agitando sus latas metálicas, las enigmáticas mujeres chinas con abrigos de visón hasta los tobillos que me aterraban con sus miradas, los vendedores ambulantes que freían deliciosos manjares que nunca podía comprar porque no llevaba dinero, las familias de campesinos hambrientos y

los miles de estafadores y maleantes. Una extraña música en cuarto de tono salía de los teatros chinos y los bares, había fuegos artificiales chisporroteando en una boda, una radio emitía a un volumen atronador los discursos del generalísimo Chiang, interrumpidos por anuncios de una cerveza japonesa. Yo captaba todo aquello de un vistazo; el aire contaminado y excitante que respiraba».

Pedaleo por una calle casi vacía, me escucho respirar mientras avanzo. Las casas bajas contrastan con algunos edificios: este es un pueblo que evolucionó hacia una cosa rara. Más adelante aparece el paredón del hospital tapado de grafitis y un poco más allá las ventanas abiertas de la lavandería. Alcanzo a ver, dentro de los rectángulos negros, unas manchas blancas: son las sábanas de los enfermos. Atravieso la esquina a toda velocidad y en la cuadra siguiente cuatro señoras maquilladas se meten en una puerta y desaparecen. Van a charlar en algún living o comedor. Más adelante un chico lindo cruza la calle. Me pregunto dónde vive, cómo pasará el resto del feriado, cuáles son sus planes para el futuro, si más tarde va a besar a alguien. Unos metros después veo una pareja abrazada contra la puerta de una casa. Es un abrazo particular, de reconciliación. Cuando estoy cerca hago un ruido con la boca para llamar su atención, como los que se hacen cuando se quiere llamar a un animal, pero ninguno de los dos reacciona, no existo para ellos. Doblo en Juan de Garay justo para ver un perro que empieza a ladrarme detrás de las rejas. Un señor en cuero está parado como una esfinge en la puerta de su cochera, mirando la nada.

Aterrizo en la vereda de mi casa y me bajo, vuelvo al mundo de los peatones. Miro mi bici. Aunque tiene la forma elemental de cualquier otra no se parece a ninguna de las que usé en las calles de mi infancia y mi adolescencia; ni a mi bicicross verde llena de calcomanías ni a la playera de mi

hermana con ese manubrio de Harley–Davidson; ni tampoco a la bici de mi mamá, lila y con ese diseño para señoras, a la que me montaba cuando la mía estaba fuera de servicio. Años enteros de ir a la plaza, a los videojuegos, al parque de la agricultura; años enteros de llegar dormido a la escuela, de atarla con candado en la biblioteca, de bajarme en las casas de mis abuelos o de mis amigos. Esos chicos que pedaleaban conmigo hoy son padres con hijos a los que les enseñan a pedalear: quieren que las cosas que los hicieron felices duren para siempre. ●



BUZOS. Pienso seguido en los buzos. Cuando éramos chicos los imitábamos: sentados en el borde de la pileta, nos tirábamos de espalda como profesionales. Los veíamos en el noticiero, perdiéndose en el agua barrosa del Río de la Plata o de otros ríos del país. Pienso en los buzos tácticos que cada dos por tres se tiran a la Setúbal, la laguna de esta ciudad, para sacar muertos, como si jugaran a la búsqueda del tesoro. Un día vi un reportaje a Julio César Cu, el único buzo que se anima a tirarse en las cloacas de la ciudad de México para extraer la basura que obstaculiza el flujo del agua: desde pedazos de carrocería hasta el cadáver de un caballo o una persona.

En el club al que voy a nadar todos los sábados por la tarde dan un curso de buceo para principiantes. Son diez o doce personas. Hay un mecánico buzo, una ama de casa buzo, un empleado judicial buzo. Cuando llegan se ponen el equipo, pierden las caras y se transforman en robots humanos. Ocupan solo dos andariveles de la pileta: bucean en un rectángulo de 25x5 que fue doscientas veces filtrado y tiene un alto porcentaje de cloro. Primero se quedan en

la superficie pero después se pegan a ese fondo de azulejos, como si buscaran restos arqueológicos. ¿Qué puede haber ahí abajo? Pelos, curitas usadas, mugre.

Hay una señora, llamémosla Graciela. Es una de las protagonistas del grupo. Si uno la ve se pregunta: ¿por qué esta mujer habrá querido aprender a bucear? Un día la escuché decir que desde chica le tenía terror al agua y por eso decidió empezar. No todo termina en ese curso. Hay afiches pegados en las paredes del club que invitan a los interesados a viajar hasta un lugar paradisíaco para poder bucear de verdad. Graciela fue a uno de esos viajes. Cuando estaba en el fondo de arena de alguna parte del Caribe vio que todo era demasiado hermoso y pensó que entonces ya podía pasarle cualquier cosa. Cuando volvió se enfermó: le diagnosticaron cáncer de mama y estuvo varios meses sin tocar el agua. Pero resucitó y ahora sigue buceando.

Un sábado los vi a todos formando una fila en lo hondo, desplazándose como esas extrañas criaturas que habitan en las profundidades de los océanos, soportan la presión de miles de metros cúbicos de agua y nos saludan de vez en cuando desde los documentales. Esa imagen me dio paz. Estaban ahí, en el fondo de la pileta, pero en realidad estaban en otro mundo. ●





CARAS. Ayer, entre la gente que se movía por Retiro, la terminal más grande de este país, vi a un hombre con la cara destruida. Estaba apoyado contra una pared y su rostro era una masa que se volcaba hacia un costado, como una vela derretida. Tenía una nariz de

pájaro y unos ojos demasiado vivos.

La cara, esa disposición de elementos geométricos sobre la parte frontal de un cráneo, es tan transparente como misteriosa. En un tablero de corcho colgado frente a mi escritorio hay un pequeño autorretrato de Courbet que me acompaña desde hace tiempo. Dicen que Courbet, que se pintó a sí mismo pintando un paisaje en el centro de un mundo alegórico (hablo del enorme *El taller del pintor*), era bastante arrogante. Algo de esa arrogancia aparece en sus autorretratos. Según Julian Barnes, «los autorretratos de Courbet están pintados con una detallada sensualidad que raya en el narcisismo y en los que a menudo adopta la pose de un Cristo». En este autorretrato del que hablo hay un joven que mira de frente al espectador con desesperación —el título es, justamente, *El desesperado*— y tal vez con miedo, ese miedo que se experimenta frente a algo que nos excede. El Courbet pintado abre desafortadamente los

ojos y se agarra la cabeza con unas manos que son el verdadero centro del cuadro: teatrales, tensas, con sus tendones marcados, transmiten tanta o más desesperación que los ojos. Si tengo ese autorretrato frente a mí es porque muchas veces la única forma de expresar mi propia desesperación consiste en adoptar esos mismos gestos. También lo tengo conmigo porque esos rostros congelados, esas miradas ambiguas asomando desde caras pintadas son una gran compañía. Por eso en mi tablero de corcho hay una postal que me regaló una amiga: un detalle de *La dama del armiño*, pintado por Da Vinci hacia 1490. A su lado, hay otro retrato de mujer con animal, pero esta vez muerto y colgado de su cuello como un accesorio elegante: es María Laura Schiavoni, la hermana pintora del pintor Augusto Schiavoni, retratada por él en 1927.

También me interesan las caras de los vivos, las miro todo el tiempo. En la calle, en los negocios, en los consultorios; me gusta frenarme en los rostros, inspeccionarlos un poco. Primero los ojos, ese centro que siempre irradia algo —encontrarse con los ojos de alguien es, con frecuencia, una especie de shock minúsculo—, pero también la forma de las bocas, las narices, las cejas, los pómulos, la frente. Caras de señoras que se suben cansadas a los colectivos, caras de empleados de comercio; caras maquilladas de mujeres bien vestidas; caras de adolescentes rebeldes que no saben que siguen siendo niños; caras de chicas lindas que se saben lindas, caras de chicos hermosos que también lo saben; caras de neños que no entienden el mundo, caras de viejos que se cansaron de entenderlo; caras intrascendentes, feas, horribles, pero que tienen algo propio, singular, porque ninguna cara es igual a otra. Algunas caras de desconocidos desaparecen inmediatamente pero otras quedan en la memoria, permanecen incluso durante un tiempo en la pantalla de la mente. La cara de una de las empleadas que atiende en la panadería de mi barrio es insoportable, cada vez que entro a ese negocio


me siento intimidado y le hablo sin mirarla a los ojos, como un idiota. ¿Cómo puede una cara ser insoportable? No tiene que ver solo con su belleza o su fealdad, tiene que ver con su fuerza. Me doy cuenta de que las caras de algunas personas que fueron importantes para mí pero ya no están, quedaron fijas en uno de los estados de su evolución. En la memoria, los muertos no tienen la cara que tenían justo antes de morir; tienen una anterior, una de un pasado más remoto, como si fueran un dibujo animado. Hasta que un día esas caras empiezan a borrarse, el cerebro las proyecta cada vez con menos nitidez. A fuerza de repetirlas a través de los años las gasta, como si fuera necesaria una prueba más de que dejaron de existir. ●

CHUN-LI. Me pasé una década en los videojuegos, entre los ochenta y los noventa. Como un adicto, robaba plata de las billeteras de mis papás, que dormían la siesta bajo un ventilador de techo, para comprar oro: fichas que me permitían escapar de la realidad durante un rato. Fui habitué de dos salas de videojuegos. La primera estaba en el subsuelo de la confitería Múnich, frente a la plaza. Para acceder al lugar había que cruzar el bar, ocupado por algunos viejos charlatanes sentados entre ceniceros y tacitas de café. Mientras ellos exponían en voz alta sus teorías sobre el funcionamiento del mundo, debajo de sus sillas de madera torneada una nave nodriza estaba lista para despegar. Dentro de esa nave estábamos nosotros, escuchando el sonido único que forma la combinación de las melodías de las máquinas, esa sinfonía vanguardista que ningún compositor pudo imaginar.

Cuando empecé a ir a la otra sala, La Plaza, había crecido y tenía dedos más rápidos. En ese lugar pasábamos horas alejados del caos de nuestras familias, alternando sesiones

intensas de videojuegos con inyecciones de coca cola. Ahí jugué por primera vez al *Street Fighter II*, un juego de peleas callejeras creado por la empresa japonesa Capcom. Personajes que se molían a palos en un puerto o un templo chino. En ese juego me enamoré de Chun-Li («Bella primavera» en mandarín, dicen). En Wikipedia está su «biografía»: 1,71, 58 kg, una agente de Interpol que buscaba a su padre desaparecido. Chun-Li tenía una habilidad: pegar patadas fulminantes. Parada sobre una pierna, era capaz de mover la otra a la velocidad de la luz. Tenía unas botas blancas, un vestidito azul y unos rodetes hechos con cintas del mismo color. Pagar veinte centavos para poder ser ella por un rato era un regalo. Con Chun-Li le gané a casi todos, entre ellos a Ryu y a Ken, los dos karatekas estrella del *Street Fighter*. Una tarde, después de la escuela, estuve a punto de terminar el juego. Eso era siempre un acontecimiento. Se corría la voz y los otros se paraban al lado para verte triunfar o morder el polvo. Tenía las manos húmedas, aferradas al joystick, ni siquiera parpadeaba. Después de varios rounds, Chun-Li estaba exhausta y aunque se esforzaba, alguien nos dio una paliza y nos dejó tirados en el piso digital, llenos de sangre, mientras los otros se nos reían.

En un diario hay una entrevista a un adicto a los videojuegos que dice: «Nunca me dieron un abrazo, mis amigos siempre fueron Luigi y Mario Bros». Decir eso sin parecer un enfermo psiquiátrico es difícil. Pero debo reconocer que aunque tenía amigos y mis papás de vez en cuando me abrazaban, Chun-Li fue una gran amiga. ●

 **CLUB.** Desde hace un par de años nado en la pileta de un club que está cerca de mi casa. Entro con mi mochila, me desnudo en los vestuarios sin pudor y puedo

sostener un breve diálogo protocolar con los empleados, acerca del clima o de algún suceso del día.

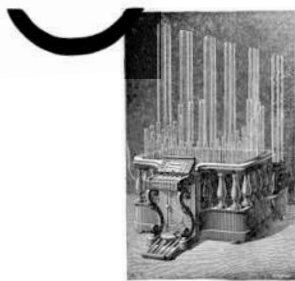
En el ecosistema de un club hay diferentes especies: viejas adictas al sol con pareos de colores; deportistas de todas las edades que necesitan moverse y transpirar para sentirse vivos; personas con algún problema físico que durante dos horas vuelven a estar sanos en el líquido amniótico de la pileta; nadadores profesionales que cortan la superficie cristalina mientras los otros, los amateur, le pegan sin técnica al agua con cloro; charladores compulsivos que van al club para no estar solos en sus casas y chicos, muchos chicos chillando.

Nunca fui como esos chicos que van al club desde los cinco años, que meriendan en cualquier lado antes de entrar a una clase de básquet o de vóley y que, cuando se hace de noche, esperan bañados a sus papás en la puerta, riendo con sus amigos. Crecen en ese lugar y algunos días pasan más horas ahí que en sus casas. Son extrovertidos y aprenden rápido el significado de palabras como «socio» o «torneo».

Cuando yo tenía su edad experimenté la vida de club solo por un par de veranos. Era muy chico cuando tuve que padecer la colonia de vacaciones del Camping Policial, que era gratis porque mi mamá era policia. Nos despertaban a las seis y media de la mañana. Un colectivo nos llevaba hasta el predio en las afueras de la ciudad y media hora después estábamos pataleando en el agua helada, agarrados del borde y todavía con lagañas, en una sincronización desastrosa. Después nos tocaba correr y hacer ejercicios, hasta que a media mañana alcanzábamos, por fin, la libertad. Ese verano, alguien nos sacó una foto grupal al lado de la pileta para mostrarle a nuestros padres lo felices que éramos. En la imagen, las caras de varios chicos desmienten esa felicidad pero yo, que era bastante infeliz, me estoy riendo. En ese camping había un kiosco y decían que la hija más chica

de los dueños se había muerto por haberse tragado una viborita mientras tomaba agua de la manguera. Durante mucho tiempo me aterró la visión de un bicho comiendo los órganos de una nena, hasta que crecí y supe que era una mentira estúpida.

Años después mi papá nos pagó, a mi hermana y a mí, la temporada en el Club Atlético Almagro, a una cuadra de la casa de mi abuela. Llegué una mañana con un carné nuevo y un toallón en el bolso. La pileta me impresionó, era enorme. Mi hermana, aburrída, dejó de ir de un día para el otro así que yo pasaba horas improvisando una coreografía dentro de ese rectángulo gigante o jugando a aguantar la respiración abajo del agua. Nadaba uniendo las piernas como si fuera una sirena. Me costaba hacer amigos y los otros chicos que entraban al club de la misma forma en que entraban al baño de sus casas me veían como una cosa rara. No pasó mucho tiempo hasta que me empezaron a decir «maricón», sobre todo por mi acercamiento a un grupito de nenas nadadoras. Un día, cuando caminaba con un hambre voraz esa cuadra que separaba el club de la casa de mi abuela, uno de esos chicos me siguió y me arrinconó en una esquina. No había nadie en la calle. Era la hora de la siesta, el sol ablandaba la brea del pavimento. Y ese chico, el más grande de todos, se sacó la remera, la estiró y la usó como un látigo para darme golpes secos mientras me insultaba. Yo habría podido llorar —otras veces lo había hecho— pero tenía una sensación más dolorosa: me estaba quemando la planta de los pies con la vereda caliente. Esos golpes eran un castigo por no tener la vida convencional de los varones. Algo que entendí pronto, porque después del verano no pisé nunca más ese club ni ningún otro. Hasta ahora, que soy un adulto y los chicos crueles me miran como a un señor. ●



CONCIERTO. Soy incapaz de la música, solo puedo escucharla de una manera caprichosa y arrebatada. Soy, además, un omnívoro musical: puedo pasar de Roxette a Wagner sin escalas. Hace muchos años escuché por primera vez el Concierto N° 1 para piano de

Brahms que venía en el CD de una revista de música clásica. La había comprado en una mesa de ofertas. Brahms lo compuso cuando era joven. Dicen que lo escribió mientras su adorado Robert Schumann se volvía loco y moría en un manicomio. Cuentan también que cuando lo estrenó en 1859 —tenía 25 años— a nadie le pareció gran cosa, y que en la segunda interpretación el público lo abucheó (una garantía de calidad, como la historia del arte lo ha demostrado más de una vez).

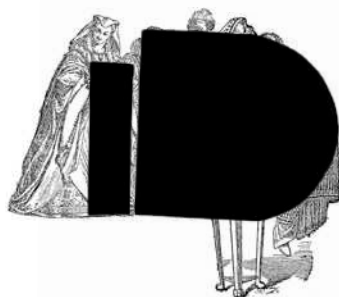
La pedantería que rodea a la música clásica puede repeler a muchos. En internet hay un foro de especialistas que discuten cuál es la mejor versión de este concierto. Uno defiende la interpretación de un pianista ruso porque la considera «llena de dramatismo, fuerza y concentración, pero también con el toque de lirismo y recogimiento que requiere el segundo movimiento». Dan ganas de cerrarle la tapa del piano sobre los dedos.

Cuando escuché por primera vez ese concierto de Brahms yo era joven y quería ser culto. Es extraño cómo la música, esa articulación de sonidos, puede marcar momentos de una vida para siempre. Ese concierto de Brahms es ese concierto pero también es otra cosa: la pieza helada de una casa de estudiantes, las caras de mis amigos en esa época, el reproductor de CDs que mi hermana nos había comprado para navidad con su magro sueldo de secretaria, los azulejos del baño cubiertos con una pintura impermeable que se caía de a pedazos, el color de mis sábanas —unas

escocesas, otras celestes—. Todo eso quedó encerrado en tres movimientos.

Esta semana volví a escucharlo y quedé pegado otra vez, sobre todo al primer movimiento. La entrada del piano después de la avalancha de la orquesta es una de las cosas más elegantes que conozco. Y los últimos tres o cuatro minutos son demasiado intensos. Hay un pasaje donde aparecen dos trompas que tiran al aire una señal sutil para decirnos que estamos vivos —¿la música no dice siempre eso?—; el piano empieza a dar unos pasitos de caballo que pasea, se pone misterioso y se va apagando hasta que desaparece, pero un par de segundos después resucita y se arrebatá, la orquesta reacciona y todo termina con una molotov romántica.

Dicen que uno de los mejores intérpretes del Concierto N° 1 de Brahms es el pianista argentino Bruno Gelber. Tenía 17 años cuando lo interpretó por primera vez en el Teatro Colón. Lo estudió por sí mismo, ya que su maestro se negó a enseñárselo, argumentando que Brahms se había portado muy mal con Schumann (había una mujer de por medio: Clara). La grabación que hizo Gelber de ese concierto en 1965 es considerada la mejor versión en la historia. Pero Gelber, ese pianista que tuvo poliomielitis y al que su padre llevaba alzado a las clases de piano; ese señor con peluca que cuando era chico se paraba en la puerta de su casa para que los fanáticos del club Platense que pasaban por su vereda le dijeran «Chau, nena», prefiere hablar de otras cosas. Como escribe Leila Guerriero en *Opus Gelber*: «Si se refiere a un concierto, nunca es para hacer alusión a algo relacionado con la música sino para contar cosas tales como que, tocando al aire libre, se tragó un mosquito». Esa resistencia de Gelber, producto de su modestia o de lo que sea, le da cierta tranquilidad a mi ignorancia: después de todo, lo más importante frente a la música no es saber hablar sobre ella. ●





DESCONOCIDOS. A las nueve de la noche el supermercado está lleno de gente que quiere volver a su casa con comida antes de que termine el día. Pan, chocolate, un ramo fresco de lechuga: mientras la cajera pasa por la frontera del láser mi compra, charlamos. Primero sobre el clima,

un tema de rigor. Los dos queremos que vuelva el calor. Lo digo para complacerla, en realidad odio el calor. Después me dice: «Mañana es mi día de descanso. Tengo ganas de estar tirada en el medio del campo comiendo mandarinas». Me lo dice a mí, un desconocido, bajo la luz dura de unos fluorescentes, piloteando una caja adornada con maquinitas de afeitar, pilas, curitas y una registradora que chilla mil veces por día para imprimir un ticket que no dura ni cinco minutos en la mano de los clientes.

Las charlas con desconocidos, por lo general breves, son más reveladoras y brillantes que las que tenemos con conocidos, saturadas de familiaridad y costumbre. Como si lo que dijeran los que no conocemos fuera siempre inesperado o nuevo. Julio Ramón Ribeyro habla de la «charla ambigua y ocasional, llena de confidencias imprevistas y alusiones superficiales, como la que sostienen dos personas



extrañas que viajan accidentalmente en el mismo asiento de un ómnibus».

El otro día me subí a un taxi. Desde la radio me llegaba la voz de uno de los sobrevivientes del famoso vuelo 571 de la Fuerza Aérea Uruguaya que en 1972 se estrelló en los Andes. Ya todos sabemos que los pasajeros que no murieron en el accidente tuvieron que comerse de a pedacitos los cadáveres de sus amigos para seguir con vida. El taxista, cautivado por el relato, me preguntó: «¿A vos qué te parece?». Era una pregunta retórica, era él quien iba a responderla: «No me podés negar que en esos momentos hay una fuerza sobrenatural que te ayuda a salir adelante, a pelear». Sí, pensé, pregúnteselo al que se murió congelado y se transformó en canapé para los otros. Dos cuadras después vi que en el taxímetro había un rosario enrollado.

Charlo con el hombre de la fábrica de pastas: me pregunta qué descendencia tengo y dice que los inmigrantes de esta región cogieron todos con todos y que por eso «somos cualquier cosa». Charlo con una viejita en la parada del colectivo: me pide que me quede cerca porque soy muy alto y se siente más segura. Charlo con un señor en la terminal: me cuenta que le está pagando a su hija, a duras penas, la carrera de arquitectura. Y que siempre le dice lo mismo: no te olvides de pagarme un geriátrico cuando sea viejo.

A veces, en algún momento, la conversación desbarranca. Es cuando uno se da cuenta de que habla con un nazi, o de que la viejita inocente sería capaz de escupir a su interlocutor si supiera algunas cosas de su vida privada. Pero como vamos a separarnos, seguramente para siempre, eso ya no importa. ●



DETALLES. Entre las góndolas de un minimercado escucho el reclamo de una mujer. Se queja con el verdu-

lero porque, asegura, le vendió algo podrido a su marido. No sé quién es su marido, responde el hombre, con un tono que lo que realmente dice es: «Veo muchas caras por día como para acordarme de la de su marido, estoy clavado en esta verdulería cuando en realidad me gustaría vivir en el fondo del mar como la sirenita». La mujer vuelve a la gentileza y le compra unos tomates. Me acerco a la caja y la miro, aunque en realidad veo un detalle: los pelos de la parte posterior de la cabeza están aplastados. De frente su peinado es correcto, pero desde atrás parece que le abollaron el cráneo. Ese detalle me hace viajar en el tiempo. Cuando iba a la primaria tenía una maestra de lengua que siempre estaba arreglada, maquillada de más. Los días de lluvia llevaba un paraguas sofisticado que me parecía una pieza de museo, el mango de madera oscura tenía tallado una especie de cisne. Era la señorita Ana María. La pobre no se daba cuenta de que su fachada se venía abajo cuando se daba vuelta. Se arreglaba en el espejo del baño, temprano, todavía medio dormida, sin mirar la mitad trasera de su cuerpo. Yo no era el único que lo notaba, mis compañeros también se reían del peinado fallido. Tengo otro recuerdo de Ana María: nos decía que cada noche, en la oscuridad de nuestras camas, teníamos que hacer un balance de todo lo bueno y lo malo que habíamos hecho durante el día para poder dormirnos en paz. Cuántos de nosotros nos habremos dormido llenos de culpa por los resultados de ese ejercicio diario. Ana María era una agente encubierta del catolicismo.

La fuerza de los detalles es increíble. Gombrowicz escribió en su diario: «Es más fácil llegar a odiar a alguien por hurtarse en la nariz que llegar a amarlo por haber creado una sinfonía. Porque el detalle es característico y determina a la persona en su dimensión cotidiana». Los detalles son un modo



de conocimiento, pero también son la forma primordial del recuerdo. Uno no recuerda hechos en el tiempo, no recuerda duración; a lo sumo recuerda gifs, instantáneas, capturas. En un tomo de su monumental *De la misma llama*, Darío Cantón vuelve a su infancia. Y recuerda detalles, como «el chillido penetrante, desesperado de los lechones a punto de ser sacrificados». Al repasar los accidentes de sus parientes, recuerda el de su tío Juan, que trabajaba en la panadería familiar y al que tuvieron que amputarle un brazo que quedó atrapado en una de las máquinas. En la memoria de Cantón también queda, sobre todo, un detalle: «Haberlo visto, poco después del accidente, ingeniándoselas, todavía algo torpemente, para encender un fósforo con una sola mano».

Algunos detalles tienen la capacidad de condensar todo un periodo de vida. El fin de semana estuve en la casa de unas amigas con las que me crie. Comí, dormí, lloré, crecí en esa casa. Cuando entré en el baño, después de mucho tiempo, las paredes me recibieron con un pequeño shock: unos azulejos blancos con florcitas azules y verdes. Los había olvidado, pero ahí estaban otra vez. Acerqué el ojo y nos vi a todos en miniatura: nosotros, nuestros padres, los juguetes, las mascotas, los muebles que desaparecieron, todo metido en ese dibujo. ●



DOMINGO. Me gustaría llevar a cabo el siguiente experimento: tumbar a varias personas con un somnífero potente, dejarlas dormir y despertarlas un par de días después. Seguramente estarían confundidas y si les preguntara qué día es casi ninguna podría acertar.

Pero si ese día fuera domingo y yo las llevara del brazo, aún

mareadas, a la vereda y las dejara paradas un minuto en el aire de la calle, todas, absolutamente todas, responderían correctamente a esa pregunta. Porque los domingos son únicos y a diferencia de otros días se perciben con los sentidos.

Los domingos tienen algo de final, de apocalíptico, eso que Giannuzzi escribe en el poema que les dedicó: «Detrás de las paredes la vida parece haber agotado su última oportunidad». Juan L. Ortiz da otra definición del domingo, en un endecasílabo limpito: «El sol y el viento, solos, sobre el pueblo». Es como si toda la semana hubiéramos vivido dentro de una máquina gigante escuchando el ruido de su motor que de repente se detiene y nos deja en el silencio absoluto. Esa interrupción debería traernos la calma, pero no. En su *Vida de Henry Brulard*, el distinguido Stendhal escribe: «Aún hoy, a los cincuenta y dos años, me veo en la imposibilidad de explicarme la predisposición a la tristeza que me ocasionan los domingos. Y así ocurre, hasta el punto de que, estando a veces alegre y contento, al cabo de doscientos pasos en la calle, al advertir que las tiendas están cerradas, me digo: “Ah, ¡es domingo!” y de inmediato se esfuma toda propensión interior de felicidad. ¿Será envidia del aire de contento de los obreros o de los burgueses endomingados?». No juzguemos a Stendhal, aunque sería lindo resucitarlo y ponerlo a trabajar todo un domingo en las cajas de un hipermercado, entre clientes que llenan carritos para no morir de hastío.

Si pienso en mi odio a los domingos debo volver, como todos y como siempre, al pasado. Ahí están los indicios: el programa Dinámica Rural que mi papá miraba religiosamente, o el zumbido de mosquitos gigantes que hacían los autos del TC 2000, mezclado con el sol radiante y el olor a pollo o carne en el horno o la parrilla. Parece ideal, pero no lo era. Y más tarde: el agua de las mangueras que choca con plantas o autos sucios, las máquinas de cortar césped, los partidos de fútbol en las voces insoportables de esos



locutores de AM, veloces, maestros de la respiración, cuyo entusiasmo contrastaba con el peso muerto del ocio, eso que en una de sus aguafuertes Roberto Arlt definió como «el espectáculo de toda la fiaca colectiva» que le impone al ciudadano el desafío de «pasar el domingo sin que se le descoynten las mandíbulas de tanto bostezar».

¿Cuál es el peor momento del domingo? La tardecita, clímax del apocalipsis semanal. Cuando se hace de noche sabemos que pronto estaremos inconscientes. Nos acostamos en un mundo en suspenso, con la cabeza en el futuro del lunes que, como escribió una vez Clarice Lispector, «es el día más difícil porque es siempre el intento de comenzar una vida nueva». ●



DUCHA. Así como otras personas meditan, hacen yoga o pintan mandalas para relajarse, yo me baño.

No es una cuestión de higiene, tengo una especie de adicción. Ese momento en el que el cuerpo desnudo se encuentra con el agua es casi místico. Si tengo frío, me baño; si tengo calor, me baño; si necesito pensar, también. Si me duele la cabeza, apago la luz y me siento bajo la ducha por un rato. El agua siempre fue importante para mí. Cuando tenía alrededor de diez años veía en la pantalla del televisor una publicidad de jabones *LUX*, protagonizada por Araceli González. Con un fondo de música de telenovela, Araceli se reía, diseñaba ropa, tenía una vida moderna; la voz de un locutor decía: «Araceli: inquieta, fresca, divertida», mientras ella se pasaba la mano por el pelo y mostraba su sonrisa perfecta. En un momento de la publicidad entraba con su desnudez también perfecta en una ducha que me parecía espectacular, una cortina de agua. Si algo quería para el futuro era esa ducha

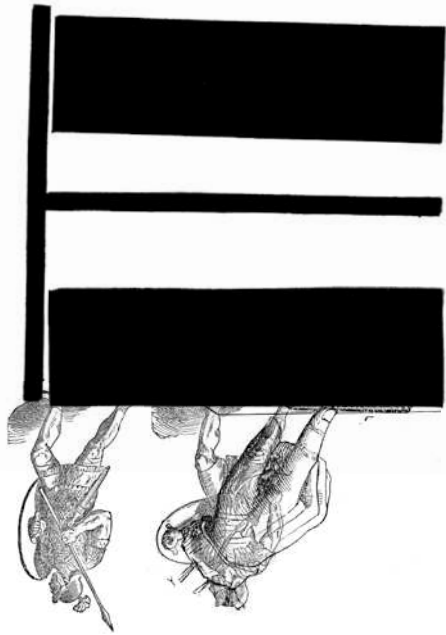
tan diferente del chorro del calefón eléctrico Lavarmin que había en el baño de mi casa, un chorro miserable que no había que malgastar porque, como nos lo recordaban nuestros padres, consumía mucha energía eléctrica («gasta mucha luz», en sus palabras). Esa publicidad perduró en mi cabeza, el agua de esa ducha siguió cayendo durante años en mi memoria. Hoy volví a verla en Youtube sin mis ojos de nene de pueblo y comprobé que Araceli entablaba una relación erótica con un jabón bajo una ducha falsa.

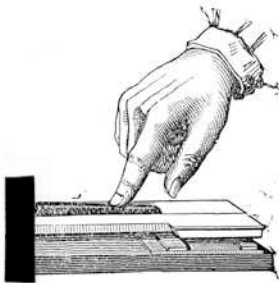
Por ese mismo amor a la ducha me aterrorizó, desde que la vi por primera vez, la escena de una película; no la famosa escena de *Psicosis*, sino una de *Pesadilla* en la que una ducha de fines de los años ochenta se descontrola y ataca a una chica desnuda.

Hoy en día ya no sufro las restricciones de la ducha —salvo por el remordimiento ecológico—. Ya no tengo que padecer ese termotanque de una casa de estudiantes que se quedaba sin agua caliente en la mitad del baño, ni tampoco el calefón viejo de otra casa de estudiantes que cada vez que se prendía explotaba como si alguien hubiera puesto una bomba en la cocina. Mi calefón actual ruga como un animal desde el lavadero y me asegura agua caliente constante, un verdadero privilegio.

Sin embargo, lo que es una fuente de placer, en otras ocasiones me parece un calvario. Hablo de las duchas públicas, las duchas del club al que voy a nadar. El ruido del agua es interrumpido por las voces de señores que cantan o hablan a los gritos y que, antes y después de bañarse, se pasean en pelotas por el vestuario, orgullosos de exponer sus órganos sexuales ante los otros machos del lugar. Al verlos venir en ojotas, con las caras rojas y los pelos pegados al cráneo, esos señores me hacen pensar siempre en lo mismo: el aspecto frágil que tienen los humanos cuando salen de una ducha, despojados de todos los adornos que se ponen para sentirse seguros. ●







ESPECTADOR. No sé por qué estoy sentado en un saloncito de la casa argentina en París, a punto de escuchar a una joven pianista. En realidad, sí lo sé. Llegué hace unos días a la ciudad, vivo en una habitación de este lugar y es hora de forzar mi capacidad de conocer gente nueva.

Mala elección. Soy el único residente que está en este lugar. Los demás, esos a los que me crucé en los pasillos, están haciendo sus vidas en otra parte.

Me pongo a observar el público. Hay señoras mayores que vinieron solas. Las veo salir de sus casas parisinas y viajar en subte entre la gente que vuelve del trabajo para llegar a este refugio cultural. Hay un par de parejas maduras, una mujer muy elegante y maquillada, un chico de unos quince años acompañado por su padre y su abuelo. Entre las manos tiene la gorra de un equipo de fútbol americano, su papá lo obligó a sacársela para la ocasión. La pianista es casi raquítica y delicada pero toma fuerzas de algún lado para atacar al piano, lo domina.

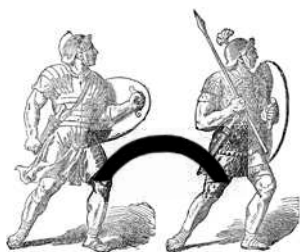
Cada persona adopta una postura diferente al escuchar la música. Las señoras mayores se doblan sobre sí mismas, ocupan la mitad de su silla. El sonido las repliega como si fueran



bichos bolita. La mujer elegante cierra los ojos y levanta la cabeza como si sintiera una brisa agradable; la música le da plenitud. Tiene un anillo dorado casi tan grande como una pastilla de naftalina que se zarandea al final de cada obra.

El quinceañero está terriblemente aburrido, bosteza con sus cachetitos rosados y su pelo rubio. Su única diversión es ser el iniciador de los aplausos al final de cada interpretación. Siempre me llamó la atención esa gente que lleva a sus hijos de tres o cuatro años a los conciertos de música clásica. En el mejor de los casos sus hijos caen rendidos, en el peor empiezan a chillar y los entiendo: no pueden quedarse quietos y en silencio durante una hora y media admirando las virtudes de las sonatas de Beethoven. Pero los padres insisten, tienen la esperanza de que sus hijos sean los pianistas o compositores del futuro. En la primaria tenía una compañera que sufría las ambiciones de su madre: la obligaba a tomar clases de piano. Sus dedos no eran ni siquiera capaces de una versión digna de *Arroz con leche*. Los padres nunca aprenden que sus caprichos aplicados sobre los cuerpos de sus hijos dan el resultado inverso al que imaginan. Mi amiga, que ya no lo es, no solo escapó del piano sino también de su madre: se mudó a 300 kilómetros de la ciudad y trabaja en una fábrica de lácteos. Otras hijas sí les agradecen a sus madres por las clases de piano. Ese es el título de un poema de Diane Wakoski, «Thanking my mother for piano lessons»: «Quiero agradecerle a mamá/ que trabajaba día tras día/ en una oscura, apretada oficina/ o en garajes y fábricas/ y se tomaba un café sin crema a los 40/ para adelgazar, mientras su pesado cuerpo/ llevaba las cuentas a solas,/ sin nadie que contemplara su rostro/ su cuerpo, su canoso cabello/ enamorado// Quiero agradecerle/ porque trabajó solo para pagarme/ mis lecciones de piano/ en vez de cancelar esa deuda con el Banco de América/ o comprar más comida/ o llevar nuestro viejo y ruidoso Ford al taller».

No recuerdo la primera vez que vi un piano, tal vez fue en la escuela primaria. En mi casa uno hubiera sido tan extraño como una nave espacial. Pero el primer CD que compré con el sueldo de un trabajito informal fueron los nocturnos de Chopin, melancolía que alternaba con temas de Smashing Pumpkins o Garbage. A un par de casas de la mía vive una pianista. Cada vez que la escucho ensayar pienso que me hubiera gustado aprender a tocar el piano; más de una vez me hicieron el mismo comentario: tenés dedos de pianista. Pero mis manos son las manos de un hombre grande, reacias a la disciplina de la música y, además, eligieron tocar otras cosas. ●



EVOLUCIÓN. Pasé mi primera semana de facultad en un cursillo de ingreso, sentado en las mismas aulas en las que hoy doy clases. Era como si estuviera en el lugar equivocado —una sensación que, a veces, sigo teniendo—. Una de las profesoras se llamaba A. Nuestra edad, nuestra

falta de experiencia y algo tan sencillo como su ubicación espacial dentro de ese cuadrado de cemento que es un aula hacían que A. fuera para nosotros casi una sabia. En una de sus clases nos leyó poemas y pasajes de textos. No me acuerdo qué, pero sí quedó grabada en mi memoria una recomendación totalmente insignificante: cuando hagan cuadros sinópticos nunca saquen flechas hacia la izquierda, no ayuda a memorizar los contenidos. La cabeza es un basurero de información como esa.

Esta es una ciudad chica. A veces, cuando camino por la vereda siento que avanzo por una escenografía y que la fachada de alguna casa se va a venir abajo en el estudio donde todos estamos actuando nuestras vidas. Una ciudad



de utilería pero con una de las tasas más altas de homicidios en el país. Es muy común, entonces, que nos crucemos siempre con las mismas personas. Durante años me crucé con A., mi profesora. Una vez, hace no mucho, la vi en una tienda extendiendo una prenda con los dos brazos. Ella no se acuerda de mí, por supuesto. En la cantidad de ganado que tuvo que arrear en su vida profesional soy una cabeza más. En todo este tiempo vi cómo A. se transformaba, vi cambiar la forma de su cuerpo y sus cortes de pelo. La vi envejecer. Claro que yo también envejecí y seguramente alguno de mis estudiantes vio mi transformación a la distancia, porque siempre hay testigos. A. parece haber perdido su entusiasmo. Dejó de teñirse el pelo de rojo y ahora camina cansada, con bolsas llenas de cosas que compra antes de meterse en su casa.

Hace un par de meses la vi afuera de un shopping. Estaba bien, asistida por una señora. Según comprendí en dos segundos un auto la había rozado cuando cruzaba la calle. Y lo único que le escuché decir cuando pasé por delante fue algo como «no tengo ganas de perder tiempo, pero tendría que denunciarlo», mientras se miraba una pierna.

Hace menos de una semana salí un domingo al mediodía. El sol pegaba con fuerza. La ciudad parecía un salón de fiestas vacío. Fui hasta la esquina, la avenida estaba desierta. Me daban ganas de acostarme en el medio de la calle y quedarme ahí un rato. Pero ese día había alguien más: en la vereda de enfrente estaba A. Empecé a caminar detrás de ella, a unos cinco metros. Llevaba una bolsa de supermercado con rollos de papel higiénico y unos yogures. Éramos las dos únicas personas en la calle y por un segundo pensé que todo iba a ser como en ese cuento de Cortázar que leí cuando era estudiante, en el que una mujer siente a otra a la distancia y cuando finalmente se encuentran y se tocan intercambian sus cuerpos. Caminamos juntos un par de cuadras, pero después A. dobló y yo seguí de largo. ●



EXTRAÑAMIENTO. Todos los años, para preparar la misma clase, releo el mismo ensayo de

Víctor Shklovski, uno de los llamados formalistas rusos. Es un clásico de 1917: «El arte como artificio» (como «técnica» o «procedimiento», depende del traductor de turno). Como las buenas teorías sobre la literatura y el arte, la de Shklovski habla también de otra cosa. Voy a masacrar al pobre Víctor. Shklovski afirma que somos robots, que todo lo que hacemos es tan automático que nos olvidamos de haberlo hecho y que nuestra relación con el lenguaje y con la realidad está nublada por un automatismo alienador. Escribe: «Quienes puedan recordar la sensación que sintieron al tomar por primera vez el lápiz con la mano o hablar por primera vez una lengua extranjera, y pueden comparar esta sensación con la que sienten al hacer la misma cosa por enésima vez, estarán de acuerdo con nosotros».

Ahí aparece el arte que, a través del extrañamiento de la forma, «desautomatiza» nuestra percepción del mundo y del lenguaje, nos enseña algo nuevo. Nunca voy a olvidar el shock que me produjeron, durante la adolescencia, algunos de los poemas en los libros que sacaba de la biblioteca municipal, como los de Pizarnik en esa antología chiquita del Centro Editor de América Latina con una tapa en colores pasteles, o los de Sylvia Plath traducidos por María Julia De Ruschi en uno de los fascículos de «Los poetas», publicado por la misma editorial. Estaba frente al extrañamiento pero no lo sabía. Está ahí cuando, en «Un regalo de cumpleaños», Plath escribe: «Pero, Dios mío, las nubes parecen de algodón./ Ejércitos de ellas. Son monóxido de carbono./ Dulce, dulcemente aspiro,/ llenando mis venas de invisibles,/ de millones de probables partículas que perturban los años de mi vida».

La idea de Shklovski es tan sencilla como potente, el extrañamiento es el procedimiento de los procedimientos.

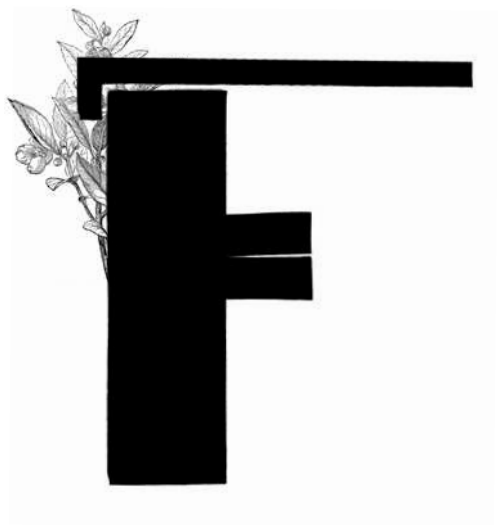


Aunque lo que me sorprende cada vez que releo ese artículo es que necesitemos del extrañamiento, cuando en realidad estamos rodeados de extrañeza y en algún momento esa extrañeza irrumpe para recordarnos que nada es lo que parece. ¿Quién no se miró alguna vez en el espejo del baño y vio a un desconocido? ¿Quién no observó fijamente su cara en ese espejo hasta dudar de la línea peluda de sus cejas, de la forma de la boca, de la circunferencia de los ojos? ¿Quién no tocó a otra persona y sintió que estaba en contacto con un alien? La mano sobre otra espalda, el orden de los huesos bajo una capa de piel blanda. A veces, en el medio de alguna charla banal, todo parece desintegrarse por un segundo: las sillas, el piso, las paredes; por un segundo todo tambalea y vuelve a armarse, como si lo real se hubiera tildado.

Es lo que le pasa a Ernesto López Garay, uno de los personajes de *Cicatrices de Saer*. Un juez gay, culto y misántropo que da vueltas en auto por Santa Fe, traduce a Oscar Wilde y tiene una empleada doméstica que le prepara la comida, siempre sopa. Un día está sentado en un sillón y de repente: «Comienza el extrañamiento. Viene de golpe. Es un sacudón —pero no es un sacudón— brusco —pero no es brusco—, y viene de golpe. Por medio de él sé que estoy vivo, que esto —y ninguna otra cosa— es la realidad y yo estoy dentro de ella enteramente, con mi cuerpo, atravesándola como un meteoro (...) Levanto ahora mi mano derecha en la penumbra del estudio —tengo una mano derecha y estoy en un lugar al que llamo mi estudio— y sigo con la mente el movimiento, la mano derecha que se alza desde el muslo, donde había estado apoyada, con la palma hacia abajo, los dedos ligeramente encogidos, hasta la altura del pecho. Seguir con la mente ese movimiento, todo, paso por paso, es el extrañamiento». Si hacen el ejercicio de mirarse una mano por un minuto, verán cómo aparece el extrañamiento.

El extrañamiento es casi siempre momentáneo y debe serlo porque si se extendiera demasiado en el tiempo nos volveríamos locos. Por eso, cada vez que aparece tenemos que revertirlo con acciones como lavarnos la cara o salir a la calle, actos automáticos que nos mantienen vivos, fuera del precipicio de la verdad. ●







FINAL. En las películas siempre hay un minuto para que hablen los que están por morir. En piezas de sanatorios, en la calle o en el interior de un auto, alguien al borde de la muerte dice algo más o menos importante mientras otro personaje lo mira con su cara de circunstancia. En las películas de suspense o de terror es todavía mejor, porque los moribundos nunca llegan a decir lo que quieren y dejan a los vivos en la incertidumbre. Fuera de las películas, en la vida, los que mueren también tienen, muchas veces, algo que decir, ni siquiera en ese momento son capaces de renunciar al habla.

Un sitio de internet recopila las últimas frases pronunciadas por personas famosas. Algunas son tan improbables como divertidas. Entre las mejores: «De verdad: ¿tengo pinta de marica?» dicen que Rodolfo Valentino les preguntó a los médicos que lo atendían por una peritonitis mortal. «Hace mucho que no bebo champán...», dijo Chéjov en su lecho de muerte; «¿Me estoy muriendo o es mi cumpleaños?», preguntó la vizcondesa de Astor al ver a todos sus familiares alrededor de su cama; «Ocho horas con fiebre, ¡me habría dado tiempo a escribir un libro!», dijo Balzac. Algunos moribundos solo se limitan a constatar la inminencia de su desaparición: «No más», dicen que dijo Chopin, mientras

que Freud se fue con una comprobación más metafísica: «¡Esto es absurdo!». Aunque la moribunda más pragmática fue la tía abuela de un amigo: después de comerse un pedazo de torta, se bañó, se vistió para ir al médico pero de repente dijo: «Hasta acá llegué» y se despidió del mundo.

En *La muerte de Iván Ilitch*, Tolstoi describe la enfermedad de un funcionario ruso. El tipo se cae de forma estúpida de una escalera mientras le muestra a un tapicero cómo quiere colgar las cortinas en su nueva casa. «No me di más que un golpecito», le dice a su mujer. Pero en poco tiempo esa molestia se transforma en un dolor horrible que da inicio a su agonía. Su familia se apiada de él pero al mismo tiempo sigue con su vida. «Los estoy atormentando. Tienen piedad de mí, pero les conviene más que me muera», piensa el enfermo, tumbado en una cama de la que no puede salir, envidiando el ir y venir de los sanos. Una noche, su mujer entra con un vestido de gala para saludarlo antes de ir al teatro y eso le resulta «ofensivo».

Los moribundos y los muertos generan sensaciones encontradas. Por un lado, la vida sin ellos parece imposible, como para el personaje de ese largo relato de Fogwill («Sobre el arte de la novela») que viaja hasta Santiago del Estero para ver a su madre muerta y cuando la ve en la morgue piensa: «Y ahora yo también tendría que morirme». Pero, por otro lado, los muertos son un estorbo para los vivos que necesitan moverse, salir a hacer mandados, comer. Justo lo que escribe Chéjov en su cuaderno de notas: «Mirando por la ventana al muerto que lleva el cortejo: Te moriste, te llevan al cementerio, y yo por mi parte me voy a almorzar». O justo lo que dice esta noticia que leí en el diario esta semana: «Una joven se sacó una foto hot en el velorio de su abuela».

Al final Iván Ilitch muere y también tiene algo para decir en voz alta: «Así que era esto. ¡Qué alegría!».

Algunas horas antes de morir mi abuela pidió más de una vez su cartera. Aunque no era ella quien hablaba, su

cuerpo en cortocircuito emitía mensajes automáticos. Pedía algo dulce para comer —fiel a su glotonería de siempre— o preguntaba, tal vez porque ya veía algo en el aire o porque estaba entrando en otra dimensión del universo, por personas que habían muerto hace tiempo. Algunos moribundos ni eso, son pura discreción, mueren en el más hermético silencio. Seguramente experimentan algo inaudito, o tal vez solo están cansados y quieren que la cosa se termine de una vez. Los vivos que los miran fijo entienden todo como para que los pobres, encima, tengan que explicarlo. ●



FLORES. En un ensayo conocido, Borges escribe sobre la biografía: «Simplifiquemos desafortadamente una vida: imaginemos que la integran trece mil hechos. Una de las hipotéticas biografías registraría la serie 11, 22, 23...; otra, la serie 9, 13, 17, 21...; otra, la serie 3, 12, 21, 30, 39... No es inconcebible una historia de los sueños de un hombre; otra, de los órganos de su cuerpo; otra, de las falacias cometidas por él; otra, de todos los momentos en que se imaginó las pirámides». Voy a mezclar a Borges con mi abuela materna para escribir su biografía a partir de un hecho elegido al azar: las veces que vio flores.

En una de las fotos que guardo como un coleccionista, Alicia Delia Bürgi (1923–1997) es joven. La sombra del fotógrafo, su futuro marido, aparece en la imagen. Tiene el pelo largo, está sentada de perfil sobre el pasto, rodeada de naturaleza. Ese día vio flores. También vio flores en su casamiento. Su vestido de novia abotonado al frente tiene una cola prolijamente acomodada. Se agarra del brazo de mi

abuelo. Ambos están escoltados por sus madres, dos gringas severas vestidas de negro, obligadas por el acontecimiento a posar para la foto. Las caras amargadas de las dos mujeres —ambas habían pasado por eso hacía mucho tiempo— contrastan con el semblante redondo de Alicia Delia que sonrío sosteniendo un ramo complicado de rosas.

Vio flores durante miles de días en la pantalla de esa lámpara de pie que estaba en su living, pero sobre todo en los platos y las tazas que le regalaron cuando se casó. Tengo uno de esos platos, adornado con las mismas florcitas que vieron generaciones enteras, porque antes los platos lisos parecían inconcebibles. También llegaron hasta mí los restos de un juego de té, cada pieza con una concreta rosa estampada en la porcelana.

Alicia Delia vio flores un día de calor de un año que no puedo determinar con exactitud, cuando su hija se subió a una carroza de la Asociación Vecinal Zona Este. En la foto en blanco y negro, cada muchacha emerge del centro de una flor enorme hecha de tela y toda la carroza está cubierta de helechos, helechos que habrán salido del patio de las casas. Algunos años después, vio flores el día en que esa misma hija se casó en la iglesia católica de la ciudad llevando un ramo diminuto comparado con el que ella había llevado (Alicia ya no sonreía con ingenuidad como en su casamiento). Y estuvo entre flores décadas después, cuando vio muerta a esa misma hija en una salita de velatorio de provincia, rodeada de coronas con el olor nauseabundo del pino y el nombre que había pensado para ella multiplicado en el color del oro o de la plata.

Cuando Alicia Delia se transformó en una mujer mayor empezó a usar vestidos que tapaban todo lo que debía estar oculto. A muchos de esos vestidos se los hacía ella misma. Tengo su cuaderno de corte y confección, de la Academia Central Mendia. En la primera página aparece su nombre manuscrito, en letras doradas. Casi todos esos vestidos eran

floreados: flores chiquitas o grandes, pero siempre flores. Los usaba para todo: para cocinar los pollos aceitosos de los domingos o para meterse en la pileta de material que tenía en su patio. En ese patio había una Virgen de Itatí, que Alicia Delia adornaba con alguna flor. Y había también una cala que cuidaba con esmero, por eso nos hacía tirar el agua de los platos sucios en ese lugar. ¿Durante cuántos días habrá visto esa flor? No sé, pero las calas no duran demasiado tiempo, en eso se parecen a algunos humanos. ●

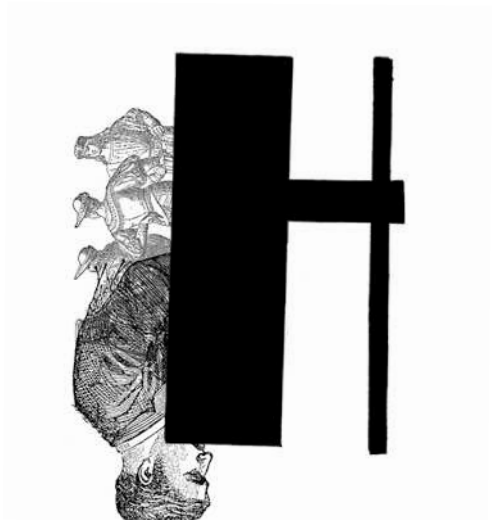


FRASECITA. Creo que siempre escribo sobre lo mismo: esa sustitución asombrosa que hace que una cosa nos lleve a otra. Un olor nos arrastra a otro año, una imagen resucita una época perdida, un sonido nos transporta a un día de nuestra historia. En el primer tomo de *En busca del tiempo perdido* hay un episodio ya célebre: en un recital de piano, Charles Swann escucha una melodía que lo cautiva e intenta rastrearla en esos tiempos sin Shazam. Hasta que un día, en otro recital, vuelve a encontrarla: «Apenas unos minutos después de que el pianista hubiera comenzado a tocar en casa de la Sra. Verdurin y tras una nota alta y largamente sostenida durante dos compases (...) reconoció —secreta, susurrante y fragmentada— la frase aérea y fragante que le había gustado y esta era tan particular, tenía un encanto tan individual e insustituible, que fue para Swann como si se hubiera encontrado en el salón de un amigo a una persona a la que hubiese admirado en la calle y hubiera perdido la esperanza de volver a ver». No se va sin antes averiguar el nombre de lo que escuchó: la *Sonata para piano y violín* de Vinteuil (una obra y un compositor inventados por Proust, en base a obras y compositores que alimentaban

su conocida melomanía). Esa frasecita «danzante, pastoral, intercalada, episódica, perteneciente a otro mundo» es el *soundtrack* de la historia de amor de Swann con una cocotte, Odette de Crécy: «El pianista tocaba, para ellos dos, la frasecita de Vinteuil, que era como el himno nacional de su amor»; en el futuro, esa música le hará pensar a Swann en su historia de amor que el tiempo, como siempre, transformó en otra cosa.

Hace unos meses bailé entre nueve mil personas en una fiesta electrónica. En el medio de la música sintética que llenaba la caverna de un galpón gigante escuché, de pronto, una frasecita musical que ya había escuchado antes. Era la melodía que el músico Angelo Badalamenti compuso para la banda sonora de *Twin Peaks*, la serie de David Lynch. Y aunque la reconocí al instante, en mi cabeza esa melodía no tenía nada que ver con Lynch. Era la música de una novela que había mirado con devoción: *Celeste siempre Celeste*, ciento ochenta capítulos emitidos por Telefé entre 1993 y 1994. La novela, de una trama tan compleja como ridícula, giraba en torno a dos gemelas, una rubia y otra morocha, una buena y la otra mala, ambas interpretadas por Andrea del Boca. Los personajes vivían en Buenos Aires pero se trataban de tú y se gritaban: «Cállate». La misteriosa melodía de Badalamenti empezaba a sonar cada vez que aparecía Clara, la hermana perversa de Celeste. Clara era una Andrea del Boca sexy y tirana al modo obvio de la televisión de los noventa: vestiditos cortos que mostraban sus piernas, una inverosímil peluca negra y los labios pintados de rojo. Todos queríamos ser Clara y no Celeste, esa hermana insulsa que lo único que sabía hacer era sufrir con su permanente albina y sus lágrimas de mártir. Lo que encontré cuando volví a escuchar esa melodía en la oscuridad fue mi propia frasecita, la música del pasado. Un chico de doce años con un cuerpo alterado por la adolescencia que miraba

esa novela dentro de una casa de barrio. Una casa muy diferente de esas residencias lujosas con grandes escaleras inverosímiles de estudio en las que los personajes amaban u odiaban, sin término medio. Un chico que ya sabía que el amor estaba en los hombres y empezaba a atravesar su educación sentimental guiado por las mujeres de su familia, los chicos del barrio y esas dos gemelas ficticias que aparecían al atardecer en el televisor. ●





HABLAR SOLO. Cada vez hablo más conmigo mismo, hablo solo. Lo hago en voz alta, escucho mi propia voz diciéndome algo. Creo que siempre lo hice aunque en los últimos años me tengo como un interlocutor privilegiado, por lo que me pregunto si esta costumbre

es solo un signo de la edad o la prueba de cierta enajenación mental. Cuando estoy en la ducha, cuando corto cebollas o pimientos parado en la cocina o cuando estoy tendiendo la cama me digo cosas, me doy consejos o instrucciones, hago comentarios sobre lo que pasó en el día o, algo frecuente, me reto a mí mismo.

Aunque es bastante común, hablar solo puede parecer un poco aberrante porque quiere decir que uno no existe como unidad, que necesitamos desdoblarnos, que la individualidad es plural. Es algo que ya sabemos desde hace mucho tiempo, pero esa otredad que está en nosotros no deja de producirnos algo de pavor. Sobre todo cuando ese otro que es nosotros nos reprocha haber hecho algo o no haberlo hecho, es decir, cuando nos sanciona. O cuando esa otra voz crece hasta imponerse. En 1961, Alejandra Pizarnik anota en su diario: «La imposibilidad de reproducir mis monólogos

callejeros, los bellos delirios que me acosan en la calle, me hacen desesperar del lenguaje y me dan deseos de buscar otra manera de expresión».

Por supuesto, no soy el único que habla solo. Con frecuencia veo gente que lo hace. El otro día observé a una señora haciéndolo en uno de los pasillos del supermercado, frente a los paquetes de yerba. Tenía la cara que tienen los que hablan solos, esa cara que asusta un poco: ausentes de sí mismos, conectados con su otro yo. Y esa boca que se mueve apenas, como si hablara a medias, porque habla para sí misma y lo que está diciendo es escuchado por el mismo cerebro que formula las palabras. La psicología dice que, en los niños, el habla egocéntrica es un buen signo porque es el indicio de que están aprendiendo a pensar. Pero ya no soy un niño y la señora que vi tampoco. Recuerdo que, en sus últimos años, sorprendí más de una vez a mi abuelo hablando solo en voz alta. Los domingos, después del almuerzo, se tiraba a dormir la siesta y todos lo escuchábamos hablar desde la cama. Cuando le preguntábamos nos decía que había estado charlando con su hija muerta.

En el foro de un sitio de internet llamado «En femenino», una de las usuarias, «Candor 1», plantea lo siguiente: «Mi novio habla solo constantemente: ese es el problema, habla y murmura para sí mismo constantemente, incluso a veces me lo he encontrado por la calle hablando solo con la expresión extraviada y a veces finge conversaciones. ¿Es este un signo de trastorno psicológico?». La primera respuesta de otra usuaria es concisa: «Sí, claro que sí». Pero otras mujeres más comprensivas le dicen que, si bien no es muy común fingir conversaciones en la calle, su novio es más normal de lo que ella cree. ●



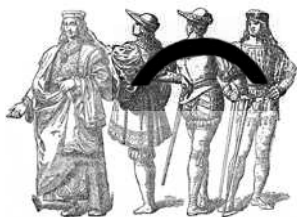
HERENCIA. Huérfanos, viudos, padres sin hijos, hermanos sin hermanos, todos saben que

cuando alguien muere lo más difícil es hacerse cargo de sus cosas. Quedan ahí, no les importa nada, parecen inmortales. Después de la muerte de mi mamá me sorprendía ver sus pinturas de labios y sus cremas, paradas en el baño como granaderos. O sus pantuflas gastadas por el roce de los pies; esas pantuflas que había usado tan poco durante los últimos meses de su enfermedad porque no tenía fuerza y mi hermana la llevaba alzada hasta el baño. Las cosas deberían desaparecer con las personas. En un poema de Raymond Carver, una madre y un hijo sacan plata de la billetera del padre que acaba de morir para pagar el traslado de su cuerpo hasta su ciudad natal. El poema termina así: «Miramos fijamente la billetera por un momento./ Nadie dijo nada./ Todo rastro de vida había desaparecido de ella./ Estaba vieja y cuarteada y manchada./ Pero era la billetera de mi papá. Y ella la abrió/ y miró dentro. Extrajo/ un manojo de billetes que habría/ de pagar este último y más asombroso viaje».

A veces los muertos dejan herencias insólitas. En otro poema, uno de Fernando Callero, aparece el tío Francisco, que «servía en el coche comedor/ y encontró esas joyas:/ dos perlititas engarzadas en oro/ envueltas en forma prolija/ en una servilleta./ Después las vendió/ para operarse los cálculos./ Después murió borracho/ y a la tía le quedaron/ de recuerdo/ dos piedritas/ en un frasco con alcohol».

Durante los últimos veinte años de su vida, mi abuelo se pasó todos los días sentado frente al televisor. Hacía algunas salidas diarias, para las que usaba sombrero: la principal era ir al supermercado a comprar la comida del día. Piropeaba demasiado a las cajeras, que ya no lo miraban con simpatía. Un día, Orlando Waldemar se murió. Lo gongoleo: su

nombre completo aparece en un sitio desconocido, con su árbol genealógico y una mención entre paréntesis: «deceased» (todo está en el cerebro de la web). Nos repartimos sus cosas entre hijos y nietos. A mí me tocó su videocasetera y su televisor Telefunken. Como mi abuelo había pasado días enteros mirando películas viejas en el canal Retro, el logo quedó grabado en la esquina superior derecha de la pantalla. Uno cambiaba de canal y el logo seguía ahí en el fondo. Un tiempo después regalé el televisor a una asociación de exadictos dedicados a la beneficencia. Ahora me imagino que una señora lo prende en su casa y ni siquiera ve esa imagen fantasma, o la ve pero no le importa. No sabe que ahí adentro está mi abuelo. ●



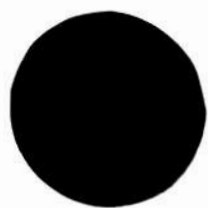
HOMBRERAS. Una de las tantas noches de febrero en las que el calor aplastó esta ciudad, yo estaba en la mesa de un restorán con los antebrazos apoyados sobre un mantel a cuadros y mi lobotomía típica del verano. Paseando por las caras agobiadas de los comensales, me frené en una mujer mayor sentada frente a su marido, ante un liso transpirado. Ninguno hablaba, estaban en dimensiones paralelas, un efecto colateral de los matrimonios largos. Algo me llamó la atención: la mujer tenía una blusa de mangas cortas con botones dorados y unos hombros demasiado fornidos. Estaba usando hombreras.

Hacía mucho que no veía a alguien con hombreras. Me acordé de haber visto, más de una vez, a mi mamá acomodándose las en el espejo del antebañó antes de irse a trabajar.

También me acuerdo del movimiento rápido que hacía para sacárselas cuando volvía a casa. Ese movimiento significaba que ya había terminado su rol de mujer policía. Aunque eran un accesorio de moda que guardaba en una caja con muchos otros pares —en los ochenta eran casi obligatorias— seguían siendo lo que fueron desde su creación: un truco barato para crear autoridad. Joseph Brodsky habla de los militares rusos retirados que «suelen llevar, ya sea en casa, ya en público, esta o aquella prenda perteneciente a su atavío militar: una camisa con hombreras, unas botas altas, una gorra, un capote, como para indicar a los demás (o para recordárselo a sí mismos) el grado de adscripción: aquel que ha servido una vez, servirá siempre».

Mientras mi mamá se ponía sus hombreras para ir a trabajar, nosotros las usábamos para jugar. Podían ser tetas, bultos, deformaciones. Una vez, una compañera de la primaria fue a la escuela con hombreras debajo del guardapolvo (me la imagino poniéndoselas a escondidas de sus padres). Ese gesto le costó semanas de burlas por haber querido hacerse la grande.

En un libro sobre Silvina Ocampo hay una entrevista a María Ester Vázquez donde queda demostrada la intermitencia de las hombreras en la moda argentina, unida a lo tacaño de una de las hermanas Ocampo: «Tenía fama de ser muy poco generosa. En la galería de Villa Silvina había unos sillones de mimbre forrados. Con el uso, una de las cretonas había quedado con hilos rotos. Sentate porque hay que tapar eso, me decía (...) En los años 80, cuando se empezaron a usar las hombreras otra vez, me dijo: Mirá qué injusticia, yo hace una semana tiré una caja de hombreras. Se habían usado tanto en los 40, la mayoría estaban apolilladas, pero muchas servían». ●





INQUILINOS. Aunque parezca natural, la idea de pagar para vivir en una casa que no nos pertenece, que otros construyeron según sus propios gustos o los de su época, es un poco extraña. Nuestras vidas son los espacios por los que nos movemos, por eso alquilar una casa es como pagar el precio por tener una vida propia. Las mudanzas son un trastorno pero también uno de los pocos lujos del inquilino. Despertarse en un barrio nuevo, en un lugar con sus habitaciones, sus puertas y sus pisos únicos, sus ventanas y sus azulejos es como empezar otra vez. Y empezar a destruir un nuevo lugar: los inquilinos también destruyen cada casa que ocupan, porque vivir es gastar y arruinar cosas; por eso ensucian las paredes, cachan mosaicos y antes de irse tratan de revertir ese desgaste con un maquillaje rápido.

En la vida del estudiante las mudanzas suelen ser más frecuentes. La primera casa en la que viví, compartida con cuatro mujeres, era como un campamento. Teníamos 18 años, nuestras familias estaban lo suficientemente lejos como para dejarnos en paz, experimentábamos casi por primera vez la libertad absoluta. Podíamos dejar cosas tiradas, salir y volver cuando quisiéramos, comer a cualquier hora. De esa casa me queda el ruido del calefón cuando explotaba, el frío insoportable que atravesaba los vidrios enormes de

un ventanal y el haber visto, a la luz de la madrugada, a una desconocida durmiendo sobre la alfombra después de una fiesta, acurrucada como un perro.

Pasé por otras casas hasta terminar en una clavada en el centro de la manzana. La dueña era una vieja rica que gastaba su tiempo libre ejerciendo su perversidad de propietaria. Una vez le avisamos que el timbre no funcionaba bien. A la mañana siguiente nos tocó el portero y cuando escuchó nuestra voz a través de una interferencia horrible, nos dijo que en su opinión el timbre funcionaba perfectamente. A veces nos caía de sorpresa para comprobar que todo estuviera en orden. Recorría las piezas humillando nuestros muebles humildes con su ropa cara. A principios de mes teníamos que ir a pagar el alquiler a su casa. Entrábamos como pordioseros en un palacio, pisábamos su parque lustrado, levantábamos la cabeza para mirar el desnudo perfecto de una estatua clásica que había sido pagada con los alquileres de las propiedades venidas a menos que ocupábamos nosotros. El escritorio antiguo de madera, en el estudio donde nos cobraba su tributo, tenía una bandeja que ella desplegaba para que dejáramos allí los billetes, en vez de dárselos directamente. Un día me contó que acababa de llegar de Sudáfrica, donde había visto especies de peces totalmente desconocidas; mientras la escuchaba miraba de reojo los portarretratos con su nieto apolíneo sobre un caballo de polo o sus hijos sonriendo en alguna fiesta. Años después me mudé y nunca más volví a verla, hasta que hace unas semanas apareció en el tik tok de una de sus nietas recién vuelta del extranjero, que grabó el momento de su aparición sorpresa. La vi frágil, una anciana levantándose emocionada de la silla para abrazar a la hija de su hija. No sé por qué, pero me alegró saber que seguía viva.

En uno de mis cuentos preferidos de Carver hay inquietos. Se llama «La brida» y el escenario es un complejo

de departamentos manejado por Harley y Marge, su esposa. Marge tiene una peluquería en su casa y es la que narra la historia. Un día llega una familia buscando alojamiento. Son raros, sobre todo los padres: Holits y Betty. Marge los observa vivir desde lejos hasta que una siesta Betty, que trabaja todo el día como moza, va a la peluquería de Marge a teñirse. Es el momento más hermoso del cuento: las dos mujeres charlan y, a pesar de ser desconocidas, alcanzan cierta intimidad. Marge le hace las uñas gratis y le dice: «Tiene unas cutículas muy bonitas (...) Mírelas. ¿Ve lo pequeñas que tiene las medias lunas? Significa que tiene bien la sangre». Después de un incidente, la familia decide mudarse de la noche a la mañana, llevar el caos de sus vidas a otra parte. Antes de irse, Betty le hace llegar a Marge con uno de sus hijos postizos la plata del alquiler junto con una nota que termina así: «Gracias por todo, gracias por peinarme aquella vez». Ese agradecimiento escueto es como un cuchillito en el corazón. La mujer los ve irse y entra con sus cosas de limpieza en el departamento vacío. Todo está limpio. Sola en ese lugar que ocuparán otros inquilinos, dice en voz alta: «Gracias», y dice también: «Buena suerte, Betty». ●



INSPIRACIÓN. A los 25 años, Baudelaire escribió sus «Consejos a los jóvenes escritores» —hoy

sería considerado uno de ellos—. En una de esas páginas se lee: «Una alimentación muy sustanciosa, pero regular, es lo único que necesitan los escritores fecundos. La inspiración es, sin dudas, la hermana del trabajo diario (...) La inspiración obedece del mismo modo que el hambre, la digestión y el sueño». Baudelaire habla de la necesidad de una disciplina

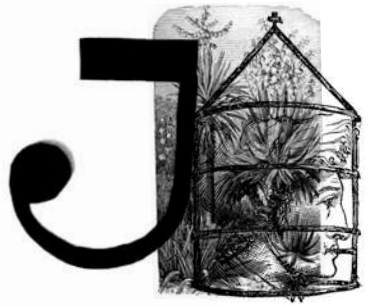
de la escritura: escribir siempre, aunque no se tenga ganas...
Lo que me pasa hoy.

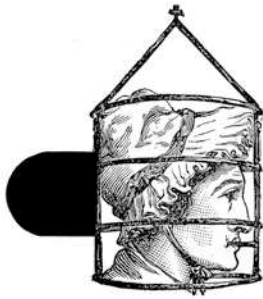
Abro la puerta de mi casa para contemplar el mundo exterior. Veo una hilera de autos estacionados, otros que pasan por la calle, cuatro o cinco personas caminando. El viento hace oscilar los plátanos que adornan esta cuadra (mi vecina dice que esas moles están completamente huecas y que un día se van a venir abajo sobre nuestras casas). Estos datos me calman, me dicen que el mundo sigue en movimiento, que hay un orden. En menos de dos meses dejaremos atrás otro año y estamos cansados.

Vuelvo a mi silla, me quedo quieto y hago el esfuerzo de escucharme a mí mismo. Un corazón que funciona con discreción y un mínimo pero molesto dolor de cabeza que intenté aplastar con mi droga preferida y una ducha con la luz del baño apagada. Miro lo que hay en esta pieza: una cama, algo de ropa, una botellita de agua, libros. Agarro uno que compré hace poco, la poesía de Fogwill. Repito ese juego premonitorio que hacíamos con mis amigas cuando íbamos a la secundaria, pero que todavía hago de vez en cuando con otros amigos. Sostengo el libro con las dos manos, paso rápidamente las páginas con el pulgar derecho y freno de golpe en alguna. Elijo la página de la izquierda o de la derecha y pienso en un número de línea. Lo que salga será revelador, en algún sentido. Tolstoi jugaba a algo similar en 1857: «Tuve la debilidad de consultar mi futuro en un diccionario, salió: *suelas, agua, catarro, tumba*». Más de un siglo y medio después, leo en voz alta lo que Fogwill tiene para decirme: «Los niños juegan frente al televisor». ¿Tendré hijos? Ya es muy tarde para eso. ¿Tengo que abstraer algo de esa imagen? No entiendo el mensaje de mi destino.

¿Qué queda de este día que aún no terminó? Algunas cosas mínimas: el sabor de un chocolate en la boca, la cara hermosa de un chico que vi en la calle, el placer de un

orgasmo, una excursión al pasado a través de una foto y, sobre todo, la conversación que escuché al mediodía en la cola del cajero, al rayo de sol. Dos señoras, compañeras de aquaerobic en el club de mi barrio. Una le contaba a la otra que por fin habían podido llevar las cenizas de su madre al cinerario de la basílica de Guadalupe. Y le dijo: «Ella, que se crio en el campo, venía siempre a la procesión de la Virgen de Guadalupe y decía que quería tener una casa cerca de la iglesia. Cuando poníamos la urnita sentí que le estaba cumpliendo su sueño». Pedazos perfectos de conversación como este hacen que uno sienta que escribir es algo inútil pero al mismo tiempo hacen que uno quiera escribirlo todo. Después, la mujer le dijo a su amiga que estaba muy ilusionada porque iba a pasar las fiestas en Brasil, con toda su familia. Feliz navidad y feliz año nuevo, señora. ●





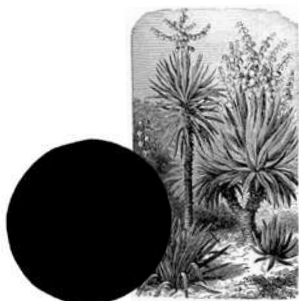
JAQUECA. 1 miligramo de ergotamina, 100 miligramos de cafeína, 1 miligramo de clorfeniramina, 400 miligramos de dipirona y 7,5 miligramos de metoclopramida: eso contiene la pastilla que tomo para los dolores de cabeza. Cualquier jaquecoso

puede comprender la felicidad que es capaz de otorgar ese comprimido. Como Daniel Durand, que en un poema sobre el dolor de cabeza incluye una breve oda al Migral: «Revuelvo en la caja de medicamentos/ hasta que encuentro la mágica pastilla roja,/ el solo verla redonda y de un rojo fuerte y seco/ me calma y me alivia el dolor,/ paladeo el dulzor colorado que tanto conozco,/ me la trago y me vuelvo a acostar». La que yo tomo es blanca como cualquier otra, pero su efecto es el mismo: la resurrección. Aunque prefiero mis pastillas de éxtasis. Cada vez que observo una con su logo grabado (Skype, Iphone, Gucci, Transformer, Baby Yoda) recuerdo a los que hace décadas llevaban en sus bolsillos una cápsula de cianuro y pienso que nací en una generación que en vez de tragarse una pastilla para evitar las torturas del enemigo, la usa para escapar del tedio.

La «literatura médica» registra más de trescientos tipos de dolores de cabeza que van desde un malestar tolerable hasta martillazos que duran días. Conozco el mío a la perfección: comienza como una molestia detrás del ojo derecho. Sigo viviendo como si nada pero la molestia aumenta hasta volverse la patada de un animal encerrado en el cráneo. En un momento solo pienso en dolor. Lo que sigue es un período de agonía en el que busco escapar como sea de la luz. Acostado, hago presión con los dedos sobre la frente, el cuero cabelludo o la nuca, trato de encontrar una posición en la que el martirio disminuya. La única forma de atravesar un dolor de cabeza es retirarse del mundo por un rato. Una vez que aparece hay que someterse, no hay otra opción. Es lo que le pasa a un migrañoso célebre, Friedrich Nietzsche, en septiembre de 1872: «Domingo. Me despierto con dolor de cabeza. Mi ventana da al Wallensee: el sol sale por encima de sus cumbres en parte cubiertas de nieve. Desayuno y camino un poco más por el lago. Luego a la estación (...) Viajo hasta Chur, en segunda clase, pero con un malestar que continúa creciendo, a pesar de una vista especialmente suntuosa —el lago Ragaz, etc. En Chur me doy cuenta de que es imposible que pueda seguir el viaje, rechazo la oferta del empleado de correos y me retiro rápidamente al Hotel Lukmanier. Allí me dan una habitación con una buena vista, pero rápidamente me meto en la cama».

Tal vez los dolores de cabeza sean hereditarios. Recuerdo las agonías de mi papá, tumbado en la cama de una pieza en penumbras, con un pañuelo de tela mojado sobre la frente, respirando como una ballena. Cuando volvía de ese dolor parecía un santo, tenía la bondad de los que sobreviven a algo terrible. También es cierto que los dolores de cabeza son la respuesta de nuestro organismo a algún tipo de obvia u oculta insatisfacción. En periodos de felicidad desaparecen. Este año escribí bastante poco. Durante meses tuve

una vida ajena, como si alguien que no conozco hubiera ocupado mi cuerpo con un plan de acción que excedía mi voluntad. Hice todo lo que él quería. Durante ese lapso no tuve ni un solo dolor de cabeza. La semana pasada, de repente, me senté a escribir otra vez. Y unos días después la jaqueca volvió. ●



JARDINERÍA. El año pasado escribí un poema que arranca así: «En el medio del camino de la vida/ empecé a cuidar las plantas de mi patio». Los poemas son mentirosos, no hay que creerle a los poetas. Pero créanme, este poema dice la verdad. Durante años tuve plan-

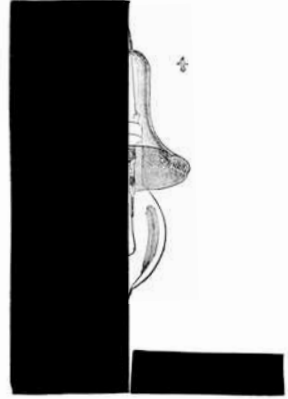
tas sufriendo en el patiecito de mi casa alquilada. No eran mías, venían con la casa, estaban en unas macetas viejas de cemento demasiado pesadas, imposibles de mover. Macetas que tuvo una señora jardinera que tal vez ya murió. Un helecho, un charol, unas puntas de flecha. No les acerqué nunca un vaso de agua, ni siquiera las miraba. Pasaron veranos enteros resistiendo, hasta que una mañana me desperté jardinero y me transformé en una madre Teresa de las plantas.

Las plantas tienen muchos nombres. Las mujeres los aprenden de sus madres o abuelas y se los transmiten a sus hijos. Esos nombres conviven pero es necesario conocerlos para poder charlar sobre el tema con entendidos. Hay una muy resistente, de hojas rectas y duras, la *Sansevieria trifasciata*, tan común en los patios de nuestras abuelas. Ahora adorna los departamentos de los jóvenes porque no pide nada, puede vivir durante meses sin ningún cuidado. Esa misma planta es llamada «lengua de suegra» por algunas

señoras, «cola de tigre» por otras y «espada de San Jorge» por las más religiosas.

Hace poco volví a ver una foto de mi mamá en la vereda. Está vestida de entrecasa, con un pantalón de buzo verde y un pulóver rojo, una combinación de colores que deja bien en claro su desinterés, en sus últimos años, por la moda. Se ríe obligada. Tiene una manguera en la mano, está regando las plantas contra el tapial, lustradas por el agua. A esa foto se la sacó de sorpresa su hermano Ángel que vivía en Buenos Aires. Es una de sus últimas imágenes. Entre las plantas del fondo aparecen sus preferidas: los malvones. Los cuidaba de todo, incluso de la amenaza más peligrosa que había en la ciudad: las viejas ladronas, esas que salían a caminar bien temprano cuando apenas asomaba el sol y arrancaban de raíz las plantas para llevarlas a sus patios. Los pocos nombres de plantas que aprendí mientras crecía —poto, estrella federal, beso, agapanto— los aprendí de ella. Ahora debería legárselos a alguien.

Una tarde de esta semana me dediqué a mi jardín. Algunas de mis plantas están enormes pero la última tormenta trajo alguna plaga que atacó a varias. Una Érica se secó entera, como si la hubiera fulminado un rayo. Traté de reanimarla con un cóctel de pesticida y fertilizante. La casualidad quiso que una noche de esa misma semana leyera un poema de Estela Figueroa, «Vegetal», que empieza así: «Como la Érika/ que antes de secarse/ produce un hijo». Estaba en mi cama, cerré el libro y salí al patio en calzoncillos para comprobar lo que había leído. Ahí estaba el hijito, verde y diminuto, al lado de su madre muerta. ●





LUZ. Ayer salí a la puerta de mi casa y vi la luz. Ya está acá, pensé. Me paré en el cordón y me di cuenta de que había empezado a formarse ese túnel que arman los árboles de las veredas opuestas cuando se tocan; ese techo verde de algunas calles es uno de los

recuerdos perfectos que fabricó mi cabeza: avanzo en mi bicicleta y levanto la cabeza para mirarlo. La luz estaba entre las hojas pero también en el fondo de la calle, venía desde los barrios del oeste como una avalancha. No es cualquier luz, es más honda. Calveyra dice que aparece «en los aledaños de septiembre, vagabunda al acecho de flores, tozuda, buscando encarnar en árboles, encontrarse con la luz que le dejaba un pájaro, una rama empapándose en el río, otorgándose prerrogativas como abalanzarse sobre cuanto cosa se le pusiera al paso». Es curioso pensar que el aumento o la disminución de la luz, un fenómeno físico cuya razón ya conocemos, es el origen de nuestra concepción cíclica de la vida y provoca en nosotros efectos como la felicidad, la nostalgia o la melancolía.

Los dos primeros versos de un poema de Juan L. Ortiz sintetizan lo que vi: «El mundo es un pensamiento/realizado

de la luz». Juan L. es uno de los poetas que más escribió sobre la luz: decenas de poemas dedicados a las tardes, al brillo de las estaciones, al resplandor que cae sobre las calles, las casas o el río. En esos poemas la luz es algo demasiado bello, pero es también el reverso de lo terrible, de la corrosión que no se ve pero está del otro lado, como si en la belleza ya estuviera su ruina. En «Estas primeras tardes», Juanele le habla a sus «compañeros» para explicarles por qué las tardes de primavera lo entristecen. En «La tarde de verano», el «momento dorado» lo lleva a pensar en aquellos que viven «entre un agudo mundo de puñales». Esto es tan bello, dice Ortiz, pero... y entonces el poema se enturbia. Cuando era chico, en Puerto Ruiz, Juanele se levantaba a la madrugada para ir a buscar las vacas en el monte. Al regresar se encontraba con la luz: «Volvía cuando el sol estaba rasante —todavía me acuerdo— iluminaba parte de la vaca y parte de mi madre agachada, ordeñando. Esa luz casi horizontal del amanecer a mí me impresionaba mucho, porque se levantaba en ese tambo mucho vapor. Entonces eso se irisaba, se hacía un mundo de color muy tenue, hermoso: las vacas parecían de una niebla».

Pienso en la otra luz, la luz eléctrica que está ahora sobre mi cabeza, esa luz que es posible gracias al flujo de energía que lleva desde alguna de las plantas transformadoras de una empresa provincial. Pariente moderna de la luz natural, tiene una historia diferente. Pienso en la costumbre de dejar luces prendidas toda la noche en nuestras casas, para protegernos. Donde hay luz hay alguien vivo. Estamos demasiado acostumbrados a la luz, perdimos el gusto por la oscuridad. En un pasaje de su diario, Kafka se tira en el sillón de su pieza con la luz apagada y observa el aspecto de las cosas en lo negro: «Cuando instalaron los faroles de arco voltaico abajo y cuando fue amueblada esta habitación, no hubo ninguna ama de casa que tuviese en cuenta el aspecto

que tendría mi habitación a esta hora, desde el canapé y sin encender la luz».

Cuando era chico y se cortaba la luz en el barrio, lo primero que hacíamos era salir a la calle. Padres, hijos, todas las familias a la vereda. Hablábamos con los vecinos sin vernos las caras. Nos quedábamos ahí, liberados de las pantallas de los televisores, mirando el cielo y tratando de adivinar la forma de las cosas. El barrio era tan diferente en la oscuridad y aunque no veíamos nada era como si viéramos todo por primera vez. ●





MALVONES. Con una paleta partida —un incisivo frontal, debería decir— salgo a caminar

por París. ¡Oh lá lá! Voy al odontólogo. En un consultorio lujoso como nunca antes vi, el Dr. Bismuth, al que le pagaré mi seguro del viajero, me habla mucho; me explica, mientras estoy con la boca abierta y la luz del techo me da de lleno en la cara, la diferencia entre la electricidad de 110v y la de 220v. Su francés transparente me alegra. Al final, me pasa un espejo para que vea su trabajo y me siento Lisa Simpson en esa escena en que un odontólogo asustado le alcanza un espejo para que contemple lo monstruosa que quedó con el modelo medieval de ortodoncia que pueden pagarle sin la cobertura médica.

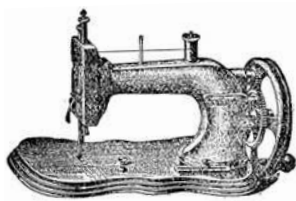
Para festejar mi flamante diente paseo por los alrededores. Estoy en el decimosexto *arrondissement*, el barrio donde vivió Benjamin Franklin, donde Balzac tenía una casa a la que solo se podía entrar con contraseña y donde Rousseau leyó para su público la segunda parte de sus *Confesiones*. Demasiado distinguido para mí, un extranjero con un diente falso.

Me detengo en una cuadra silenciosa en la que las fachadas iguales se multiplican como si todo fuera un estudio de cine. Los balcones de esas casas lujosas tienen malvones, flores rústicas capaces de resistir hasta el

invierno europeo. Eso anota Derek Jarman en *Naturaleza moderna*, cuando habla de la flor del malvón, la *Pelargonium zonale*: «Durante años he cuidado de ella en mi balcón de Londres, en el que ha florecido ininterrumpidamente en las condiciones más adversas». Miro estos balcones parisinos y pienso: mi mamá amaba los malvones. Entonces París, el presente, lo que están viendo mis ojos, queda pegado a un fantasma. También había malvones en el patio de mi abuela, metidos en ollas viejas transformadas en macetas. Otro fantasma. ¿Por qué me paso el tiempo uniendo cosas vivas con muertos? Veo a mi papá en extraños, solamente por una cabeza canosa, por unos anteojos, por una estatura. O aparece cuando veo el motor de un auto, porque se pasó su vida metido en las entrañas de esas máquinas. Los sombreros de señor me llevan a la coquetería de mi abuelo; las quinielas, a la adicción de mi abuela materna; los hornos de las cocinas, a mi abuela paterna. Me dije muchas veces que tengo que dejar de hablar de los muertos, basta, hasta yo estoy cansado de hablar siempre de lo mismo. Pero me consuelo diciéndome que uno escribe lo que puede, la escritura también es un tic incontrolable. Y cuando me decido a escribir sobre la vida, los testigos de Jehová golpean a mi puerta y me dan un folleto que dice: «¿Es posible que los muertos vuelvan a vivir?», con la imagen de dos padres tristes y abrazados en un living frente a las fotos de la hija que perdieron.

Detrás de mi manía hay una relación con el tiempo. Como si solo fuera realmente valioso lo que ya desapareció. Por eso soy capaz de sentir nostalgia por cosas que pasaron hace media hora, como si las arrastrara hace años. Cuando resucito a los muertos creo que caigo en ese aforismo que Arthur Schnitzler anotó en un cuadernito: «La falsificación del recuerdo es la venganza impotente que nuestra memoria le cobra al carácter irrevocable de todo lo que pasó». Tengo un

sueño repetido: hablo de cualquier cosa con alguien que ya se murió. Mientras me habla sé que esa persona no sabe que está muerta. A la vez que no puedo creer estar hablando otra vez con ella después de tanto tiempo, tengo la incomodidad constante de tener que decírselo. Al final nunca se lo digo, porque no quiero darle una mala noticia y porque tampoco quiero arruinar ese momento irreal. ●



MODISTAS. En su *Tratado de la vida elegante*, Balzac escribió que «el abandono de la toilette es un suicidio moral», y líneas después agregó: «La toilette no consiste tanto en el traje como en el modo de llevarlo». Por eso las modistas nunca van a extinguirse, tienen

una función primordial en nuestra cultura dandi: adaptar la moda a la singularidad de cada cuerpo, menos por comodidad que por mandato del estilo.

Conocí a varias modistas. Algunas más humildes y sin ambición, otras dueñas de verdaderas empresas caseras, con colas de clientas que les llevaban su ropa, la ropa de sus hijos o los pantalones pinzados de sus maridos. Desde pequeños arreglos y ajustes hasta vestidos de quinceañeras (por suerte ya estoy lejos de esos especímenes, mezcla de hormonas y fantasía). Conozco a una modista especializada en vestidos de princesas para nenas adictas a las películas de Disney. Una de mis modistas se llamaba Margarita. No sé si seguirá existiendo, me da miedo averiguarlo. Era una viejita que vivía sola en una casa arruinada. Cuando me abría la puerta se veía su comedor vacío, ocupado por una mesa, dos sillas y una máquina de coser. Todas las tardes sacaba una de esas

sillas a la vereda y trabajaba levantando de vez en cuando la vista para ver pasar gente. Si uno tocaba el timbre cuando ya había oscurecido, sabía que tenía que esperar. En la negrura de esa casa abandonada se prendía, después de unos minutos, una luz. Margarita salía del bunker de su cocina, el único ambiente iluminado por su economía de jubilada, donde cosía la ropa ajena con el televisor de fondo.

Cerca de mi casa hay dos modistas. Una es estricta. Toma los pedidos y anota las fechas de entrega en un cuaderno espiralado, dividido por días. Hay que esperar bastante, pero el trabajo es perfecto. La otra tiene una ventana que da a la calle. La veo siempre, a diferentes horas, inclinada sobre su máquina. Está en una pieza desordenada, repleta de telas y con un gato. El gato mira hacia afuera, pero ella no, salvo cuando las señoras ansiosas le golpean el vidrio para preguntarle si está listo lo que le dejaron.

En 1949, el escritor uruguayo Felisberto Hernández se casó con María Luisa de las Heras, una modista de alta costura española que había conocido en París. Una vez instalados en Montevideo, María Luisa mandó a acolchar las paredes y colocar burletes en las puertas del cuarto donde trabajaba con sus máquinas Singer, para no molestar a su marido. Una decisión muy extraña, como lo señala el biógrafo del escritor, ya que Felisberto Hernández «escribía con frecuencia en los ruidosos cafés montevideanos». Es que María Luisa de las Heras era en realidad África María de las Heras, una espía del KGB ruso que se había casado con Hernández —un anticomunista declarado, la coartada perfecta— para entrar en Uruguay, una plataforma importante para la actividad de espionaje en Latinoamérica. Necesitaba estar aislada para poder hacer sus transmisiones de radio. El matrimonio duró poco y ella se esfumó. Hoy está enterrada en Rusia, bajo una placa en la que se lee la palabra «Patria», el nombre secreto que usaba como espía. ●



MONIQUE BIDAULT. Acaba de publicarse un libro sobre sociología de la literatura y como soy profesor

lo compré. La autora es una socióloga francesa, una de esas eminencias académicas que publican sin parar, dirigen grandes proyectos de investigación y viajan a prestigiosas universidades extranjeras a dar conferencias con una botellita o una jarra con agua al lado del micrófono. La última oración de los Agradecimientos dice: «La bibliografía fue organizada por Monique Bidault (†)», el nombre seguido por esa crucecita, un signo tan sencillo como fatal. Monique Bidault está muerta, pero desde la página 132 hasta la 169 de ese nuevo libro aparece su trabajo de hormiga. Apellidos de autores ordenados alfabéticamente: Leclerc, Leenhardt, Lepenies, Levin, Lévy, Lidsky, Lilti, Lough. Hizo sola esa lista: revisó títulos, años, números de página, nombres de editoriales o revistas. ¿Habrà hecho el trabajo gratis, por pura dedicación, o cobró algo? ¿En qué habrá gastado su plata? Tal vez se la gastó en alguna tienda parisina, o la usó para comprar comida y cigarrillos.

Necesitaba saber cómo era Monique Bidault por eso la googleé —algo que los espectadores morbosos, es decir todos, hacemos con los muertos desconocidos—. En un sitio de citas y contactos sexuales hay una Monique Bidault que nació en Jaulges, tiene 53 años y es «técnica de laboratorio». No es ella. En Facebook hay otras. Una que vive en Vierzon-Bourgneuf y solo sube fotos de su caniche negro: caniche en el patio, caniche en primer plano, caniche con chaleco al crochet que le tejíó ella misma — «y sí, con los restos de lana hay que hacer algo de estos días», comenta en la foto—, caniche con el filtro de la bandera francesa que muchos usaron para expresar solidaridad por los atentados en París. No es ella. La otra Monique Bidault es rubia y joven. Tiene una foto en la playa, con lentes de sol y un bikini rosado, abrazada a una

amiga. Tampoco es. Estas Moniques ni siquiera se imaginan que hay una mujer con el mismo nombre que el suyo, enterrada en algún lugar. Tampoco les interesaría saberlo. Tal vez nuestra Monique Bidault no tenía tiempo para Facebook, o no le interesaba. Tampoco sé cómo se murió, aunque me imagino un accidente o una enfermedad fulminante. Las personas mueren todos los días de maneras más o menos horribles, absurdas o injustas; pocas tienen el lujo de una crucecita impresa junto a su nombre que nos adelanta lo que ya sabemos y que nos advierte que no perdamos tiempo. ●



MURILLO. A Murillo le encantaba pintar escenas con chicos paveando. Tal vez le divertiría

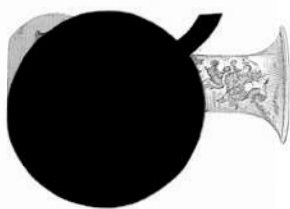
saber que hoy, más de tres siglos después de su muerte, su autorretrato aparece en varias cuentas de Facebook o de Instagram, y que existen una influencer mexicana y un jugador colombiano de fútbol con su mismo apellido, apellido que es también el nombre de una óptica, una casa de decoración y una marca de papel.

¿Cómo llegó una pintura de Bartolomé Esteban Murillo al living de mis abuelos? Por el milagro de la técnica y el hábito de la clase media de decorar sus casas con copias baratas de obras de arte. En una de las paredes estuvo colgada, durante años, una reproducción de *Niños comiendo un pastel*: un chico sucio y angurriente, en patas, jugando con un pedazo de comida al lado de otro chico risueño y de un perrito hipnotizado, el verdadero protagonista del cuadro. Chicos haciendo lo mismo que mis amigos y yo hacíamos con golosinas en la vereda.

La gente necesita imágenes. El otro día, en un bazar, una señora preguntó si vendían «paisajes para decorar»; se llevó

un amanecer intenso que ahora debe estar colgado en su comedor, aunque su cerebro ya se acostumbró a esa mancha naranja en la pared, a dos metros de altura. El Murillo de mis abuelos estaba al lado de un espejo en el que todos se miraban: mi padres, mis hermanos, mis tíos, mis primos de Buenos Aires. Se arreglaban el pelo, revisaban sus dientes o solamente comprobaban, por un segundo, que su imagen seguía viva. Pero nadie se detenía a saludar a esos chicos barrocos. En el verano, llegaban desde el patio nuestras voces en la pileta vieja de cemento que tenía como tapón la botellita de un medicamento para el dolor de panza y los Murillo ni se inmutaban.

Muchos años después visité el Museo del Prado. Había ido a Madrid para pasar año nuevo con amigos. Esta estudiante tenía una beca y había llegado a España después de cruzar Francia de la forma más barata: muchas horas doblado como un muñeco dentro de un colectivo de cotillón. En el museo me encontré con Murillo y hasta hoy creí haber visto la misma obra pero acabo de leer que los chicos y el perro viven en Múnich y no salieron de ahí. Aunque por ese eco de las imágenes, en esa sala del Prado vi otra vez la casa de mis abuelos que un arquitecto hizo tirar abajo hace un par de años para levantar dos casas nuevas. En una vive mi hermano con sus dos hijos que nunca van a saber cómo era el lugar en el que nosotros crecimos, aunque ellos también están moviéndose en un lugar que va a desaparecer y que un día del futuro volverá en alguna cosa que miren. ●





ORIGEN. Me gusta saber de dónde vienen los objetos. Miro el lugar de impresión de los libros: a veces figuran ciudades desconocidas. Busco el lugar de fabricación de los chocolates: desde Arroyito en Córdoba hasta Bludenz en Austria (cuanto más lejos más caros). La

manteca que se mantiene sólida en mi heladera fue fabricada en Franck, ese pueblo en cuya plaza estuve más de una vez, aunque recuerdo siempre la noche de invierno en que la vi a través de una ventanilla empañada. Tenía dieciséis años, iba en un colectivo lleno de adolescentes eufóricos hacia un boliche famoso de la zona. Pero me tocó viajar sentado al lado de un excombatiente de Malvinas sin un brazo y con ganas de hablar de la muerte. Cuando bajé de ese colectivo había crecido un poco.

Siempre tenemos la necesidad de conocer el origen. El origen explica todo, hasta el futuro. Nos explicamos nuestras caras viendo las fotos de nuestros padres jóvenes, justificamos enfermedades con abuelos que sufrieron lo mismo. Todo lo que somos estaba anunciado en la cadena genética de la familia. Creemos que el lugar donde nacimos dice casi todo sobre nosotros. Las personas que vienen de los pueblos

que rodean esta ciudad afirman que haber crecido en esos lugares las hizo más sencillas y amables.

En mi casa tengo algunos objetos que pertenecieron a mi familia. No son lujosos ni tampoco son heredados, son más bien los restos de una herencia que no existió. Como las piezas de ese juego de té que perteneció a mi abuela. Todas tienen la marca: «Festival. Industria Argentina». Son chicas y delicadas, podría aplastarlas con la mano. ¿Fue un regalo de casamiento? ¿Lo usaban solo en circunstancias especiales? La mayor parte de las tazas no sobrevivió, me gustaría saber en qué año se rompió cada una, a quienes se les fueron cayendo de las manos. Tengo un portarretratos de metal pesado y elegante. ¿Quién lo fabricó? Está pulido y le falta uno de los tornillos que fija la tapa de atrás. Estuvo durante años en mi casa, exhibiendo fotos de familiares muertos. Ahora tiene la foto de la mujer que lo compró y que tampoco pudo alcanzar el futuro.

Soy dueño, también, de cosas que alguna vez pertenecieron a desconocidos. La señora que eligió una cajita verde con ciervos pintados no sabía que iba a terminar sobre la cómoda de mi pieza (cómoda que pertenecía a la pieza matrimonial de mis abuelos). Esas cosas tienen demasiada vida. Y cuando uno se adueña de ellas, se adueña también de su aura. En «La bella de Camberwell», un cuento de V. S. Pritchett, el narrador habla de esas tiendas de antigüedades que «permanecen cerradas casi todo el tiempo. Uno sacude el picaporte y nadie responde. En la vidriera se ve que cada objeto irradia algo parecido a una sonrisa de malicia, sobre todo la vajilla y la cristalería; los muebles afirman con placidez que estuvieron en casas mejores de las que uno tendrá jamás; la platería habla de los sirvientes de antaño, de las manos muertas que los tocaron; hasta el polvo es el polvo de las familias que ya no existen». Esos anticuarios son diferentes de las tiendas de cosas usadas a las que voy, llenas de baratijas y de objetos corroídos por el tiempo.

Como las personas, las cosas arrastran las huellas de su pasado. En «El Novalis. De los papeles de un bibliófilo», un relato de Herman Hesse, un lector cuenta la historia de uno de los libros de su biblioteca: una edición en dos tomos de las obras de Novalis, impresa en Stuttgart en 1837, en papel secante. El libro pasa, por un florín, de las manos de Rettig, un estudiante, a las de su amigo Theophil Brachvogel. Este lo lee y escribe comentarios en los márgenes. Una tarde anota en la página 79: «Leído por primera vez el 12 de mayo a la vera del bosque sobre Bebenhausen». Tiempo después, Brachvogel va a visitar a su amigo Hermann Rosius hasta una ciudad vecina y le lleva el libro de regalo. Escribe una dedicatoria: «Theophil B. a su amigo Hermann Rosius, en el verano de 1838». Durante esa visita, Brachvogel «experimenta algunas de esas cosas que, vividas a toda velocidad, nos envejecen más que toda una serie de años tranquilos»: se enamora de la prometida de Rosius y ella también de él. El dolido Rosius le devuelve, junto con otros recuerdos de la amistad deshecha, el Novalis. Y Brachvogel trata de borrar esa dedicatoria inútil que él mismo había escrito. «¿Cómo se habrán sentido él y ella, cuando ella agarró por primera vez el libro y vio la dedicatoria y aquel nombre y el intento de borrarla?» Veinte años después, Brachvogel muere y el Novalis sigue su camino. ●



ORINA. En uno de sus cuadernos, Carlos Mastronardi anota: «Acabo de orinar con una delectación casi angélica. Un rito purificador del cual me siento orgulloso». En esas líneas está el placer de la orina, o mejor dicho el placer de mear, que todos experimentamos alguna vez. En las estaciones al costado de la ruta las personas mean con urgencia y fervor, después de kilómetros de contención. He visto

a hombres estremecidos en esos baños, en éxtasis contra la pared de azulejos blancos. Terminan, se suben el cierre y vuelven a la realidad. En su diario, John Cheever relata un episodio de incontinencia dentro de su auto, en uno de los viajes que hacía con su esposa Mary: «Tengo ganas de mear, digo al entrar en Hartford. Lo siento, dice Mary. Mearé en el termo, digo con una sonrisa. No vas a mear en mi termo, dice Mary. Voy a mear en tu termo, digo desabrochándome la bragueta y sacando el rabo. No te atrevas a mear en el termo, dice Mary. Estamos en medio del tráfico de Hartford. Vacío un frasco de té frío y meo en el frasco, tranquilo y contento».

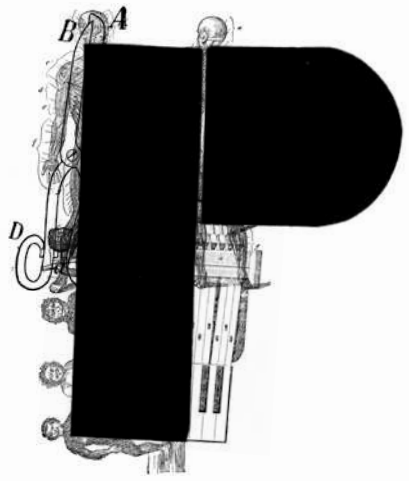
La forma en la que orinan las personas dice mucho sobre ellas. Los hombres que mean con ruido, dirigen el chorro hacia el centro del inodoro para que todos sepan que están meando. Los que mean con más discreción y apuntan a un costado; los que mean sentados. O las mujeres, que muchas veces tienen que mear casi de pie porque están en baños inmundos. Me acuerdo de charlas con mi abuela sentada en el inodoro. Años después, las que meaban mientras charlábamos eran mis amigas.

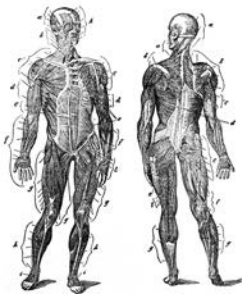
La orina tiene, además, otros usos. Además de algunos delirantes —como consumirla para purificar el cuerpo—, la orina es, como sabemos, una fuente de placer: lluvia dorada. En *Bitter Moon*, de Polanski, un escritor inválido y amargado, Oscar, le cuenta a un joven Hugh Grant un episodio decisivo de la relación con su esposa, la bella Mimí: «Habíamos ido a esquiar a Kitzbühel. Había alquilado un chalet. Era una de esas noches... Dentro, un ambiente acogedor. Fuera, caían grandes copos tras los cristales escarchados. La única luz era la del televisor. Mimi vestía tan solo una camiseta. Veía una antigua telenovela estadounidense doblada al alemán. Yo la miraba, aletargado en el sillón. De pronto se levantó. Fue hasta el televisor, abrió las piernas y se meó en la pantalla. Como para borrarla. El tiempo se detuvo. Me tiré del sillón,

me arrastré como un lunático y me tumbé boca arriba entre sus piernas. Fui rociado por una cálida cascada dorada que me salpicaba las mejillas, las fosas nasales y los ojos. Algo estalló en mi cerebro, como una bomba de muchos megatones. Un relámpago cegador desgarró mis órbitas. Experimenté el orgasmo más sublime de mi vida. Fue como un cuchillo de fuego penetrándome. Fue mi Nilo, mi Ganges, mi fuente de la juventud, mi segundo bautismo».

Fui uno de esos chicos que sufrían de enuresis crónica o, como se dice comúnmente, se meaba en la cama. Me despertaba empapado. Tenía sueños perturbadores en los que había agua. Mi colchón estaba forrado con un plástico, ir a dormir a la casa de amigos me daba pavor. Una vez recibimos visitas y tuve que compartir mi pieza con unos primos de Buenos Aires que no eran tales. Me desperté mojado a la madrugada y miré como todos dormían plácidamente. Tenía miedo de que los visitantes descubrieran mi secreto, por eso me quedé en mi cama hasta que los invitados se levantaron y me dejaron solo.

En el diario que Adolfo Bioy Casares escribió durante décadas, Borges mea en varias entradas. Como el miércoles 10 de noviembre de 1971: «Después, recitando “Troy Town” [Borges] me orina largamente el piso del baño. Estás *miando* fuera del tiesto, le prevengo. Da un pasito hacia adelante y sigue recitando a Rossetti y meando en el piso. Sale con los zapatos empapados». ●





PADRES. Hay tantos padres, aunque todos sean el mismo. Los padres del barrio de mi infancia, que presidían la mesa del comedor y usaban chancletas para hacer tareas tan diversas como podar una enredadera o hacer algún arreglo en la casa. Esos padres eran iguales

a otros más famosos: el ya gastado de Kafka al que despreciaron lectores de todas las lenguas y generaciones; el «Papá Goriot» de Balzac al que sus hijas buitres le sacan todo lo que pueden, lo dejan morir en una pensión horrible y envían coches vacíos al cortejo fúnebre; el *daddy* al que Sylvia Plath le declara: «Papi tenía que matarte pero/moriste antes de que me diera tiempo». *Daddy*, esa palabrita que Plath usa irónicamente define una categoría muy específica de videos porno, la de señores maduros con chicos o chicas jóvenes. Una fantasía universal: coger con el padre.

El padre tiene el poder enorme que le dio la cultura pero es un espécimen expuesto a la ridiculez de la humanidad. Ridículo en todos los sentidos. Como el padre de Lucio Mansilla que, cuenta su hijo, «pretendía conocer todos los peces por el modo como picaban la carnada», hasta que una vez, «creyendo que había pescado un *manguruyú*, lo que el

anzuelo había agarrado era un cuero de vaca, podrido. La explosión de mi risa fue castigada con un pescozón que, por poco no me echa en el remanso; para que se vea que ni los padres resisten al ridículo en presencia de los hijos».

Los padres tampoco escapan de la decadencia, por eso a determinada edad se vuelven tan inofensivos como los chicos. Lo veo en padres ajenos: sentados en la punta de la mesa como reliquias o volviendo a sus casas en el asiento del acompañante de autos que manejan hijos idénticos a ellos. Lo vio Sharon Olds en su propio padre enfermo, al que le dedicó un libro donde están estos versos: «Amo/tus nalgas, una vez te cambié los pañales/lavé la suciedad diminuta, te unté/aceite con mi dedo; cuando toqué tu ano/mi vida hizo cortocircuito con Dios por un instante». Enfermo o no, incluso vivo o no, el padre es el ser más juzgado. En la cadena de las familias ocupa el lugar de Dios y ya sabemos que los creyentes veneran a su Dios pero también le exigen demasiado. No hay que olvidar que todo padre fue, a su vez, un hijo que creció bajo la sombra de su propio padre.

A mi edad, la de alguien que ya pasó una parte considerable de su vida, el padre pierde bastante efecto, sobre todo si murió hace casi dos décadas. Aunque es cierto que el padre es un fantasma que termina proyectándose sobre uno mismo. Algo así escribe Stefan Zweig en *El mundo de ayer*: «En la vida nos llega un momento en que nos reencontramos con la imagen de nuestro padre en nuestra propia imagen».

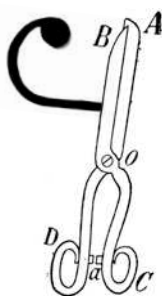
Paul Léautaud pintó a su padre en *In memoriam*. Un padre mujeriego, seductor, temible, actor y apuntador de la *Comédie Française*. Entre las anécdotas que cuenta está la de la rutina que su padre lo obligaba a hacer en cada cumpleaños. Bajo amenaza, lo llevaba al teatro y le hacía saludar a todas las actrices, sin olvidar de mencionar que ese día era su cumpleaños. Las mujeres le regalaban plata, que terminaba en el bolsillo de su padre. Un día, ese padre se volvió

«un pobre viejo, ni hermoso ni feo, condenado a permanecer en un sillón estilo rococó». Otro día se enfermó. Léautaud se dedicó a contemplar su decadencia física, como se mira un paisaje o un cuadro: «¿Podré olvidar en mi vida aquella cabeza enorme, tan viva aún y con una tan grande tristeza? ¡Así hay que esperarlo, sin embargo! A veces, me arrodillaba también junto a la cabecera de la cama, para mirar cómo era de perfil la curiosa mueca que hacía. ¡Qué testimonio de cariño! Había llegado a hacerla yo mismo, esa mueca, y ocho días después de que todo terminase todavía la sorprendía en mi semblante». En su final, el padre de Léautaud se transforma, como todos los moribundos, en una cosa: «Su cara se había vuelto ya extremadamente amarilla, y estaba tan dura y tan fría... Toqué la frente. Toda la sensación de un objeto de arte».

A diferencia de Léautaud, no vi morir a mi padre; se murió en un sanatorio a menos de diez cuerdas del lugar donde yo estaba almorzando y, seguramente, mirando la televisión. La última charla que tuvimos por teléfono había sido intrascendente. Me dijo que se sentía bien y me pidió que lo fuera a visitar. No fui. Me imaginé más de una vez esa visita, no habría tenido nada de especial pero tal vez me habría dado algo de paz en el futuro.

Una vez viajamos juntos a Buenos Aires, los dos solos. Tenía unos quince años. Durante esos días fuimos más de una vez al cine —no había cine en la ciudad en la que nací—, nos reímos con una película espantosa de Eddie Murphy en una de esas salas mugrientas de Lavalle. A la salida de una función ya era tarde, yo me había quedado dormido y caminaba como un zombi por la peatonal, guiado por la voz de mi papá que me decía: «Por acá, Santi», «cuidado». Seguramente fue mi memoria la que decidió amplificar ese recuerdo tan intrascendente pero siento que esa noche mi papá me estaba dando instrucciones más importantes, como si supiera que

pronto iba a desaparecer. En ese viaje me enseñó algunas cosas como, por ejemplo, mantenerme siempre a la derecha en las escaleras mecánicas para que la gente apurada pueda pasar por la izquierda —algo que, hace poco tiempo, yo le enseñe a una chica de catorce años que viene del campo como yo—. Al igual que el de Léautaud, mi padre también era un poco temible, aunque ese temor se transformó en compasión. Demoré algunos años en aprender que hizo lo que pudo como todos los padres o, mejor dicho, como todos. ●



PELOS. Últimamente tengo una costumbre que delata mi edad. En el colectivo, en la cola del supermercado o en las salas de espera me pongo a mirar el pelo de los más jóvenes. Los envidio un poco, envidio la forma natural en que su cabello convive con el

mundo. Por eso entiendo a las señoras que se internan toda la tarde en las peluquerías. Pasan horas ahí, esperando la transformación. Salen con una cabeza nueva, una cabellera espléndida que parece haber retrocedido en el tiempo, aunque sus caras demuestran que la juventud es algo que se tiene una sola vez. O entiendo a aquellos que van a las peluquerías con la foto del corte que quieren, arrancada de una revista. Son tan cándidos, no entienden que es muy difícil que su pelo y las manos milagrosas del peluquero puedan satisfacer el fetichismo que tienen por una imagen.

La protagonista de la serie *Fleabag* lo dice claramente: «hair is everything». ¿Por qué es tan importante? Lo es para esos señores que se peinan los pocos pelos que tienen hacia un lado, para cubrir el cráneo con una falsa cabellera. O para

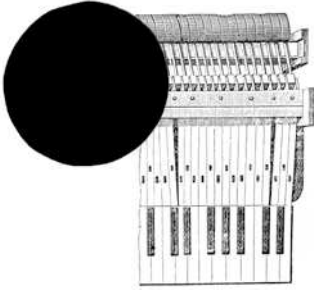
esas mujeres que se tapizan la cabeza con extensiones, es decir, pedazos de pelo de otra persona; es como adornarse la cabeza con algo muerto. Durante la adolescencia, el pelo es algo crucial. Alrededor de los dieciséis, el mío empezó a padecer mis crisis y traumas. Me rapé, me teñí de negro, de rubio, de violeta, tuve el pelo lo más largo posible. Cortes caseros y varios experimentos capilares son el origen del pelo horrible que tengo hoy. Como a los drogadictos, mi familia me mandó un verano a una peluquería para rehabilitar mi cabeza y darle un color convencional antes del comienzo del año escolar.

Maxime du Camp, un amigo de Baudelaire, cuenta que un domingo el poeta «entró en mi casa con los cabellos teñidos de verde. Me hice el que no lo notaba. Se ponía delante del espejo, se contemplaba, se pasaba la mano por la cabeza y se esforzaba por atraer las miradas. Sin soportarlo más, me dijo: “¿No ve nada anormal en mí? —No —Sin embargo, tengo los pelos verdes, y eso no es común. Le respondí: “Todo el mundo tiene los pelos más o menos verdes; si los suyos fueran azul cielo, podría sorprenderme, pero hay cabellos verdes bajo muchos sombreros de París”. Casi inmediatamente se fue y, al encontrarse con uno de mis amigos en la entrada, le dijo: “No le recomiendo entrar en lo de Du Camp hoy, está con un humor de perros”». Un tal Fouquier cuenta algo parecido: que Baudelaire apareció con la cabeza rapada en un salón de juegos y que todos se pusieron de acuerdo para no mostrarse sorprendidos. Baudelaire repite en la anécdota la misma pregunta —«¿No ven nada diferente en mí?»—, y le responden que no. Como todas las anécdotas, estas tienen que ser tomadas con pinzas, su fin es poner en ridículo al gran poeta de *Las flores del mal*.

Cuando era chico, mi papá nunca me llevó a la peluquería. Durante años ni la pisé, porque mi mamá era la encargada de cortarme el pelo en el comedor, con una toalla vieja sobre los

hombros. Cortes básicos, sin ninguna sofisticación. Hoy me da ternura ver a los chicos en las peluquerías. El año pasado escuché a uno llorar a los gritos porque tenía miedo de que le doliera el pelo cuando se lo cortaran. Pasé por muchos peluqueros. Hace no tanto, uno me cortó en diez minutos usando unas navajas como el joven manos de tijera y cuando llegué a mi casa tenía una línea de sangre que nacía de cada oreja y llegaba hasta el cuello. Había caminado cuatro cuadras como Cristo, sin corona de espinas, con ropa del siglo XXI aunque igual de mártir. Mi último peluquero es extraño. Tiene varios diplomas de Reiki, es una especie de maestro. La peluquería está en la parte de adelante de su casa. Por una puerta se ve su living y a veces llega el olor de la comida que prepara su mujer. Yo no hablo demasiado, pero él sí, por eso sé que le cae bien Obama, que le encantan los programas de cocina y que para él la juventud está perdida.

Leí varias veces un cuento de Katherine Mansfield en el que aparece un peluquero. Una mujer burguesa, Monica Tyrell, se levanta de malhumor un día de mucho viento. Está histérica, caprichosa y necesita salir de su casa. Le pide a su chofer que la lleve a la peluquería. Cuando entra al local nota algo raro. Todo está demasiado silencioso, solo se escucha el viento. Su peluquero tarda, no viene a sacarle gentilmente el abrigo y cuando aparece es como «un hombre de madera». Le suelta el pelo, la peina sin ganas, no le elogia la cabellera como siempre. La mujer no lo soporta y se levanta de golpe. Cuando está por salir, el hombre le dice que tiene una mancha de polvo en el saco. Elige un cepillo y antes de limpiar esa mancha la mira: «Le diré la verdad, madame, ya que es usted una antigua cliente: mi niña ha muerto esta mañana. ¡Mi primera hija!». En ese momento la mujer comprende que es alguien banal. Se sube a su auto con chofer, llora por esa nena y por ella misma y hasta piensa en enviar flores, pero finalmente no las envía. ●



PIANISTA. Mi vecina pianista, la mujer que vivía a dos o tres casas de la mía, murió. Fue hace un par de meses. Me acuerdo de esa noche. Volví tarde de una cena y cuando doblé en la esquina vi la camioneta brillante de una funeraria estacionada en su casa. La imagen me

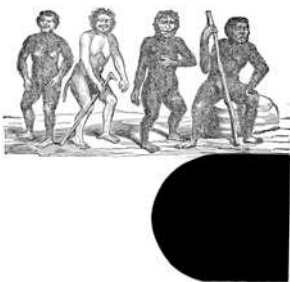
impactó por un detalle: las puertas traseras estaban abiertas y tiraban a la calle la luz blanca del interior aséptico, pero no había nadie en el vehículo ni tampoco alrededor. La cuadra estaba en silencio, ni las hojas de los árboles se movían. Me quedé mirando ese paisaje pacífico y un poco siniestro antes de meterme en mi casa. Un par de días después me enteré de la noticia.

Hace varios años que vivo en el mismo lugar, años en los que me crucé muchas veces con mi vecina. Pero recién en el último tiempo empezamos a saludarnos. Antes fantaseaba con frenarla en la vereda para decirle que me encantaba escuchar su piano desde mi ventana, cada vez que ensayaba sola o con esos músicos jóvenes que entraban a su casa cargando instrumentos tan altos como ellos. Me hubiera gustado decirle que la había visto tocar más de una vez desde alguna de las butacas del Teatro Municipal. También me hubiera gustado decirle que por su culpa me volví fanático de una obra de Chopin que tocó una vez. Pero nunca le dije nada, en parte porque soy tímido y en parte porque cada vez que decidía hacerlo pensaba que, como buena pianista, debía escuchar con frecuencia comentarios como los míos.

Cuando supe que su enfermedad le había dado poco tiempo de vida me pregunté si durante sus últimos meses había tocado mucho el piano o si, al contrario, había abandonado ese instrumento que ocupaba la mitad de una habitación, si había dejado que esa máquina de madera y

metal se transformara en un fósil. Pensé mucho en ella. Y recordé que, durante esos últimos meses, la había visto hacer cosas que de costumbre no hacía. Una tarde salí de mi casa y estaba sentada en una sillita, jugando con sus nietos en la vereda como si fuera una nena. Elegante como siempre, con su peinado intacto. También recordé que una mañana se había olvidado la llave puesta del lado de afuera y fui yo el que la encontró.

Ya sabemos que los muertos dejan casi siempre sobrevivientes que tienen que hacerse cargo, quieran o no, de su muerte. La pianista dejó hijos y un marido. Durante semanas lo vi a él sentado en la puerta, a la tardecita o en la oscuridad, fumando con una camiseta blanca. Otra tarde lo encontré sentado dentro de su auto. Hace un par de días lo vi llegar a su casa con un portafolios. Tardó unos segundos en abrir. Durante ese breve lapso en que estaba de espaldas tuve ganas de acercarme corriendo para decirle que esperaba que estuviera bien y que todas las cosas pasan, incluso esta. Pero no lo hice. ●



PINTURA RUPESTRE. Un amigo viajó al norte del país para visitar las cuevas pintadas de Guachipas. Contrató a un guía con sombrero que lo acompañó en su auto y lo llevó después a pie hasta un lugar que parecía intrascendente. Entraron en una cueva y se

acostaron bocarriba. Entonces, ante los ojos de mi amigo apareció el universo de un pueblo originario pintado sobre una formación geológica del período cretácico: chamanes, guerreros, cóndores, llamas y jaguares, los vestigios de un

mundo antiguo. Todo eso desapareció, menos los trazos sobre las piedras.

En la casa en la que crecí hay un baño que nunca se terminó. Formaba parte de ese hogar que imaginaron mis padres pero, como suele pasar, la realidad no respeta la imaginación. Al igual que ese baño, la familia quedó inconclusa: perdió algunos de sus integrantes. El cuartito estuvo abandonado durante años con su ventana rectangular de vidrio amarillo que transformaba la luz del día en un barniz que cubría todo. La habitación tuvo, sin embargo, otros usos. Fue la guarida de mi hermano mayor y sus amigos que una vez provocaron un incendio cuando jugaban con unas velas. Apagaron el fuego a baldazos y el olor a quemado permaneció durante días. Años después, el lugar fue el bunker de los hermanos menores. En ese cuartito escribí unos poemas barrocos que terminaron en la basura y leí con devoción *Los alimentos terrestres* de André Gide, fascinado con frases como: «Que la importancia esté en tu mirar, no en la cosa mirada», pero sobre todo con una frase que se instaló en mi cabeza como una especie de máxima personal: «No prepares ninguno de tus placeres».

Finalmente, el baño postergado se hará. La grifería plateada está en su caja y hay un inodoro blanco en el living como el ready-made de Duchamp. El cuarto está vacío. Esta mañana me desperté y, un poco dormido, entré a ese lugar después de mucho tiempo. Descubrí con sorpresa una pintura sobre la pared. No la recordaba y verla ahí, intacta, fue como recibir un golpe del pasado. Es una pintura extraña, hecha por mi hermana cuando era adolescente. La imagen parece arcaica: un animal salvaje con dientes puntiagudos y una cola enrollada, crispado sobre el cemento. Nuestra propia pintura rupestre, la que legamos al porvenir. Puedo datarla, como los historiadores, de forma aproximada: 1997 o 1998 d. C. En esa época, en la casa proyectada por los

padres, vivía una comunidad sedentaria de cuatro hermanos huérfanos. Ese animal fue un talismán. No simbolizaba lo que cazaban para comer, sino lo que eran: una bestia a la defensiva, lista para reaccionar a los ataques del exterior. En breve, unos azulejos relucientes van a cubrir esa obra y los nuevos integrantes de la familia se mirarán las caras en un espejo sin saber que detrás está oculto el testimonio de una pequeña tribu. ●



PLANCHAR. La ropa arrugada me genera cierta incomodidad.

Una vez, tratando de explicarme esa molestia, volví a una imagen: mujeres en la punta de la mesa —no todas tenían su tabla— pasando la plancha sobre la ropa de sus hijos y maridos. Las veo, primero, con esas planchas viejas que exigían más presión de la mano y años después sus caras se pierden en el vapor que tiran las planchas del futuro. Era el rito de los domingos: el mundo está en pausa, los padres lavan el auto en la vereda y las madres estiran los brazos en el ejercicio doméstico por excelencia. Mirándolos a ellos tuve que elegir un camino, por eso me volví un planchador casi profesional. En mi casa siempre habrá una plancha, ese objeto mezcla de electrodoméstico y nave espacial.

Muchos artistas retrataron a planchadoras, desde Degas hasta Spilimbergo, ese pintor argentino que tenía cuatro nombres: Lino Claro Honoreo Enea. En su óleo de 1936 hay una planchadora de pie con un vestido azul, unas chatitas blancas y unos ojos hermosos que miran algo que está más allá del cuadro, nunca sabremos qué. Ese gesto me recuerda a lo que veía en las planchadoras que conocí: mientras trabajaban, mientras la mano iba y venía sobre la tela de las

remeras o los pantalones, estaban ausentes, viajaban a otro lugar. Era su momento de soledad, aunque sin dejar de trabajar para los demás.

Planchar es un verdadero acto de amor. Así lo relata Lucia Berlin al recordar a Paul Suttman, su primer marido: «Le sostenía la taza por la parte caliente para ofrecerle el asa. Le planchaba los calzoncillos para que no se los pusiera fríos. Siempre cuento estas cosas y la gente se ríe, pero, en fin, son ciertas». Un amor que su esposo correspondía de una manera particular: «Paul me hacía dormir tumbada boca abajo en la almohada, confiando en corregir mi “principal defecto”, una nariz respingona. Luego estaba mi gran defecto, por supuesto, mi escoliosis. La primera vez que me vio la espalda desnuda, dijo: “Dios mío, eres asimétrica”». La abandonó cuando estaba embarazada de su segundo hijo.

La protagonista de *La taberna* de Émile Zola es una planchadora, Gervasia, tan sacrificada que «tres días después del parto, estaba planchando enaguas en casa de la señora de Fauconnier, sudando por el gran calor del hornillo». A pesar de todas las adversidades, Gervasia consigue abrir su propia tienda de planchado. Es su mayor logro: «Le gustaba salir allí un momento entre dos planchadas, para sonreír a la calle con el orgullo del comerciante a quien pertenece un pedazo de la vereda». Como a todos los personajes de Zola, las circunstancias le pasan por encima como una topadora. Su segundo marido tiene un accidente en el trabajo, se vuelve alcohólico y empieza a arrastrarla en su caída. Gervasia se viene abajo junto con su tienda, «no de golpe sino un poco cada día. Una a una las clientas enojadas llevaban la ropa a otra parte (...) terminaron por cansarse de reclamar un par de medias durante tres semanas y de ponerse camisas con manchas de grasa del domingo anterior». Se vuelve un parásito: «Se embruteció aún más; faltaba al taller más a menudo, charlaba días enteros, se volvía blanda como un trapo de piso.

Cuando algo se le caía de las manos podía quedar días en el suelo porque ella no lo iba a juntar. Las costillas le crecían a lo ancho. Y ella quería conservar su grasa». En la última página de la novela, Zola la aplasta como a un mosquito. ●



POLLO. Camino por la vereda a las dos de la tarde, la ciudad parece abandonada. Hay un silencio de siesta, ni siquiera se escuchan pájaros. De repente se insinúa en el aire el ruido de un motor. Se acerca cada vez más hasta que en la esquina aparece, como en un circo, una pareja sobre una moto. Él acelera, ella lo abraza. Al cruzar la esquina la máquina pega un saltito, se despega por dos segundos del asfalto y mientras atraviesa el espacio escucho con claridad una voz que dice: «El pollo estaba doradito, muy rico».

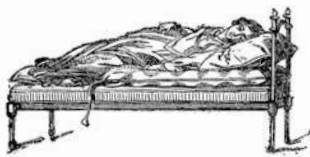
Entonces pienso automáticamente en pollos. Vuelvo a una conversación reciente con dos amigas, donde una decía que cortar la carne de pollo es horrible: gelatinosa, resbaladiza, con esa grasa amarilla. «El pollo feliz» era el nombre de una rotisería donde comprábamos papas fritas cuando éramos estudiantes. Si uno se quedaba más de cinco minutos ahí adentro volvía al mundo como si lo hubieran metido en una freidora. Pienso en los cocineros de ese lugar, refregándose el cuerpo bajo la ducha para sacarse el olor, y pienso en una chica que conocí en una intrascendente ciudad francesa, con marcas en los antebrazos: había trabajado durante años en KFC y el aceite de las frituras siempre terminaba salpicándola. En la ciudad en la que nací hay un señor que todos los domingos hace pollos a la parrilla y dicen que prepara el mejor chimichurri del mundo. Me imagino que en cada ciudad está el mejor chimichurri del mundo —la mejor

empanada o el mejor alfajor— porque en todas las ciudades las personas funcionan de la misma manera: necesitan creer que tienen algo único. También pienso en que una de las comidas preferidas de mi mamá era el pollo al champiñón y me pregunto si los pollos del siglo xx, cuando ella vivía, tenían el mismo sabor que los del siglo xxi, llenos de hormonas. Algunos prefieren el muslo, que no me gusta porque se identifica qué parte del cuerpo es y me da impresión. Como a Denton Welch, obligado a tragar la comida de un sanatorio: «Cuando a la hora de comer me traían el plato de pollo hervido que me daban todos los días, miraba los nervios y tendones del muslo o esos trocitos extraños de vísceras tubulares que parecían colarse siempre en el guiso junto a la carne comestible, y entonces pensaba: Son los restos de un pájaro que tuvo vida, que caminaba sobre esas patas y cuya sangre corría por esas curiosas venas y conductos». En una de las anécdotas de *Destellos de belleza* (*A dance with Fred Astaire*, en inglés), el cineasta Jonas Mekas cuenta que en 1964 terminó en la cárcel de Nueva York por haber proyectado una película de Jean Genet. Ya había terminado en el mismo lugar por la proyección de otra película, por eso esa segunda vez tuvo la precaución de llevar en el bolsillo de su sobretodo algo para comer durante el encierro: un pedazo de pollo que, al salir a la luz, impregnó con su aroma —«llamarlo olor no sería justo»— el aire viciado de la celda. «Estaba a punto de hincar mis dientes en semejante aroma cuando noté un sonido proveniente de la celda continua. Desde el otro lado de los barrotes había un hombre negro, sin dudas despierto por el aroma milagroso, mirándome. En realidad, sus ojos estaban posados sobre el pollo. Partí el pollo en dos y le pasé una parte a través de los barrotes. Estaba extasiado». Meses después, ese mismo hombre lo frena en la calle para recordarle aquel acto de generosidad. Terminan tomando un whisky en un bar.

Quien dice pollo dice gallinas. Me acuerdo entonces de lo que me contaron unos amigos hace un par de semanas. Fueron a una gran reunión familiar en un pueblo de Entre Ríos. El dueño de casa tenía una granja. Los invitaron a recorrerla y vieron el horror: gallinas con el cogote pelado por tratar de sacar la cabeza fuera de la jaula; gallinas nerviosas picoteándose entre ellas porque estaban encerradas de a dos en un espacio diminuto. Y de fondo, el ruido siempre parejo de los huevos cayendo. Me imagino a las señoras que compran huevos en las verdulerías y piden los más grandes, y pienso también en las que usan doce huevos para preparar el mejor flan casero, el que hace delirar a sus hijos. Doce huevos que costaron el martirio de una gallina esclava.

Salto en mi cabeza a un video de The Shoes que en dos minutos frenéticos muestra la explotación de los pollos e imagina su rebelión sangrienta contra la humanidad. Llego a mi casa. Abro la heladera para buscar agua y veo el blanco perfecto de unos huevos, brillan como si fueran objetos de otro planeta. La cierro con cargo de conciencia. ●





RECLUSIÓN. Es la mañana de un sábado, sigo en la cama y acabo de tomar una decisión: no voy a salir de mi casa en todo el día. No es una gran decisión, pero me parece importante. Llegan hasta mí algunos ruidos a pesar de la calma del fin de semana: autos, pájaros,

voces y otros sonidos imposibles de identificar que la cabeza acepta como normales. No voy a salir. Tengo todo lo necesario dentro del perímetro de esta propiedad: agua, comida, un baño, libros, un celular con internet. El pensamiento de este retiro espiritual me provoca un placer raro. Sigo con los ojos cerrados, escucho todo sin estar totalmente despierto, flotando de espaldas en el lago de mi cerebro. Permanezco así por un rato hasta que tomo fuerzas para levantarme. Me incorporo de la forma que un chongo me enseñó el otro día, en esta misma cama: acostado sobre el flanco derecho, me impulso con las dos manos y termino sentado en el borde. Una forma menos brusca de salir de la posición horizontal, tal vez para los viejos. Sigo en contradicción con mi propio cuerpo, pero tomo el consejo de Eduardo Wilde: «La otra mañana me desperté un poco más temprano que de costumbre, me senté en mi cama y me puse a balancear los pies

con aquella pereza lánguida de un hombre que no se decide a tomar la resolución de vestirse. Toda vez que ustedes se encuentren en una situación semejante, déjense estar, les aconsejo; nunca reflexiona uno sobre mayor variedad de temas y con más indolencia».

Voy en calzoncillos hasta la ventana y espío por las rendijas del postigo. Hay sol, es un día espléndido. Mi vecina barre su vereda. Una chica pasa con un cochecito, empuja despacio el futuro. Avanzo por esta casa que conozco de memoria, tanto que una vez caminé con los ojos cerrados sin chocar ningún mueble. Podría adivinar casi con exactitud qué hora es por el color de las cosas a lo largo del día, por el modo en que la luz pinta los ambientes. La casa de la mañana es diferente de la del mediodía y todavía más a la de la tarde. ¿Cuántos kilómetros recorrí desde la pieza a la cocina o desde la cocina al patio durante todos estos años? Es el espacio más familiar que conozco y ni siquiera es mío, tengo que pagar para ocuparlo. Hace un tiempo entraron a robar de madrugada. Cuando volví era de día, los pájaros ya cantaban frenéticos por la luz y la puerta del frente estaba abierta, la habían forzado. Lo más impactante fue el caos del interior. No había nada en su lugar, todo estaba revuelto: una montaña de libros, ropa tirada por todos lados, muebles corridos, hasta habían revisado la heladera. Mi casa no parecía mi casa, porque lo familiar es una costumbre visual.

Me preparo el almuerzo. Me acuesto otra vez, duermo la siesta. Cuando vuelvo a la superficie de la realidad leo un poco, ordeno y después me quedo quieto sin hacer nada, escuchando: ahora sí, la anestesia del sábado es casi total. A las siete de la tarde ya siento el encierro. La pregunta que en realidad no quiero hacerme es por qué tomé esta decisión. Y no hay una respuesta clara, o no quiero encontrarla. Tal vez me pasa lo mismo que al protagonista de *Un hombre que duerme*, de George Perec, que también elige el cautiverio:

«Eres un ocioso, un sonámbulo, una ostra. Las definiciones varían según la hora, según el día, pero el sentido queda más o menos claro: te sientes poco preparado para vivir, para actuar, para crear; no quieres más que durar, no quieres más que la espera y el olvido. La vida moderna generalmente aprecia poco semejantes inclinaciones: a tu alrededor has visto, desde siempre, cómo se privilegiaba la acción, los grandes proyectos, el entusiasmo: hombre que avanza hacia adelante, hombre con los ojos fijos en el horizonte, hombre mirando directamente frente a sí». Me asomo a la ventana de la cocina. Unas hormigas trabajan en el patio, salen en una fila perfecta de una bolsa de basura que me olvidé de sacar. Tal vez este cautiverio me da cierta sensación de protección, me fuerza al descanso que necesitaba justo en esta época: el comienzo del fin de un año agotador.

Un par de horas más tarde mi decisión me parece ridícula y no soporto escucharme a mí mismo diciéndome tantas cosas sin hablar. Me doy una ducha, me visto y me miro con un poco de piedad en el espejo del baño antes de salir a la noche de esta ciudad. ●



RELIGIÓN. A nuestros padres no les importaba la religión pero habían tenido una educación católica rigurosa y, por inercia, nosotros también debíamos tenerla. En mi ciudad natal no estar bautizado o no haber pasado la comunión era casi tan peligroso como ser acusada de bruja en el siglo XVII. Así empezó el calvario. Clases dos veces por semana, enseñanzas con moraleja, culpa por haber mentido o por habernos tocado mientras nos bañábamos

y la presencia obligada en la misa de los domingos, bajo la mirada de viejas que tomaban asistencia mentalmente. Ahí estaba yo, sentado junto a mis amigas en un largo banco de madera, escuchando las lecciones de un cura con micrófono, el mismo que hacía su entrada triunfal intoxicándonos con el humo que salía de un incensario lujoso de plata. No era fácil soportar una misa. Revoleábamos los ojos: de las molduras doradas a las escenas de la crucifixión, de las nuca de los fieles que teníamos delante a nuestros zapatos. A veces nos tentábamos por cualquier pavada y otras ni siquiera entrábamos en la iglesia, nos quedábamos jugando en la plaza porque éramos chicos de diez años.

En esa época apareció el padre Rucci, el primer párroco del clero diocesano en la Parroquia de la Natividad. Rucci tenía una voz potente, ayudada por la acústica del templo. Cuando hablaba, parecía que se había abierto el cielo y era Dios el que se dirigía a nosotros. Una de las cosas que más miedo me dio durante mi infancia fue tener que confesarme con él. Las clases de catequesis y de confirmación se daban en unas aulas pegadas al templo. Una de mis profesoras era la encarnación del catolicismo: al verla con sus anteojos redondos, su pelo enrulado y su bondad tan pura uno creía que estaba frente a un ángel o una enviada del Señor. No así mi profesora de confirmación que pertenecía a una especie típica de creyentes, los que hacen lo contrario de lo que predicán. Para decirlo de otro modo: una traga hostias hipócrita. En su clase nos sentábamos en círculo, yo siempre pegado a mi amiga Luci. Teníamos algunos compañeros terribles pero seductores como Juan, del que estábamos enamoradas todas las chicas de la clase. Con la Luci hacíamos la tarea de confirmación arriba de un árbol, como si viviéramos en *El libro de la Selva* y hablábamos de Juan, nuestro único aliciente para soportar el adoctrinamiento. Unos años después, Juan estuvo involucrado en un hecho

sinistro: prendió fuego, con su hermano y un amigo, a un borracho que dormía en un galpón cerca de la ruta y el tipo se murió. ●

R **RESONANCIA.** Una de las reglas de la percepción es el salto. Cada cosa que miramos tiene un eco, nos dispara a otra. Tomemos, por ejemplo, la cara de un hombre o una mujer que observamos en el banco o en una sala de espera. En esa cara hay algo nuevo. El ojo la recorre como a un paisaje pero de inmediato se superponen a esa cara otras caras del presente o del pasado. La forma de la nariz o de las cejas, la boca nos lleva a otras personas y esas personas nos llevan a una calle, al living de una casa a la que no volvimos, a una tarde que habíamos borrado. El 24 de agosto de 1957, Julio Ramón Ribeyro anotó en su diario: «Es maravilloso el mecanismo de la vida interior, ese proceso inagotable e irrepetible de la asociación de ideas. Todo empezó en una caja de cerillas belgas que miré y que me hizo recordar a las cerillas españolas. La caja de cerillas españolas se circundó inmediatamente de multitud de objetos. Vi botellas de coñac, el colegio Guadalupe, antiguos camaradas, mujeres que me importaron y que ahora me parecen personajes de sueño o de lecturas. Luego vino París, el París de mis once días, a cuál más diferente, más digna de ser amada; Múnich y mis largos días de anacoretismo forzoso; Varsovia, donde fui nunca sabré cómo; Londres, con Perucho, con Romualdo, otra época, otro mundo».

Despego los ojos de la pantalla y enfoco lo que tengo cerca: un vaso de vidrio. Es un vaso común pero yo sé que es el único que sobrevivió de un juego de seis, y es el que siempre uso porque es más grande que los otros. Cuando lo

miro veo un vaso, pero veo algo más. Es idéntico a los vasos que compramos en una época en mi casa, hace más de una década. Los habíamos traído desde el hipermercado de otra ciudad y los usamos todo el verano, a medida que los íbamos rompiendo sin querer. En esos vasos tomábamos gaseosa con hielo frente al televisor o sentados en la vereda a la tardecita. Alguna de esas noches habré vuelto tarde y habré tomado agua helada en uno de esos vasos. Los padres ya estaban muertos, los hermanos habíamos levantado una casa como pudimos. En ese verano, como en otros, íbamos a ver gente que daba vueltas a la plaza, los mosquitos nos asediaban, los ventiladores zumbaban en las piezas en las que caíamos anestesiados por el calor. Detrás de ese vaso de vidrio hay grillos grillos grillos taladrando la oscuridad de esa ciudad. En una época los grillos eran sagrados, estaba prohibido tocarlos. Pero desde hace unos años se volvieron una plaga y la gente empezó a matarlos sin remordimiento, a pisotazos, a chancletazos. Cuando era bastante chico, una noche no pudimos dormir por culpa de un grillo. Sonaba en toda la casa como una trompeta. Nos levantamos a buscarlo, entre todos. Esa escena quedó intacta, se repite como una película. Mi papá en slip, mi mamá con los pelos revueltos, mi hermano en cuero, mi hermana en bombacha con una remera vieja, toda una familia dormida buscando un bichito debajo de los muebles o en los rincones. Vuelvo de ese viaje y el vaso sigue ahí, concreto y transparente. ●



RESTORANES. Cuando era chico ir a comer a un restorán era un acontecimiento. Para mi familia, una de clase media venida un poco a menos —padre mecánico, madre policía—, era un lujo. Nos bañábamos y

nos poníamos ropa «para salir». Todos anunciaban lo que pedirían: milanesa a la napolitana con papas fritas, pollo al champiñón, pastas. Uno de esos restaurantes se llamaba El Lazo. Tenía sogas y ruedas de carreta colgadas en la pared: el lejano oeste en la pampa argentina. Las familias se saludaban entre ellas. Cuando no discutían, la diversión de los matrimonios era hablar en voz baja de los otros comensales; la de los chicos era comer y salir a jugar a la vereda con otros chicos desconocidos. La salida familiar se coronaba con un helado. Y después, volvíamos acostados con mi hermana en el asiento de atrás del auto jugando a adivinar por los pedazos de fachadas que veíamos en qué parte de la ciudad estábamos. Hoy, en el mismo lugar en el que se levantaba el El Lazo, esa construcción que me parecía tan definitiva, hay un edificio de pocos pisos donde viven estudiantes de veterinaria o agronomía.

Otro de esos restaurantes estaba —mejor dicho, está— sobre la ruta 70. Se llama *El jardín de la cerveza*. En el parque había una gran atracción para los niños: una casita de madera entre los árboles. Los mozos estaban vestidos de tiroleses, con pantalones cortos, tiradores y sombreritos de fieltro. Mientras nuestros padres comían salchichas de cinco centímetros de diámetro con mostaza, nosotros orbitábamos alrededor de esa casita de cuentos. Entrar ahí era algo indescriptible, como entrar en un lugar fuera de la realidad. ¿Por qué duran, a través de los años, *El jardín de la cerveza* y esa casita que vi algunas veces? Por lo que escribe Walter Benjamin: «Cualquiera puede comprobar que el tiempo durante el cual estamos expuestos a las impresiones es irrelevante para el destino que estas tienen en el recuerdo. Nada impide que tengamos un recuerdo más o menos preciso de espacios donde estuvimos veinticuatro horas, y que olvidemos por completo otros donde hemos pasado meses».

Hace un par de años volví al *Jardín de la cerveza*. Ya se sabe, el riesgo de volver a los lugares de la infancia es su

desmitificación. Todo era diferente. Los mozos, cansados, corrían con sus gorritos ridículos llevando lisos que los comensales tragaban como agua. Ver otra vez esa casita fue un shock: estaba destruida y era mucho más pequeña, mi brazo de gigante tenía casi el mismo largo. Pero los chicos jugaban con el mismo entusiasmo con el que yo había jugado treinta años antes. En el interior del restorán tuve una regresión. Volví al casamiento de una conocida. La vi transpirada por la excitación de la fiesta, con un vestido de novia lleno de florcitas bordadas que le trepaban hasta los hombros. Volví a ver a los mozos yendo y viniendo con botellas de vino, hieleras o ensaladas mixtas en fuentes de acero inoxidable. El matrimonio duró varios años aunque terminó con un marido golpeador fulminado por un infarto. ●



RÍO. ¿Cómo se mira un río? Parado en la orilla o en la playa, o desde una lancha o una canoa que flota sobre la masa del agua, o desde un puente construido por las manos de los hombres, con la cabeza hacia abajo atraída por el imán de la corriente. También puede verse

de paso, por segundos, desde la ventanilla de un colectivo o de un auto, a unos 70 u 80 kilómetros por hora. Así es como vi el Salado en los últimos treinta años, salvo en ese mes atroz en que entró en la ciudad y todo se volvió siniestro. De este a oeste, de oeste a este, esa pista bajo el sol, bajo unas nubes grises o con atardecer de fondo. Una línea perfecta cortando el paisaje, marrón, negra o verdosa, según la luz. Un río también puede verse en la oscuridad, sin verlo pero sabiendo que está ahí por su sonido, su olor, su fuerza.

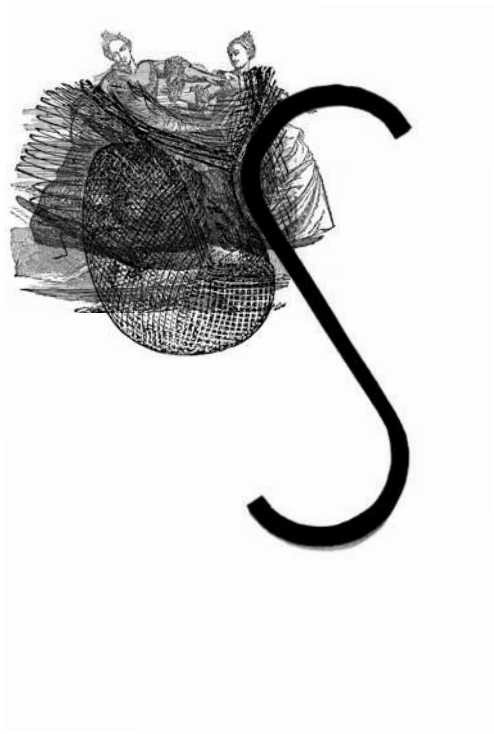
Como esa noche en la que nos alejamos del campamento con unos amigos para caminar con una linterna por un monte que bordeaba el agua. La luz de la oscuridad era fosforescente, el sonido del río casi musical. Hasta que sentimos a alguien detrás de nosotros. Cuando un tipo apareció y nos miró como a intrusos, pensamos que esa era la última imagen que veríamos.

¿Cómo se conoce un río? Un río nunca se conoce, solo unos pocos llegan a conocerlo. No estoy unido a uno, digo unido como esas personas que lo recorren, lo observan, lo atraviesan, que saben leerlo y saben tratarlo —porque hay que saber tratar a un río—. Conocí el Salado de chico. Para mí era el río dorado de Rodas, el balneario al que iba con mi familia. Primero me metía de la mano de mi papá y años después solo, mientras alguien me vigilaba desde la orilla. Una temporada había un banco de arena. Apenas meterme, el agua me llegaba a la cintura, después a las tetillas y en la mitad del río apenas me tocaba los talones. Era el rey del Salado, de pie sobre el agua brillante.

¿Qué esconde un río? Hay que preguntárselo a sus ahogados. Pescadores tragados por esa blandura: lo último que ven es la verdad. Bañistas que confían en la superficie del agua y terminan enredados en ramas, atrapados en pozos o arrastrados como sirenas por la corriente. Un verano vi un ahogado de lejos, un nene que sacaron del agua después de varias horas. Las familias se abrazaban pero todas querían mirar ese cuerpo que había dejado de ser humano.

¿Qué es un río? Un dibujo, un animal, una reserva, una máquina, un basurero, un corredor comercial, un cementerio. Una extensión que no puede abarcarse entera, solo seguirla hasta donde llega la vista. Nunca voy a ver los dos mil doscientos diez kilómetros del Salado que arrastran agua del norte del país, que cambian de nombre según el capricho de los pueblos que lo bautizan: Calchaquí, Guachipas,

Juramento, Cachimayo. Nunca voy a ver ese río que cruza otras ciudades y que otras caras que tampoco conozco miran casi todos los días como si les perteneciera, como si fuera suyo. En algún momento de sus vidas esas caras se pararon frente al mismo río y pensaron, tal vez sin pensarlo, que estaban frente a algo misterioso que nunca podrían conocer de verdad pero que, por alguna razón, necesitaban seguir mirando, quedarse ahí quietos un rato más. ●



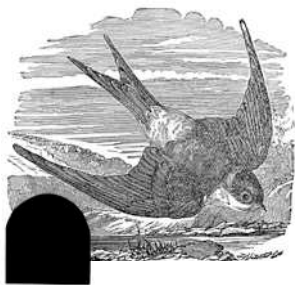


SÁTIROS. El barrio en el que crecí empezó a formarse a fines de los años setenta. Al principio, a cualquier vecino que salía de su casa nueva le alcanzaba con caminar cien metros para estar en medio del campo y creer que la construc-

ción que todavía no había terminado de pagar era una alucinación. En esa época en la que matrimonios jóvenes levantaban chalets con tejas naranjas en el medio de la nada, algo pasó. La mamá de Martincito, uno de los chicos del barrio con el que pelearíamos en el futuro, se volvió loca. Estaba sola, sentada con su bebé en brazos, cuando vio a un tipo parado en el patio. El hombre estaba quieto pero no le sacaba los ojos de encima. Esa mirada la perturbó. Nunca supimos cuánta verdad había en esa historia pero el relato nos servía para explicar el comportamiento de esa mujer. Gritaba todo el día, retaba a sus hijos por cualquier cosa, estaba siempre tensa. Hace menos de un año me la crucé en el kiosco del barrio, teñida de rubio, comprando cigarrillos. Me pareció una mujer común, no esa medusa que veía cuando era chico.

El caso de la madre de Martincito no fue el único. Algunos años después, también durante mi infancia, hubo una

época en la que un «sátiro» se metía en las casas del barrio para espiar a las mujeres. «El sátiro de los techos», así le decían todos. El apodo no era muy original: en ese mismo momento habrán existido más de cincuenta barrios en Argentina con un enfermo al que llamaban igual. Cada barrio con su sátiro. Durante esos días yo, que no era mujer, estaba asustado. Dormía con una linterna. La prendía, iluminaba una parte de la pieza y ese círculo de luz en el medio de lo negro me aterraba. Durante un almuerzo mi abuela contó que había escuchado al sátiro caminar por su techo a la madrugada, pero como era vieja no se había preocupado: no venía a espiarla a ella. En pocas semanas muchos habían visto salir corriendo al sátiro de casas ajenas. Hasta que una noche, gracias al llamado de una vecina, unos policías lo atraparon. Se reveló el misterio: el sátiro era un hombre que vivía con la familia de su mujer a tres cuadras de mi casa. Era un poco raro, chupaba bastante. Todavía hoy lo veo y pienso en cómo cambian las cosas con el tiempo. Ahora es un señor que se sienta en la vereda. Con mucho esfuerzo podría subirse a una silla para cambiar un foco. ●



SILBAR. Nunca aprendí a silbar. Aunque seguí las recomendaciones técnicas —posición de la boca, entrada y salida del aire, asistencia de los dedos— nunca pude tirar uno de esos silbidos potentes en la calle. Trataron de enseñarme los chicos trinadores

de mi barrio, lo intentó mi poco didáctico hermano, pero no hubo caso. Como mi casa tiene una ventana que da a la vereda me toca escuchar colectivos, autos, pajaritos,

fragmentos de conversaciones ajenas y, además, silbadores. Estoy sentado en mi escritorio y empiezo a oír ese sonido que reproduce alguna melodía: cumbias, tangos, canciones del repertorio clásico o hits del momento que, desde las radios o los televisores, le ganan por cansancio al cerebro. Me levanto de la silla por una curiosidad sociológica, para confirmar el perfil del silbador. Hombre adulto —las mujeres no silban— casi siempre mayor de cuarenta años, avanzando sobre sus piernas con satisfacción. Es cierto que los escucho cada vez menos. La gente ya no silba, es una costumbre en extinción. En el sitio web de un diario español hay un artículo con este título: «El teléfono móvil liquida el arte de silbar en las calles del Reino Unido». En las de esta ciudad también.

¿Qué significa el silbido? Es el síntoma sonoro de un equilibrio con el universo, homeostasis pura. Los que silban están conformes con lo que tienen, disfrutan de estar pisando la tierra aunque ese bienestar les dure media hora o un día entero. Todo está perfecto para el que silba. En *M.*, de Fritz Lang, el asesino de chicos silba mientras le compra un globo a su próxima víctima. Es culto, silba una obra de Edward Grieg. Fritz Lang descubrió el efecto siniestro del silbido aunque casi un siglo más tarde el recurso perdió su eficacia. Después de muchas películas con silbadores perversos el silbido como signo de maldad es un lugar común —con excepciones, como la asesina disfrazada de enfermera en *Kill Bill* de Tarantino.

Mi papá silbaba de vez en cuando. En él también era un indicio de armonía, algo raro. Una vez, cuando era bastante chico, no me dejó acompañarlo a buscar a mi mamá al trabajo y tuve que esconderme detrás de su asiento en el Citroën Ami 8 rojo que teníamos. Manejó, estacionó y mientras esperaba a mi mamá empezó a silbar. Era su momento privado de sintonía con el mundo. Yo estaba hecho un

bollo con los ojos cerrados, un intruso en su privacidad, y escucharlo silbar me daba risa. Cuando mi mamá subió al auto, salí de mi escondite y le di una sorpresa. Ella se alegró pero él me miró con una cara muy particular: la de un hombre que nunca silba. ●



SOUVENIR. La otra noche me paré frente a la vidriera de una tienda de souvenirs. Cisnes de plástico con plumitas turquesas, angelitos, niñas tiernas con su carita apoyada sobre las manos, bebés sonrientes y petrificados por la magia de la porcelana fría. Alineados por

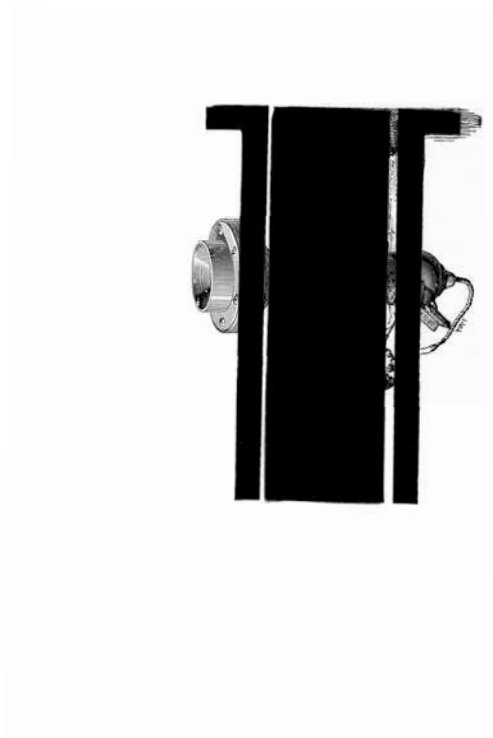
modelo en unas vitrinas de vidrio, eran una representación humilde del infinito. Cada souvenir fue inventado para celebrar un acontecimiento a través de una imagen de asociación instantánea. Desde la cigüeña que anuncia el nacimiento, pasando por la vela blanca y pura de las comuniones hasta esas rígidas parejas de novios que estarán unidos mucho más tiempo que las parejas que los eligieron como recuerdo. Los souvenirs me llevan directo a los cumpleaños de quince. Todavía veo a las quinceañeras de mi época, transpiradas dentro de sus vestidos que eran como camisas de fuerza con brillos, entregándoles un souvenir a cada invitado como si les entregaran una parte de sus vidas. Y veo a madres apasionadas, creando souvenirs cada vez más atípicos: desde la clásica foto de su hijo con un imán para pegarla en la heladera hasta almohadones con la cara estampada del pobre descendiente. ¿Dónde terminarán los souvenirs? En la basura de los invitados, porque si uno guardara todas las

chucherías que recibió en las fiestas podría abrir el museo más perturbador del mundo.

Debe haber una huella antropológica ancestral en la necesidad de crear objetos que recuerden algún hecho o suceso. Las personas necesitan fabricar o guardar sus souvenirs, transferirle a un objeto el poder de la rememoración, por eso el souvenir es una especie de talismán que satisface el impulso humano de conservar un resto de experiencia, aunque sea en un platito de cerámica.

La cabeza es una máquina de fabricar souvenirs. Son más auténticos porque son involuntarios y cruzan los años: mucho tiempo después, un perfume nos lleva a una cara que ya no vemos, una canción queda asociada a una época determinada. Pero algunas veces hay cosas concretas que se transforman en souvenirs de algo que no se quiere recordar. Un amigo me contó una vez que, cuando era chico, su vecinito tenía un gato que lo acompañaba hasta la puerta cada vez que se iba a la escuela. Toda la familia adoraba al animal que un día, al igual que todos los gatos, se murió. El vecinito quería enterrarlo en el patio pero su abuela, que venía del campo, tuvo una idea mejor. Lo carneó con sus propias manos, limpió el pelaje, lo extendió y lo clavó sobre una madera que terminó colgada como un cuadro siniestro en la pieza de su nieto. De esa forma, el gato los acompañaría para siempre. Mi amigo me contó que él mismo vio esa obra tenebrosa a la que era imposible resistirse: todos terminaban acariciándola. Los souvenirs involuntarios son los peores. En *El imitador de voces*, Thomas Bernhard habla sobre un empresario de Turín que hizo construir para su hijo de veintidós años un hotel enorme, en medio de un hermoso paisaje. Un día antes de la inauguración el hijo del empresario murió en un accidente y el padre decidió no pisar nunca más el lugar. Pero la mole siguió ahí como un souvenir monstruoso: «En una excursión al macizo del Ortler, desde

Gomagoi, nos tropezamos de pronto con ese hotel que, en ese tiempo, tres años después de su terminación, daba una impresión espantosa. La intemperie de años había destruido hacía tiempo las ventanas, arrancando grandes partes del tejado, y en la cocina, todavía totalmente equipada, crecían ya grandes árboles, probablemente pinos». ●





TALLER. Alrededor de los dieciséis años empecé un taller literario. En una oficina del «palacio municipal» de mi ciudad, una poeta, llamémosla Elsa —no intento resguardar su identidad, su nombre se borró de mi archivo mental— nos esperaba a mí y cuatro o cinco inexpertos para

enseñarnos qué es la literatura. A las personas les encanta adorar chamanes, creer que ciertos individuos tienen poderes sobrenaturales aunque se trate, en realidad, de seres comunes y corrientes. Elsa fue uno de mis primeros chamanes. Una tarde nos leyó a Lorca y otra, bajo esos tubos fluorescentes que son la luz del Estado, nos leyó un poema suyo más largo que la Odisea. La escuchábamos en silencio, rodeados por escritorios con computadoras y monitores pesados de los noventa. Era fácil convencernos a nosotros de la grandeza de Elsa; éramos unos perdedores que apenas teníamos la fuerza moral para sostener el papel con lo que habíamos escrito y leíamos como pidiendo disculpas. Elsa se cansó del taller, aunque antes hizo algo. En esa época yo leía a Pizarnik como la leen los adolescentes, pensando solo en ellos y en el dramatismo de sus vidas. Le pregunté a Elsa qué le parecía y me respondió que Pizarnik era una poeta «diabólica». Por eso me vendió a



quince pesos sus obras completas, la primera edición de la editorial Corregidor, con la carita de Pizarnik fosforescente en la tapa: ¡diabólica! Los dos salimos ganando: ella se compró varios paquetes de puchos para seguir leyendo a Lorca en su living y yo me aseguré mi dosis de angustia existencial.

Un año después pasé a otro taller en el que un emérito hombre de letras de la capital provincial se tomaba un colectivo todos los miércoles y venía a la colonia a instruirnos. Miguel Ángel era un poco perverso. Nos destruía los textos, nos decía en la cara lo malos que éramos, se reía de nuestras invenciones precarias. Aunque lo peor de ese taller no era él sino dos viejas brujas que manipulaban a la diminuta comunidad de aprendices. La mezcla de menopausia, religión y literatura es un combo fatal. El taller tenía una revista mensual y ellas decidían quién publicaba en esas páginas selectas. «A Mabel no le gustó tu poema, pero a mí, sí», nos decía Amelia al oído aunque después, en público, las dos estaban de acuerdo en todo y se adoraban mutuamente. La presentación de la revista se hacía en una de las glorietas de la plaza. En ese momento no sospechaba que la poesía que iba a interesarme más tarde estaba lejos de esas señoras de blusas floreadas, de esa revistita abrochada y de nuestras voces solemnes ascendiendo al cielo gracias a la ayuda de un micrófono portátil mientras la gente que pasaba nos miraba como a unos dementes. ●



TELÉFONO. El día en que instalaron el teléfono fijo en casa, lo miramos como si fuera un ovni que había aterrizado en el living. Hubo una época en que recibir una llamada telefónica era un acontecimiento. En mi barrio no todos tenían teléfono y

las familias privilegiadas que podíamos darnos ese gusto se lo prestábamos a las demás. Algunos vecinos entraban a recibir o hacer llamadas en casos de emergencia y nos brindaban el espectáculo de sus vidas privadas. Antes de irse dejaban, a veces, unas monedas para pagar su llamada.

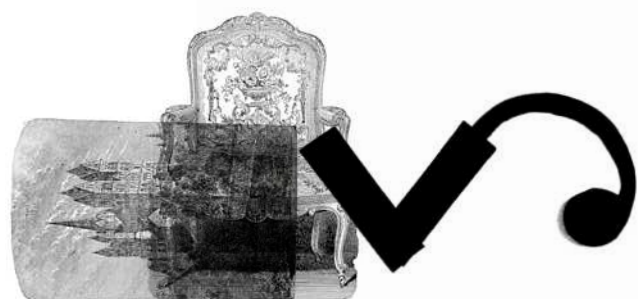
Con el tiempo el teléfono se volvió un objeto común. Con mis amigas del barrio nos llamábamos de una casa a la otra. Estábamos parados a menos de cincuenta metros de distancia pero era más cómodo levantar el tubo. Cuando iba a la primaria se había popularizado entre los chicos el número de una mujer, la señora Lamagni. Tenía fama de loca. La llamábamos a cualquier hora y cuando nos atendía le decíamos «vieja loca», entre risas. Ella nos puteaba. Hoy pienso en el martirio de esa pobre mujer, en sus días arruinados por una cadena de chicos idiotas.

Llamar y cortar, ese fue otro uso importante del teléfono. Cuando Javier, el chico del que me había enamorado en la adolescencia, se iba del boliche, me volvía corriendo a mi casa. Calculaba el tiempo que le llevaría a él llegar en moto hasta la suya y llamaba al fijo a las seis de la mañana. Siempre atendía. Solamente su «hola» me producía una conmoción tan fuerte que tenía que cortar. Ahora que lo pienso tal vez no era él el que hablaba, tal vez era su padre dormido o su madre afónica. Cuentan que Alejandra Pizarnik llamó una vez a las cuatro de la mañana a la casa de su amigo, el profesor y editor Enrique Pezzoni, y cuando su madre atendió le dijo: «Su hijo es puto». Tiempo después, Pizarnik tuvo una relación rara con Silvina Ocampo. Dicen que las dos usaban el teléfono, aunque no para hablar: solo escuchaban sus respiraciones.

En *La rama de Salzburgo*, uno de los tomos de su autobiografía, la otra Ocampo, Victoria, cuenta su historia de amor con Julián Martínez. Se conocen en Roma, ella una mujer recién casada y él un galán. Cuando vuelven a Buenos Aires, el marido de Victoria recibe un anónimo alertándolo



sobre el engaño. Ella se desespera y decide llamar a Julián por teléfono. «Lo llamé desde la florería de Chauvin, entre flores, en la calle Esmeralda». A partir de ese momento, el teléfono los une. Leían los mismos libros, a la misma hora, y los comentaban después en sus llamadas. «Alguna vez nos dimos cita en una librería, para vernos de lejos. No nos saludábamos. No íbamos más allá de la mirada. Yo le decía a J. (habíamos empezado a tutearnos): Me parece que jamás podré hablarte sino por teléfono. Cuando te veo, estoy delante de un desconocido. Tengo amistad con tu voz solamente». Tiempo después, los dos se encuentran en un departamento casi vacío, sin teléfono. ●



████████████████████ **VECINOS.** El verano se está yendo y aunque odiamos un poco su ferocidad, no queremos que desaparezca. La gente lo despide sentándose en las veredas, bajo atardeceres más templados. Como mi vecina. Baja la luz y sale a montar guardia. Si abro la puerta lo primero que veo es a ella, erguida en su trono plegable. Se hamaca muy levemente. Para darse cuenta hay que mirarla sin sacarle la vista de encima durante unos segundos: lo que parecía estar quieto en realidad se mueve.

Mi vecina es una mujer mayor que usa ropa cómoda y tiene el pelo corto teñido de rubio. En el barrio todos la quieren, por eso muchos vecinos que pasan por su casa se frenan un ratito a conversar con ella. Se llama Margarita, le dicen Tita. Una tarde, una mujer le gritó desde la vereda de enfrente: «¿Cómo estás, Tita?» y las dos se pusieron a charlar a los gritos, separadas por la pista de la calle. Tita tiene una hija que pasa siempre a verla. Casi nunca se baja del auto, toca bocinazos hasta que su madre aparece en la puerta. Más de una vez pensé que un día Tita no va a aparecer y la hija tendrá que apagar el motor y entrar en la casa, enojada por el esfuerzo, pero también con el miedo de encontrar a su madre tirada en el piso. La hija está divorciada, vive a la vuelta; la vi entrar y salir varias veces de una

puerta verde. Tiene hijas idénticas a ella en su juventud, altas y un poco encorvadas.

Esta semana hay un detalle en Tita: tiene el tobillo vendado. ¿Se habrá caído? ¿Habrà hecho un mal movimiento cuando salía de la ducha? ¿Se habrá resbalado en el patio? Espero que se mejore. La puerta de su casa tiene estampitas, un escudo para espantar ateos, vampiros o testigos de Jehová. Me pregunto si se separó o si enviudó hace muchos años. Le compra frutas al verdulero que pasa por la calle. Va al mismo supermercado que yo, con su carrito. A veces se para en la puerta y mira fijo para ambos lados, como si estuviera esperando a alguien. Yo también lo hago y entonces somos como dobles, los dos parados a la misma altura de la cuadra, en veredas opuestas.

Es raro pensar que a algunos vecinos los vemos más que a parientes cercanos. Más allá de los límites impuestos por la propiedad privada conviven con nosotros, lo cual no siempre es bueno. Algunos de mis vecinos están dementes, como me lo demostró más de una vez un grupo de whatsapp en el que tengo que participar por formar parte de una alarma comunitaria instalada en la cuadra. Ese grupo expone el costado nazi de algunas señoras y señores que veo pasar por la vereda y me saludan con simpatía. A las tres de la tarde recibo un mensaje: «Hay un hombre sospechoso en una moto en Juan de Garay al 3200». «ACTIVEN LA ALARMA», escribe Marisa. O: «¡Buen día! ¡Aviso urgente! Anda un auto gris con un hombre que dice ser sacerdote vendiendo sábanas o pidiendo para los necesitados. Recién le habló a una señora del barrio. Y es el mismo que anduvo diciendo que era el sacerdote de la clínica de la Merced. ¡A tener cuidado! Encara a personas mayores. ¡Atentos!». Una noche, para ahuyentar a un posible delincuente, un expolicía jubilado que vive en la otra cuadra disparó desde la terraza de su casa a un paredón de enfrente.

Sea como sea, hay vecinos del otro lado de mis paredes y si gritara fuerte me escucharían. En uno de sus poemas, Xi Chuan escribe: «Hay goteras en mi casa, debe haber goteras en las casas vecinas; se me ha cortado la luz, se debe haber cortado también en las casas vecinas. Camino en un ambiente de 38°, todos los vecinos caminan en un ambiente de 38°; me desvisto dentro de mi casa, mis vecinos deben estar haciendo lo mismo en las suyas». Y aunque parezca que nuestra vida no les importa, nuestros vecinos siempre querrán saber si seguimos vivos: «Durante siete días, ovillado sobre mí mismo, me quedo encerrado en mi cuarto. Sin decir palabra, sin tararear, sin tirarme pedos. Al término de siete días, la mujer de al lado se asoma por la puerta. Viene para ver si me ha pasado algo». ●

VENTANA. Después de vivir durante años en una casa en el corazón de la manzana pasé a tener una pieza con ventana a la calle. Fue todo un aprendizaje. Al principio, cuando estaba a punto de dormirme me parecía que el colectivo que pasaba rompía la pared, se metía adentro y los pasajeros miraban mis cosas desde sus asientos. Pero lo más molesto no eran los ruidos —motores, alarmas, ladridos de perritos nerviosos— sino, como siempre, mis queridos prójimos. Las personas aman hablar en voz alta en todos lados y las veredas no son una excepción.

En un cuaderno anoté algunos fragmentos de conversaciones o monólogos que entraron por mi ventana, pedazos de frases que escuché mientras hacía otras cosas. Algunos son una copia textual pero parecen inventados, porque como ya sabemos la realidad es lo más inverosímil. De todos modos, los transcribo. «Ella dice que tiene 26 años, pero no

le creas nada, es una mentirosa». O esta mujer que venía del hospital que está a tres cuadras: «Está muy boleado él, mira para cualquier lado y si le hablás no te entiende nada. Yo le hablé como si nada, para no hacerlo sentir mal». O una más violenta: «La negra de mierda esa... ya va a caer, dejala, esas caen solitas...». Una noche los árboles se sacudían anunciando una tormenta, los conductores se apuraban para encontrar sus cocheras y la voz de una adolescente soltó esta frase completa: «Este año tengo que tomar una de las decisiones más importantes de mi vida». Yo también, pensé, y abrí la ventana para verle la cara, pero lo único que vi fue una chica yéndose de espaldas con su pelo largo, pegada a un celular. Unos días después tuve que presenciar otra transmisión en vivo, justo frente a la ventana. Una mujer le contaba a otra sobre su hija de veintiún años que había empezado a estudiar cosmetología. «Por suerte encontré eso, porque perdió un año estudiando letras. Yo le aconsejé que dejara, porque es una carrera complicada que no sirve para nada». Tuve ganas de abrir la ventana y decirle que había llegado tarde, unos quince años tarde.

El peor momento es la mañana del domingo. El sol enciende todas las cosas y los viejos arrancan temprano porque quieren disfrutar de la luz o porque la inercia los empuja a la calle. Entonces llega el momento en que se cruzan con otros. El domingo pasado abrí los ojos y lo primero que escuché fue la voz de una mujer diciendo: «Falleció mi hermana». Me levanté en calzoncillos y espí a dos señoras través de las rendijas del postigo. Una tenía anteojos oscuros y llevaba uno de esos carritos de compras. La otra lucía una especie de rodete hecho con una mata de pelo teñido de rubio. Hablaban de la muerte con la practicidad que dan los años: sin demasiada gravedad, algo que debe planearse como una fiesta o unas vacaciones. Grabé la conversación con mi celular. Señora 1: «Tenés que averiguar en Panteón

San Jerónimo... en esos nichos entran seis. Están mi mamá, mi papá y la señora de mi hermano. Yo lo compré cuando murió mi mamá. Son carísimos esos nichos». Señora 2: «Son caros, sí». S1: «Lo compré hace treinta y dos años y me salió seiscientos y pico de pesos». S2: «Si no está Guadalupe». S1: «Yo tenía una compañera de tejido que al esposo lo puso ahí en Guadalupe [Ruido de un auto, inaudible] Pero no, es una urnita chiquita, la guardás arriba del ropero y ya está, la tenés a tu hermana para que te acompañe». Lo que más me gusta de las conversaciones sobre la muerte es que siempre terminan de forma abrupta, porque los vivos tienen algo mucho más urgente que hacer: vivir. S1: «Te dejo porque me está esperando mi hermano». S2: ¿Cómo está tu hermano? S1: «Y... está medio perdidito». S2: «Ay, mi amor, tan joven». S1: «Y, cumple 79 años». S2: «Mirá, parece menos». S1: «Bueno, vienen los chicos y vamos a ir a comer afuera». S2: «Lo bien que hacen». S1: «Para sacarlo un poco». S2: «Me alegro, mandale un besito». S1: «Chau, querida, chau, chau». ●



VEREDAS. La otra tarde, por algo que sería demasiado largo de explicar, terminé en el asiento del acompañante de una camioneta buscando algo en el norte de la ciudad. Mi chofer manejó por calles que no conocía y mientras miraba por la ventanilla esos barrios tranquilos me di cuenta de que ya empezó la temporada de veredas. En todas las cuadras había gente sentada en la puerta de sus casas. Durante los meses de calor, los habitantes de pueblos y ciudades chicas, o los vecinos de barrios alejados

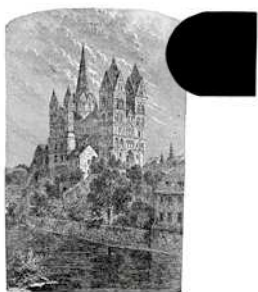
del centro pasan más de una hora diaria sentados en sus veredas. En sillas de plástico, sillones plegables de caño e incluso alguna silla elegante de un juego de living, humillada y expuesta a un metro de la calle.

Me crie viendo gente sentada en las veredas y también pasé mucho tiempo ahí, imitando a los grandes. Algunas señoras salen solas con su silla, se quedan como radares monitoreando cada movimiento hasta que les agarra hambre, porque ni la oscuridad las espanta. También hay parejas: salen los dos al fresco y charlan como si estuvieran en la intimidad de su pieza matrimonial. Pasan vecinos en moto, levantan un brazo para saludar. Es verdad que algunos se exceden. El otro día, a media cuadra de mi casa, vi a un señor haciendo algo que no veía desde hace muchos años: llevar el televisor a la puerta y sentarse en la vereda, de espaldas a la calle. Eran las nueve de la noche y la luz de un programa lo alumbrada mientras otros ciudadanos iban hacia algún lugar.

Los sentados nos dan una lección sobre el tiempo: son monjes que aspiran a mimetizarse con la naturaleza. Salen a la tardecita, el mejor momento del verano. El cielo cambia de color, los pájaros están preparados para irse a otro lugar, los árboles respiran y el planeta nos dice: miren lo que soy, miren donde están parados.

Los que se sientan en la calle también pueden ser testigos de lo que aquellos que están metidos en sus casas no ven. Como en ese comentario publicado por una televidente anónima en el sitio de un canal de noticias, «Ovni en Gualaguaychú»: «Sentados en la vereda pasando el rato cuando mi suegra Analía ve una luz y nos avisa para que miremos. Impresionante realmente no estoy segura de que era realmente lo que vieron mis ojos pero les aseguro que fue una de las cosas más raras que vimos. No creo que sea un helicóptero porque no hacía ruido y no parecía serlo. Un

avión no era ya que no tenía luces de color verde ni rojas como las suelen tener los aviones. No sé qué vieron mis ojos pero su luz se apagaba y se prendía. Rarísiimoo!!!». ●



VOLVER. Me despierto en la casa donde crecí. Son las siete de la mañana de un domingo. Dormí en la misma pieza en la que alguien murió, casi en el mismo lugar y en la misma posición —la cabeza hacia el sur, los pies hacia el norte— aunque en una cama diferente. No

soy de las personas que disfrutan de levantarse temprano, menos en el día que Dios y el capitalismo dispusieron para el descanso general. Voy al baño y en el espejo mi cuerpo desorientado me pregunta qué estoy haciendo. Me lavo la cara, me peino con las manos, me visto y salgo.

La mañana me pega en los ojos. La luz es increíble. El sol de noviembre ya tiene la fuerza del verano. El pasto es verde pero es dorado. Es como si todo empezara otra vez, como si los árboles hubieran crecido durante la noche, como si el asfalto de las calles fuera nuevo. Los pájaros tienen el entusiasmo del paraíso. La mañana es profunda: si uno estira el brazo en el aire siente que se hunde en una masa invisible.

Camino hacia la terminal por Castelli. Hace tiempo que no hacía este recorrido, mi recorrido de estudiante. El paisaje es tan familiar pero hoy, tal vez por la calma, tal vez por la luz, todo me llama la atención. Paso por la zapatería Fontanini, los zapatos de dama y los de caballero están quietos en la vidriera. Paso por la casa de los Galeano, llevo a la esquina de los Verón. Un poco más allá está la casa de Carlos, uno de mis profesores de Educación Física de la primaria. Llegaba al

campo de deportes en bicicleta, con su pantalón azul Adidas de tres tiras y un portafolios negro de cuero. ¿Seguirá vivo? En el jardín delantero de una casita que conozco desde que tengo memoria unas rosas se están despertando.

No hay nadie en la calle, todos duermen detrás de las fachadas. Hasta que en una esquina algo rompe el silencio. Es un rumor que crece hasta volverse un auto con música a todo volumen y adolescentes que no quieren que la noche se termine. Cuando me cruzan tocan bocina y me saludan a los gritos. Son cuatro o cinco, un par parecen borrachos. Alcanzo a ver a una chica en el asiento del acompañante. Es un segundo, pero la veo: su cara maquillada pero ya un poco deshecha, el pelo castaño hasta los hombros, un vaso de plástico medio lleno en la mano, una remera escotada. De repente tengo la sensación de que en esta colonia agrícola el tiempo es circular y en ese auto vamos mis amigas y yo en algún domingo del pasado.

En el cruce de Castelli y Rodríguez Peña levanto la vista porque sé muy bien lo que voy a ver a lo lejos: las dos torres de la Basílica se elevan sobre los techos bajos. Delgadas, puntiagudas, señalan el centro con ese estilo arquitectónico híbrido, como el estilo genético de los habitantes de esta ciudad. En el medio de la claridad me parecen tan hermosas, las vi tantas veces que pienso que la belleza es una cuestión de costumbre. Aunque en el fondo del paisaje hay algo oscuro, algo que pasó. No pienses en eso, es una mancha en esta mañana perfecta.

En la terminal somos pocos. Un par de policías, una abuela con su nietito que todavía no se despertó, una señora con un peinado vaporoso que viaja sin nada, ni siquiera una cartera. Subimos como zombis. Me acomodo en mi asiento, el colectivo avanza por las calles vacías y antes de cerrar los ojos me despido de esta ciudad a la que siempre voy a volver. ●



CODA

El origen de este libro está en la columna «Resonancia magnética» que publiqué en el periódico *Pausa*, entre 2015 y 2019. Varios de esos textos no llegaron al libro; los que sí, fueron revisados, ampliados y, en algunos casos, casi reescritos. Antes de esta, el libro tuvo otras formas: fue, primero, una recopilación de esas columnas; se ordenó, después, según un criterio más bien temático y, finalmente, se volvió esta dudosa y personal enciclopedia. Llegué a esta última forma gracias a un descubrimiento.

Las ilustraciones que aparecen en algunas entradas pertenecen al *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes*, una impresionante obra de divulgación publicada por la editorial Montaner y Simón en España y la Sociedad Internacional en América, entre 1887 y 1899. La que tuve en mis manos es una reedición que consigna en pie de imprenta el año 1912. Descubrí los veintinueve tomos de ese diccionario en una noche de calor santafesina, en el patio de la casa de mis amigos Flaca y Tati. El dorado de los lomos brillaba apenas en la oscuridad, en una especie de depósito que vi

desde mi silla al girar la cabeza. El diccionario era parte de una biblioteca heredada por otra amiga, Luciana Nasti Kaufmann, a quien quiero agradecer por haberme cedido esos tomos por tiempo indeterminado (Luchi, algún día volverán a vos). Pasar esas páginas de bordes dorados y papel fino; leer esas definiciones del pasado, tan anacrónicas como bellas, y descubrir esas ilustraciones preciosas me dio mucha felicidad. Además de la idea de este libro.

La *Pequeña enciclopedia mental* no podría existir sin el trabajo admirable de edición y de diseño de Ivana Tosti y de Julián Balangero.

En este libro aparecen varias personas queridas. Cada una de ellas sabrá, si alguna vez lo lee, en qué página está.

**LIBROS DE
LA PEQUEÑA
ENCICLOPEDIA
MENTAL**

- ROBERTO AIZENBERG.** *Aizenberg*, introducción de Victoria Verlichak (Fundación Centro de Estudios Para Políticas Públicas Aplicadas, 2007).
- ROBERTO ARLT.** *Obras*, volumen II (Buenos Aires: Losada, 1998).
- J. G. BALLARD.** *Milagros de vida* (Buenos Aires: Mondadori, 2009). Traducción de Ignacio Gómez Calvo.
- JULIAN BARNES.** *Con los ojos bien abiertos. Ensayos sobre arte* (Barcelona: Anagrama, 2018). Traducción de Cecilia Ceriani.
- HONORÉ DE BALZAC.** *Tratado de la vida elegante*. En *El gran libro del dandismo* de Honoré de Balzac, Charles Baudelaire y J. A. Barbery d'Aureville (Buenos Aires: Mardulce, 2013). Traducción de Jorge Salvetti y Luciana Bata.
- CHARLES BAUDELAIRE.** *Conseils aux jeunes littératures*. En *Écrits sur la littérature* (París: Les Classiques de Poche, 2005).
- MICHAEL BAXANDALL.** *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento* (Buenos Aires: Ampersand, 2017). Traducción de Homero Alsina Thevenet.
- WALTER BENJAMIN.** *Crónica de Berlín*. En *Infancia en Berlín hacia 1900* (Buenos Aires: El cuenco de plata, 2016). Traducción de Griselda Mársico.
- THOMAS BERNHARD.** *El imitador de voces* (Madrid: Alianza, 2010). Traducción de Miguel Saenz.
- LUCIA BERLIN.** *Bienvenida a casa* (Buenos Aires: Alfaguara, 2020). Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino.

- JORGE LUIS BORGES.** Sobre el «Vathek» de William Beckford. Otras inquisiciones. En *Obras completas*, volumen 6 (Buenos Aires: Sudamericana, 2011).
- ADOLFO BIOY CASARES.** *Borges* (Barcelona. Ediciones Destino, 2006).
- FERNANDO CALLERO.** *Al rayo del sol* (Rosario: Iván Rosado, 2013).
- FERNANDO CALLERO.** *c6/c7* (Córdoba: Nudista, 2018).
- ARNALDO CALVEYRA.** *El origen de la luz* (Buenos Aires: Sudamericana, 2004).
- DARÍO CANTÓN.** *De la misma llama. VI. Nue-Car-Bue. De hijo a padre, 1928-1960* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2008).
- RAYMOND CARVER.** *Tres rosas amarillas* (Barcelona: Anagrama, 1997). Traducción de Jesús Zulaika.
- RAYMOND CARVER.** *Incendios. Donde el agua se une a otras aguas* (Buenos Aires: Hasta que llegue el silencio, 2010). Traducción de Sebastián Bruzzese y Sonia Basch.
- ANTÓN CHÉJOV.** *Cuaderno de notas* (Buenos Aires: La compañía, 2008). Traducción de Leopoldo Brizuela.
- JOHN CHEEVER.** *Diarios* (Buenos Aires: Emecé, 2007). Traducción de Daniel Zadunaisky.
- MICHAEL DE-LA-NOY.** *Denton Welch: the making of a writer* (Londres: Penguin, 1986).
- JOSÉ PEDRO DÍAZ.** *Felisberto Hernández. Vida y obra* (Buenos Aires: El cuenco de plata, 2015).
- MAXIME DU CAMP.** *Souvenirs littéraires, 1850-1890* (París: Hachette, 1906).
- DANIEL DURAND.** *Cabeza de buey* (Buenos Aires: Lomo, 2017).
- MARIANA ENRÍQUEZ.** *La hermana menor* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2014).
- ESTELA FIGUEROA.** *El hada que no invitaron. Obra poética reunida, 1985-2016* (Buenos Aires: Bajo la Luna, 2016).
- ENNIO FLAIANO.** *Diario nocturno. Cuadernos, 1946-1956* (Buenos Aires: Fiordo, 2014). Traducción de Martín Schifino.
- RODOLFO FOGWILL.** *Cuentos completos* (Buenos Aires: Alfaguara, 2009).

- RODOLFO FOGWILL.** *Poesía completa* (Buenos Aires: Alfaguara, 2016).
- ANDRÉ GIDE.** *Les nourritures terrestres* (Paris: Gallimard, 2003).
- WITOLD GOMBROWICZ.** *Diario, 1953–1969* (Barcelona: Seix Barral, 2011). Traducción de Bozena Zaboklicka y Francesc Miravittles.
- LEILA GUERRIERO.** *Opus Gelberg* (Buenos Aires: Anagrama, 2019).
- HUGO GUTIÉRREZ, GISELA SEIMANDI, MARÍA PAULA GETAR, LAURA OLIVELLA.** *Árboles urbanos de la ciudad de Santa Fe* (Santa Fe: Ediciones UNL, 2022).
- HESSE HERMAN.** *Cuentos selectos* (Buenos Aires: Edhasa, 2017). Traducción de Ariel Magnus).
- DEREK JARMAN.** *Croma* (Buenos Aires: Caja Negra, 2017). Traducción de Hugo Salas.
- DEREK JARMAN.** *Naturaleza moderna* (Buenos Aires: Caja Negra, 2019). Traducción de Hugo Salas.
- FRANZ KAFKA.** *Diarios, 1910–1923* (Barcelona: Tusquets, 2000). Traducción de Feliu Formosa.
- PAUL LÉAUTAUD.** *In memoriam y Amores* (Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2012). Traducción de Esteban Rimbau Saurí.
- CLARICE LISPECTOR.** *Revelación de un mundo* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2016). Traducción de Amalia Sato.
- KATHERINE MANSFIELD.** *Revelaciones.* En *Cuentos completos* (Barcelona: Alba, 2010). Traducción de Esther de Andreis.
- LUCIO MANSILLA.** *Entre nos (causeries del jueves)* (Buenos Aires: Jackson, 193?).
- CARLOS MASTRONARDI.** *Obra Completa, tomo I* (Santa Fe: Ediciones UNL, 2010).
- JONAS MEKAS.** *Destellos de belleza. Anécdotas y escenas de una vida* (Buenos Aires: Caja Negra, 2022). Traducción de Pablo Marín.
- FRIEDRICH NIETZSCHE.** *Epistolario* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2013). Edición de Jacobo Muñoz.

- VICTORIA OCAMPO.** *Autobiografía III. La rama de Salzburgo* (Buenos Aires: Ediciones Revista Sur, 1981).
- SHARON OLDS.** *El padre* (Madrid: Bartleby, 2004). Traducción de Mori Ponsowy.
- JUAN L. ORTIZ.** *Una poesía del futuro* (Buenos Aires: Mansalva, 2008).
- JUAN L. ORTIZ.** *Obra Completa* (Santa Fe: Ediciones UNL, 2015).
- GEORGE PEREC.** *Un hombre que duerme* (Buenos Aires: No te tomes tan en serio, 2008). No menciona traductor.
- EMILIO PETTORUTI.** *Un pintor ante el espejo* (Buenos Aires: Solar-Hachette, 1968).
- ALEJANDRA PIZARNIK.** *Diarios* (Buenos Aires: Lumen, 2022).
- SYLVIA PLATH.** *Tulipanes y otros poemas* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988). Traducción de María Julia de Ruschi.
- VICTOR SAWDON PRITCHETT.** *La mujer de Guatemala* (Buenos Aires: La Bestia Equilátera, 2014). Traducción de Teresa Arijón.
- MARCEL PROUST.** *Por la parte de Swann* (Barcelona: Penguin Random House, 2016). Traducción de Carlos Manzano.
- JULIO RAMÓN RIBEYRO.** *La tentación del fracaso. Diario personal, 1950–1978* (Barcelona: Seix Barral, 2014).
- JULIO RAMÓN RIBEYRO.** *La palabra del mudo* (Barcelona: Seix Barral, 2014).
- JEAN-JACQUES ROUSSEAU.** *Las ensoñaciones del paseante solitario* (Buenos Aires: Losada, 2013). Traducción de Mariano Fiszman.
- JUAN JOSÉ SAER.** *Cicatrices* (Buenos Aires: Seix Barral, 2014).
- GISÈLE SAPIRO.** *La sociología de la literatura* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016). Traducción de Laura Fólica.
- VÍCTOR SHKLOVSKI.** *El arte como artificio. En Teoría de la literatura de los formalistas rusos. En Tzvetan Todorov, compilador* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2008). Traducción de Ana María Nethol.

- ARTHUR SCHNITZLER.** *Relations et solitudes. Aphorismes* (París: Editions Rivages, 1988).
- STENDHAL.** *Vida de Henry Brulard* (Buenos Aires: Alfaguara, 2004). Traducción de Juan Bravo Castillo.
- LEÓN TOLSTÓI.** *La muerte de Iván Ilitch* (Barcelona: Juventud, 1984). Traducción de Mariano Orta Manzano.
- LEV TOLSTOI.** *Diarios, 1847-1894* (Barcelona: Acantilado, 2008). Traducción de Selma Ancira.
- DIANE WAKOSKI.** *Poemas. Abyssinia 2* (2001), 62-75. Traducción de Mariela Dreyfus.
- ROBERT WALSER.** *Escrito a lápiz. Microgramas I, 1924-1925* (Madrid: Siruela, 2010). Traducción de Juan de Sola Llovet y María Condor.
- DENTON WELCH.** *Una voz a través de una nube* (Barcelona: Alpha Decay, 2016). Traducción de Albert Fuentes.
- EDUARDO WILDE.** *La lluvia, Tini y otros textos* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2008).
- XI CHUAN.** *Murciélagos al atardecer* (Buenos Aires: Bajo la Luna, 2017). Traducción de Miguel Ángel Petrecca.
- EMILIO ZOLA.** *La taberna* (Buenos Aires: Schapire, 1966). Traducción de Fina Warschaver.
- STEFAN ZWEIG.** *El mundo de ayer* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2020). Traducción de Marcelo G. Burello.

Venturini, Santiago
Pequeña enciclopedia mental /
Santiago Venturini. - 1a ed. - Santa Fe :
Ediciones UNL, 2024.
184 p. ; 22 x 14 cm. - (Itinerarios /
Lugares)

ISBN 978-987-749-454-9

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa
Argentina. 3. Ensayo Literario
Argentino. I. Título.
CDD A860

© Santiago Venturini, 2024.

Se diagramó y compuso
en Ediciones UNL y se imprimió
en Boldt Impresores, Pinzón 925,
(CLL61ADA) Ciudad Autónoma de
Buenos Aires, marzo de 2024.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723. Reservados
todos los derechos.

Impreso en Argentina
Printed in Argentina



Consejo Asesor de
Colección Itinerarios

Enrique Butti
Marilyn Contardi
Analia Gerbaudo
Miguel Irigoyen
Luis Müller
Germán Prósperi
Ivana Tosti

Dirección editorial
Ivana Tosti

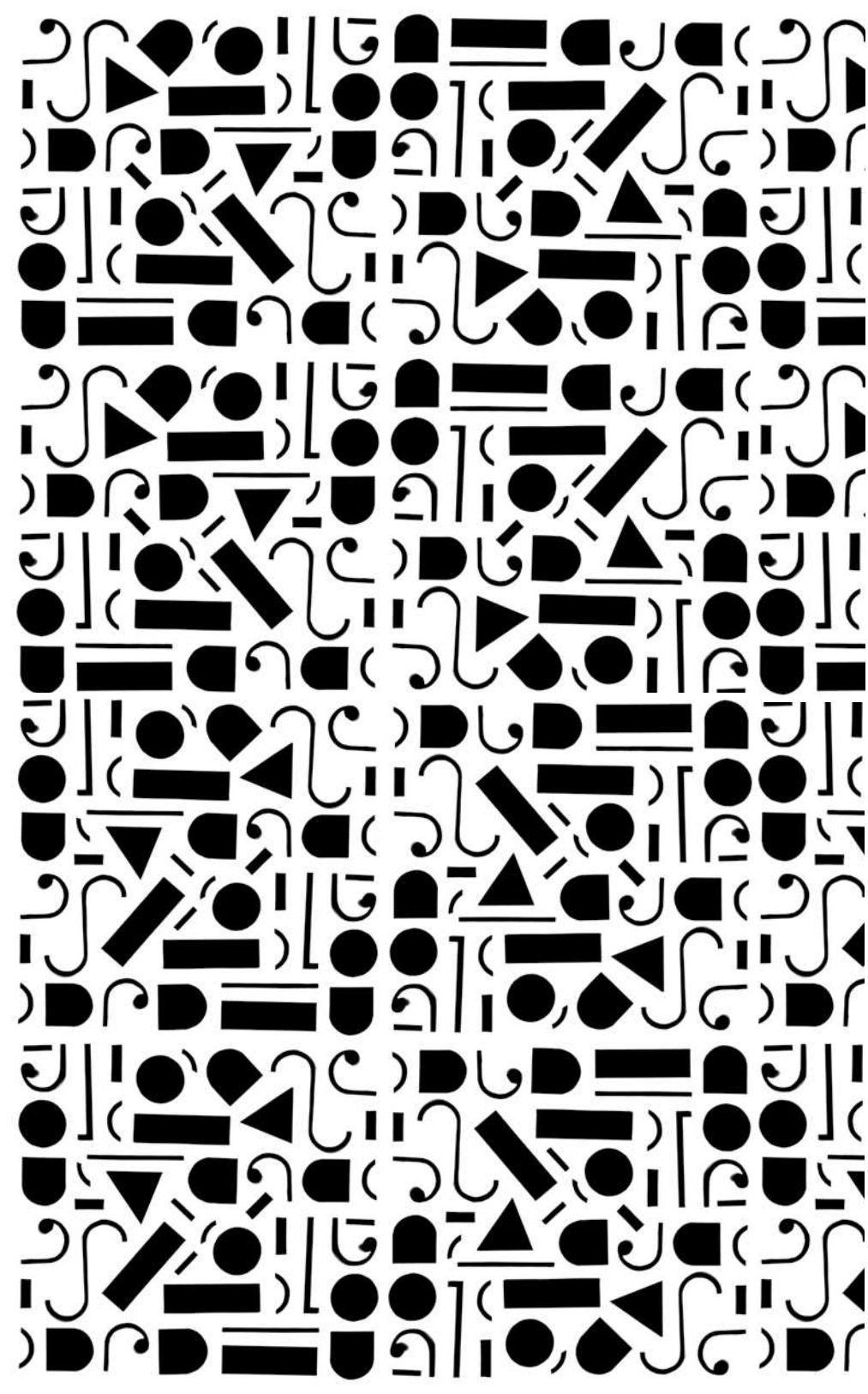
Coordinación editorial
María Alejandra Sadrán
Coordinación comercial
José Díaz

Diseño de colección
Alina Hill

Julián Balangero
Diseño de interior y tapa
Julián Balangero

© Ediciones UNL, 2024.

—
Sugerencias y comentarios:
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial



¿Qué hay en una cabeza? Imágenes, apenas resplandores, palabras. Las que forman esta breve y caprichosa enciclopedia son un pretexto para hablar de algunas percepciones cotidianas y para volver al pasado.

En el origen de este libro se cruzan una columna publicada durante algunos años en un periódico y el descubrimiento de los veintinueve tomos de un viejo diccionario, en el patio de la casa de unos amigos, durante una noche de calor santafesina. Así tomó forma esta *Pequeña enciclopedia mental* que no pretende enseñar nada, solo ejercitar la deriva del pensamiento. Un collage de personas, objetos, situaciones y, sobre todo, libros y lecturas que iluminan los paseos por los restos de una historia personal.

UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL

ITINERARIOS
LUGARES

978-987-749-454-9

